

V R E U G D E N H I L

HISTORIA BIBLICA PARA LA JUVENTUD

TOMO VI - NUEVO TESTAMENTO



Johan Vreugdenhil

**HISTORIA BÍBLICA
PARA LA JUVENTUD**

**NUEVO TESTAMENTO
— TOMO VI —**

EDITORIAL  PEREGRINO



Editorial Peregrino, S.L.
Apartado 19
13350 Moral de Calatrava (Ciudad Real)
www.editorialperegrino.net

HISTORIAS BÍBLICAS PARA LA JUVENTUD
Tomo VI

ISBN 84-7645-761-8 Obra completa
ISBN 84-86589-70-3 Tomo VI

D.L.: B-6076-2004

Diseño de la portada: Lidia Muniesa

Impreso en Talleres Gráficos de Tesys
Passeig Comerç, 124
08203 SABADELL (BCN)

Printed in Spain

Índice

27	<i>¡Joven, a ti digo, levántate!</i>	7
28	<i>La pregunta de Juan el Bautista y lo que Jesús le contesta</i> .	15
29	<i>En el hogar de Simón el Fariseo</i>	27
30	<i>Un triple milagro divino considerado obra del Diablo</i> . .	36
31	<i>La parábola del Sembrador</i>	48
32	<i>El enemigo siembra cizaña entre el trigo</i>	60
33	<i>¡Aún los vientos y el mar le obedecen!</i>	74
34	<i>El endemoniado gadareno</i>	80
35	<i>Curación de una mujer tras doce años de enfermedad y resurrección de la hija de Jairo</i>	93
36	<i>La fe y la incredulidad</i>	104
37	<i>La muerte de Juan el Bautista</i>	109
38	<i>La misión divina de Jesús y de sus seguidores y la alimentación de los cinco mil</i>	118
39	<i>Jesús anda sobre el mar</i>	127
40	<i>¿Queréis acaso irnos también vosotros?</i>	136
41	<i>La mujer cananea</i>	143
42	<i>Jesús en Decápolis</i>	151
43	<i>¿Quién dicen los hombres que soy yo?</i>	157
44	<i>Una noche memorable</i>	165
45	<i>Jesús libra del poder de Satanás</i>	170
46	<i>¡Perdonaos los unos a los otros!</i>	179
47	<i>Jesús, en su viaje a Jerusalén para celebrar la fiesta de los Tabernáculos</i>	189
48	<i>Jesús, en Jerusalén, en la fiesta de los Tabernáculos</i> . . .	196
49	<i>Un ciego de nacimiento, sanado por Jesús</i>	205
50	<i>“Yo soy el Buen Pastor”</i>	214
51	<i>El buen Samaritano</i>	220
52	<i>“Sólo una cosa es necesaria”</i>	228

Capítulo 27

= ¡JOVEN, A TI DIGO, LEVÁNTATE! =

Lucas 7: 11-17

A continuación Jesús, acompañado de muchos discípulos, llegó cerca de la puerta de Capernaúm. Quiso salir de la ciudad con la finalidad de ir a predicar a algún pueblo Galileo. Es muy probable que, a raíz de lo que aconteció en casa del centurión romano, Jesús fuese acompañado de muchos judíos, ya que el relato bíblico se refiere a una gran muchedumbre.

El camino por el que Jesús iba acompañado de sus discípulos les conducía por un declive bastante pronunciado a la sierra, porque Capernaúm estaba situada a orillas del lago de Genesaret, es decir, en la hondonada. Era, pues, una jornada muy larga y penosa.

El Señor se había propuesto ir a la ciudad de Naín, la cual distaba varias horas de Capernaúm. Igual que en España no es fácil caminar de día, cuando quema el sol, en aquel entonces los viajes -penosos de día y peligrosos de noche- sólo se emprendían en caso de absoluta necesidad. Dicha necesidad se presentaba en realidad cada vez que Jesús iba a predicar a cualquier lugar.

Mientras Jesús y sus discípulos experimentaban cansancio físico, una madre estaba sentada, allá en Naín, junto al lecho de muerte del único hijo que tenía, sufriendo penas horribles en

su alma. Tenía el corazón quebrantado. Su marido ya había muerto, y siendo viuda sufría la pena sola. Mientras tenía hijo, por lo menos él proporcionaba cierto gozo a su madre y por su sola presencia hacía más llevadero el dolor que sufría a consecuencia de la muerte del marido y padre. Es muy probable, también que el joven cayera enfermo y al final muriese, y por mucho que la pobre madre se lamentase, la muerte vino inexorablemente. Tal vez los médicos pueden retenerla aplicando tratamientos acertados, pero al final la muerte siempre parece triunfar sobre la vida. Parece ser la tragedia del último trance de la vida de cada cual; el trance decisivo que cada uno tiene que enfrentar tarde o temprano. ¡Cuán terrible incertidumbre la que nos brinda la ciencia humana! Pero gracias a Dios que hay Uno más fuerte que la muerte: el Príncipe de la Vida que murió para que tengamos vida por Él.



El entierro del joven de Naín

En nuestro relato, sin embargo, la muerte finaliza su obra en aquel joven, lo cual nos sirve de advertencia a todos noso-

tros, por muy jóvenes que seamos. La muerte no alcanza a los ancianos solamente, sino incluso a los jóvenes más fuertes. No sólo las víctimas de la guerra o de los accidentes de tráfico. Por desgracia, las enfermedades también pueden acabar con la vida de jóvenes muy prometedores.

Y fijaos ahora en el dolor de la pobre madre, la cual con sollozos tuvo que cerrar los ojos de su hijo... del único que tenía. Al que amaba tanto. La triste noticia no tarda en difundirse por la pequeña ciudad. Muchos se preparan para acompañar al difunto al cementerio, ya que todos los vecinos conocen a la pobre viuda y a su hijo, al cual van a rendir honras fúnebres. En oriente, como en España, no tardan mucho en enterrar a los muertos. En los países del Norte, donde hace más frío, el entierro suele hacerse el cuarto día a contar desde el día de defunción, pero en Palestina los muertos eran enterrados en el día mismo de la muerte.

Helos ahí que vienen trayendo al difunto en el féretro envuelto en lienzos, conforme a la costumbre israelita. Se entonan endechas sumamente tristes, y la comitiva fúnebre se pone en marcha. Una gran muchedumbre, según nos dice la Biblia.

Ya es la segunda vez en la vida que la pobre mujer tiene que acompañar a un ser querido al cementerio. Primero, su marido, y ahora, su hijo. La Biblia no nos dice cuántos años llevaba de viudez. Pero aunque haya sido muchos años atrás, la herida vieja, que parecía curada, ha vuelto a abrirse ahora. Ahora ha perdido todo lo que tenía, y pronto, al volver a casa nadie la esperará más. El lugar que el joven ocupaba permanecerá vacío para siempre, y al anochecer, cuando cierre la puerta de su casa, su hijo estará en el sepulcro oscuro. La pobre mujer va a experimentar la más terrible soledad.

Y los vecinos, ¿qué harán por ella? De momento cantan endechas y tratan de consolarla un poco, pero terminada la ceremonia todo el mundo volverá a sus hogares y la dejarán sola con su dolor.

La comitiva sale por la puerta de la ciudad, porque el cementerio está situado afuera de ella.

Mientras la comitiva fúnebre se dispone a salir, una gran muchedumbre viene acercándose a ella. Algo insólito, ya que Naín no es pueblo muy importante, de modo que nadie parecía esperar un gentío tan grande. Los vecinos de la ciudad se extrañan al ver tanta gente; un grupo de gente se acerca a otro. Uno que está contento de haber al fin llegado; otro que va al cementerio...

Claro que los de Capernaúm no prestan mucha atención al entierro, porque entierros los hay cada día. Nada especial. No se dan cuenta de que ha muerto el único hijo de una pobre madre; lo que a ellos importa es entrar en la ciudad cuanto antes para tomarse algún refresco.

No piensan en que Jesús puede intervenir, ¿Intervenir? Muerto el hombre, ya no hay más solución que enterrarlo. Ya no le dan importancia al caso. Así somos nosotros, los hombres, por muy cristianos que seamos. Cada día los periódicos nos traen noticias sobre la pérdida de tantas y tantas vidas en los campos de batalla, accidentes de tráfico, de aviación, en todas las partes del mundo... Y ¿qué hacemos nosotros? Lamentamos todas esas pérdidas de vidas humanas, es cierto, pero nuestra conmiseración es muy pasajera.

"Mientras hay vida hay esperanza", dice un refrán. Los acompañantes de Jesús, creyentes desde luego, habían presenciado varias sanidades que tuvieron lugar por Su intervención: cojos, paralíticos, ciegos, leprosos u otros pobres desdichados... Pero ahora se trata de un muerto. Y ante la muerte somos cobardes.

¿Qué hará Jesús? De repente Jesús se para, porque Él sabe a quien van a enterrar. Jesús no tarda en darse cuenta del dolor y quebranto de la pobre mujer y el alma de Jesús se llena de compasión. La Biblia dice que el Señor se compadeció de ella; divina compasión que penetra toda la miseria humana.

El Señor se acerca a la pobre madre diciéndole: "¡No llores!". -¡No llores!"... ¿Cómo puede uno decir eso a una persona que se derrite de dolor?

- "¿No llores!". Ni uno comprende al Señor Jesús, y los

muchos galileos que han acompañado a Jesús quizás se impacientan. ¡Por qué detenerse ante lo irreparable?

Pero Jesús se acerca al féretro y lo toca, y los que lo llevan se detienen mirando al Forastero, extrañados. Enmudecen las endechas, y de pronto reina un silencio profundo. ¿Qué hará Jesús?

De repente Jesús, en tono de mando, dice al muerto: "Joven, a ti te digo: levántate". Lo dice con autoridad suprema, la que sólo Dios tiene.

¿Y qué pasa? La gente mira pasmada, sin decir ni una palabra. He aquí, el muerto vuelve a abrir los ojos, se levanta, y se pone a hablar... ¿Es posible eso?

¡El muerto ha vuelto a vivir! Algunos se acuerdan del suceso que tuvo lugar varios siglos atrás, cuando el Profeta Elías resucitó un muerto: el hijo de la viuda de Sarepta. Pero entonces Elías se arrodilló para orar, y tras orar se tendió sobre el niño tres veces hasta que revivió. Más tarde, el profeta Eliseo también resucitó a un muerto: el hijo de la Sunamita. El también se arrodilló suplicando a Dios con toda humildad para que resucitase al niño y, a continuación se tendió dos veces hasta que el cuerpo entró en calor.

Pero aquí, en Naín, algo muy diferente sucede: el Señor Jesús no ora, sino manda. ¿Por qué estas diferencias?

No es tan fácil adivinar: Elías y Eliseo, por muy grandes profetas que hayan sido, eran hombres que Dios utilizó como medios para cumplir sus designios. Pero aquí habla el Hijo de Dios. Por ello Jesús no ora, sino manda. Y ante el mandato del Rey de reyes, la muerte tiene que huir, sin tardanza alguna.

Y, ¿qué hace Jesús con el joven? La Biblia lo dice claramente: "Lo dio a su madre".

La muerte, pues, tuvo que restituir a un ser humano que ya tenía encadenado. Al verlo, la gente tuvo miedo, según dice la Biblia; cuando interviene la mano de Dios en cualquier asunto de la vida, o en el de un pueblo, o del mundo entero, la gente se asusta y tiene miedo, porque no resiste la presencia tan manifiesta de Dios. Nosotros nos hemos acostumbrado a cosas

tan antinaturales como la enfermedad y la muerte, que son consecuencias del pecado. Nuestros primeros padres pecaron, y por haber pecado ellos todo el género humano es pecaminoso, y sabemos que el pecado nos acarrea la enfermedad y la muerte. El pecado es, pues, innato en nuestra naturaleza. No es que el joven de nuestra historia hubiera cometido algún pecado grave que le produjese la muerte; él no fue peor que nosotros, ni mucho menos. Nosotros estamos dando vueltas en el círculo vicioso del pecado y de la muerte, del cual nunca logramos salir. Para salir de él nos hace falta un Salvador exento de pecado, y donde Él aparece desaparece el pecado juntamente con las mortíferas consecuencias que acarrea.

La Biblia no dice cómo fue el encuentro del joven resucitado con su madre, pero es más que probable que haya sido un tierno abrazo. Es natural pensar que la madre haya vertido más abundantes lágrimas todavía. Pero ya no lágrimas de dolor, sino de una alegría inesperada. Su dolor fue horrible, bajo todos los aspectos. Tanto más grande habrá sido su alegría.

El Señor Jesús siempre ayudaba al que se lo pedía; a la puerta de Naín, sin embargo, nadie Le había pedido nada, y a pesar de todo ayudó. La Palabra de Dios nos dice que los judíos glorificaban a Dios diciendo: "Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros", y Dios ha visitado a su pueblo".

Mirad los dos grupos de gentes. Sus ojos centellaban admirados, ya que una cosa semejante nunca la habían visto antes. El creyente neotestamentario se hincaría de rodillas delante del Señor glorificado, pero para los judíos Jesús era el gran Desconocido. Lo que nos importa a nosotros, es conocer al Cristo de las Escrituras, que es Todopoderoso, lo que literalmente dice que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra: el Príncipe de la Vida que triunfó del pecado, de la enfermedad y de la muerte.

El hecho de que no reconocieran a Jesús como Mesías de Israel se demuestra por el artículo indefinido que usaron al decir "Un gran profeta..." En el texto original griego consulta-

do al respecto, falta el artículo, por lo que, en versiones castellanas da lugar al uso del artículo indefinido. "Un profeta" dijeron, y no "El Profeta", el Único Profeta", al que Moisés se refirió en Deuteronomio 18:18. A los ojos de los judíos Elías y Eliseo eran grandes profetas, y a Jesús también le consideraban como Profeta, y nada más. Al hablar de esta manera no reconocieron el mesiazgo de Jesús, el cual, entre los israelitas, sigue siendo considerado como Jesús de Nazaret, el hijo de José. A ellos les hubiera sido muy fácil averiguar que Jesús no nació en Nazaret, sino en Belén; una mera pregunta a Jesús mismo, o, quizás, a María o a José hubiera sido más que suficiente para averiguar el hecho. Además María era testigo de todas las vicisitudes y victorias de la primitiva iglesia cristiana, y murió muy anciana. Si los líderes religiosos y políticos de aquella época hubiesen sido gente de buena fe, María misma hubiera podido darles pruebas convincentes respecto al mesiazgo de Jesús.

El pueblo, de vez en cuando, tuvo que reconocer que Jesús hizo obras especiales, divinas, que ningún hombre podía hacer. Pero el mismo pueblo, seducido por sus propios líderes, gritará unos años más tarde: "¡Crucifícale, crucifícale!"

Los vecinos de Naín dejaron de ir hasta el cementerio en aquel día, y todos entraron en la ciudad, y no cabe duda que Jesús cumplió su misión en Naín, que consistía en predicar el Evangelio con señales. No sabemos cuánto tiempo estuvo Jesús en Naín después de la resurrección de aquel joven. En todo caso la feliz madre volvió a casa con gozo, de la que poco antes había salido con lágrimas: para los dos habrá sido un día memorable.

¡Que historia más hermosa y conmovedora, la de la victoria de Jesús sobre la muerte!

Muchos contemporáneos -incluso nosotros mismos- hubieran querido experimentar un sólo día en presencia de Jesús. Pero, queridos amigos, Jesús está en medio de nosotros por su Espíritu Santo que obra en nuestras mentes y almas, para que nos reconozcamos pecadores y culpables delante de

Él. No lo hace para condenarnos, sino para quitarnos del pecado de raíz y para hacer de nosotros hombres libres. Libres para servir al Señor, y para hacernos vencedores con Cristo para la extensión del Reino de Dios en este mundo.

En realidad el mismo Jesús que hace casi dos mil años resucitó al joven de Naín, también puede vivificarnos a nosotros, a nuestras almas, por su Palabra y Espíritu, ya que, según las propias palabras de Jesús: “Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán”.

Capítulo 28

LA PREGUNTA DE JUAN EL BAUTISTA Y LO QUE JESÚS LE CONTESTA

En el calabozo de un alcázar, cerca del Mar Muerto, un hombre está encerrado. No es un hombre malo, ya que, como la historia, incluso la eclesiástica, nos enseña, para ser encerrado en una cárcel no es necesario haber cometido ningún delito. Tal vez basta no haber cabido dentro de algún sistema político o religioso, o caer en desgracia ante algún grande de este mundo...

En tal circunstancia se encontraba el prisionero de nuestro relato: Juan el Bautista, precursor del Señor Jesucristo. Me preguntaréis que ha hecho el hombre de Dios, el profeta, para ir a parar a aquel calabozo, ¿verdad?

La Biblia nos facilita este detalle. Como hemos dicho ya anteriormente, Juan se detuvo a orillas del Jordán predicando el mensaje de arrepentimiento y bautizando en el propio río a los que recibieron su mensaje. Pero al predicar sin cesar hizo referencia al Rey venidero. Al final, todo Israel había oído hablar de Juan: unos hablaban de él con el respeto que se le debe a un profeta; otros se burlaban de él, como el mundo de hoy en día se burla de los embajadores de Dios que

no quieren comprometerse con el siglo presente. Este es el vituperio de Cristo, del que volveremos a hablar en otras ocasiones.

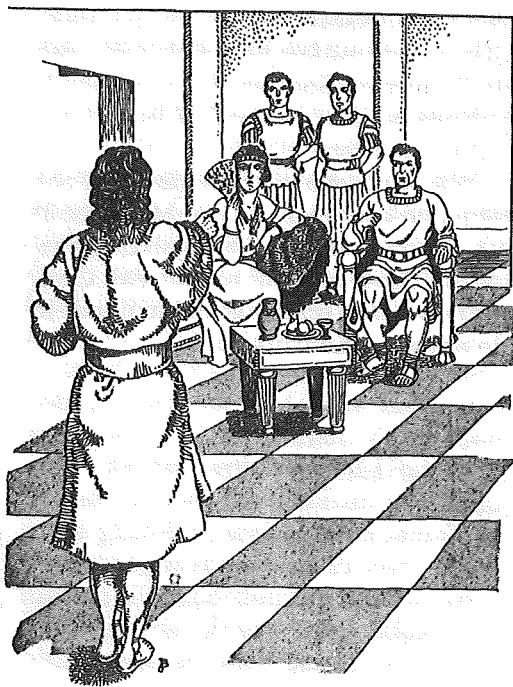
El rey Herodes se entera de que se ha levantado un profeta que predica a orillas del Jordán. Curioso, el rey también quiere escuchar una vez la predicación. Curioso, no porque quiera aceptar el mensaje de Juan, sino para formarse una opinión acerca de él. Ir a escuchar a Juan, allá al Jordán, está muy por debajo de la dignidad de su majestad. Por ello llama a Juan a la Corte.

Y Juan se presenta a la Corte. Herodes era hijo de Herodes el Grande, el cual poco tiempo después del nacimiento de Jesús ordenó la horrible matanza de todos los niños de Belén que no habían alcanzado la edad de dos años. Pero ya hacía como treinta años que aquel cruel Herodes había muerto.

Muerto él, su hijo, que se llamaba Herodes también, le sucedió en el trono para gobernar sobre Galilea. Igual que su padre, era un rey de los más impíos que la antigua Palestina haya conocido. Aunque hacía muy poco caso de los mandamientos de Dios, quería escuchar a Juan. No para acatar su llamamiento, sino sólo y únicamente para saber más o menos el contenido de su predicación, acaso para darse cuenta de si en realidad decía algo al pueblo que pudiera ser peligroso para el Estado.

Dos personajes muy distintos, dos mundos diametralmente opuestos, están enfrentándose uno a otro en el palacio: Juan, último profeta del Antiguo Pacto que tuvo la dicha de conocer al Mesías personalmente, y el impío rey Herodes, adúltero, por haberse separado de su propia mujer para casarse con otra también casada, Herodías. Nos enfrentamos aquí, pues, a un caso de doble adulterio, lo cual, a la luz de la Palabra de Dios, es un pecado muy grave. Herodías, antes de casarse con el rey Herodes, era la mujer de Felipe, hermano de Herodes. El rey, pues, se había casado con su propia cuñada. Pero, según la historia nos enseña, había varios

casos de malos matrimonios en la familia de Herodes, la cual era una familia de las más decadentes de la historia del mundo.



Juan el Bautista en presencia de Herodes y Herodías

Juan el Bautista, pues, tiene que personarse en un palacio real en el que reina el pecado. En la sala del trono está sentado Herodes, con Herodías a su lado. Detrás de él están los cortesanos. Todos están muy atentos para saber lo que Juan va a decir. Juan, que sin cesar habla al pueblo sobre el pecado y el arrepentimiento, ¿predicará así delante del rey? Si dice la menor cosa al respecto, puede costarle la cabeza...

Pero Juan es profeta. No es mercenario, aunque le cueste la vida. Nosotros acaso seríamos unos cobardes en tal situación, pero Juan, con admirable valentía, declara en tono muy severo:

“No le es permitido al rey tener a Herodías por mujer”, a lo cual agrega: “porque ella es la mujer de vuestro hermano, y sepa vuestra majestad que tiene que devolver a Herodías a su propio marido..., que debe estar al lado de Felipe, y no aquí...”

Dicho esto, reina un silencio sepulcral en la sala del trono. Todos están pendientes de la reacción por parte del rey. Asustado, Herodes se ruboriza al verse reprobado de tal manera por el profeta. Herodías también se asusta, pero el susto que Juan produce en ella se convierte en ira, y, de pronto, echa una mirada furibunda sobre su interlocutor. Sus puños se aprietan, porque no quiere volver a vivir al lado de Felipe, su primer marido. Está ahora al lado de Herodes, donde a toda costa quiere permanecer, por lo cual, en su ira, incita a Herodes para que mate a Juan.

Herodes mueve la cabeza. ¿Matar a Juan? No se atreve a hacerlo por miedo al pueblo, el cual considera a Juan como profeta. ¿Qué le dirán los judíos? No quiere por nada del mundo producir sublevaciones, por lo cual tiene que actuar con mucha cautela.

No puede ni quiere matar a Juan, pero no quiere disgustar a Herodías tampoco. Por ello Herodes toma el camino de en medio y ordena el arresto de Juan. Y helo allí, encarcelado, al que ha sido precursor del Señor Jesús, sólo y únicamente porque ha dicho la verdad. Los mercenarios, como muchos predicadores han hecho antes y después de él, no hubieran dicho nada al adúltero rey Herodes. Muchos predicadores de la corte sólo dicen cosas halagüeñas a los monarcas. Gracias a Dios que la historia también ha conocido a monarcas que han vivido según los preceptos del Evangelio, los cuales, por haber tenido conciencias más limpias, hubieran reaccionado más favorablemente ante la predicación de Juan.

Juan el Bautista sigue por mucho tiempo en aquel sucio calabozo. Pero los muchos amigos que tiene no le abandonan, sino que le visitan con frecuencia para transmitirle noticia de afuera, a fin de que Juan se entere de todo lo que pasa. Ellos le relatan todo lo que hace el Señor Jesús, de cómo se desenvuelve su ministerio mesiánico, acompañado de milagros y señales maravillosas, incluso la de la resurrección del joven de Naín.

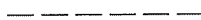
Salidos los amigos del calabozo, Juan se pone a pensar en lo que acaba de oír. Las cosas marchan de un modo distinto al que él se había imaginado. Había pensado que el Rey y Mesías iba a levantarse con fuerza contra el pecado del pueblo de Israel. Ciertamente que Jesús ha protestado contra el orden establecido, pero Juan había pensado que Jesús reinaría como Rey de Israel. Pero Jesús no se erige en Rey ni libertador político de su pueblo.

A diferencia de lo que Juan había pensado, Jesús prosigue su peregrinación por toda la tierra de Israel predicando y como bienhechor. Dondequiera que Jesús ve enfermos, los sana, y en caso de necesidad produce señales que no dejan de ser singulares y milagrosas, pero sin subir al trono de Israel. No se cumple, pues, el pensamiento de Juan referente al Señor Jesús.

Por desgracia, Juan no se da cuenta del hecho de que Jesús, en vez de gobernar a Israel cual Rey y Gobernador político, ejerce su reinado sobre el dominio del pecado, de la enfermedad y de la muerte, de modo que incluso los demonios tienen que acatar sus órdenes.

Juan, sin embargo, alberga cierta duda en su corazón en lo concerniente al mesiazgo de Jesús. Ya que no está tan convencido como antes de que Jesús es el Rey prometido. Muchos pensamientos se le ocurren en aquel calabozo, hasta que al final ya sabe qué pensar... La mejor cosa, según él, es encargar a sus discípulos la misión de ir a preguntárselo a Jesús mismo. Y cuando vuelven a visitarle en el calabozo, les manda ir a preguntar a Jesús personal y claramente: "¿Eres Tú el que había de venir, o esperamos a otro...?"

Juan quiere saberlo exactamente. Un asunto de tan trascendental importancia no puede permanecer incierto, por lo cual sus discípulos no tardan en ir a ver al Señor Jesús, mientras el Bautista, encarcelado, queda atrás en su lugar de soledad, pendiente de la contestación que volverán a traerle.



Allá en Galilea, en uno de los pueblos o aldeas, Jesús está rodeado de una gran muchedumbre. Todos escuchan a Jesús con mucha atención.... hasta que, de repente, dos hombres se acercan a Jesús para preguntarle, en nombre de Juan el Bautista, si es Él el que había de venir, o si tendrán que esperar a otro... Jesús, sin embargo, no se apresura en darles la contestación tan apetecida.

A la misma hora, mucha gente se acerca a Él: enfermos, ciegos, cojos y endemoniados. Por muy graves que resulten los casos, Jesús los sana. El reinado de Jesús se extiende sobre dominios hasta entonces desconocidos, y el que acude a Jesús no es echado fuera ni despachado con meras promesas.

Tras manifestar su potencia, Jesús se dirige a los dos discípulos de Juan, los cuales han quedado pendientes de la contestación que les ha de dar Jesús: "Id, haced saber a Juan lo habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres les es anunciado el Evangelio".

Pero ¿por qué no les dice el Señor Jesús de una manera más directa que el es Mesías? Y ¿por qué tienen que transmitir a Juan tal mensaje por parte de Jesús?

Es muy claro: el Señor Jesús lo hace para que, apoyándose en este testimonio, el Bautista entienda que Jesús es en realidad el Mesías prometido, ya que, según las sentencias de los profetas del Antiguo Testamento, el Mesías, cuando venga, tendrá que producir todas estas señales para aducir pruebas

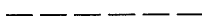
convincientes de su mesiazgo. En realidad, las profecías del Antiguo Testamento se cumplen en presencia de los dos discípulos de Juan. Y ante tal cumplimiento literal de la palabra profética relativa al Mesías, Juan ya no tendrá que albergar dudas en cuanto al mesiazgo de Jesús: Jesús, en realidad, debe ser el Rey prometido; de otro modo, no habría todas estas señales.

“De dicho al hecho hay gran trecho”, dice un refrán muy conocido. Una cosa es decir “soy el Mesías” y otra es probar el mesiazgo. Si Jesús se lo hubiera dicho a los discípulos de Juan, sin producir señales en apoyo de su declaración, quizás no hubiera logrado convencer a Juan. Juan conoce las Escrituras, por lo cual el Señor Jesús tiene mensaje bíblico para Juan.

Además, el Señor Jesús sabe muy bien lo que ocurre en el corazón de su fiel precursor, que ahora gime en aquel calabozo, sufriendo por causa de la Verdad Divina que se atrevió a decir a Herodes. Jesús, por ser el Buen Pastor y psicólogo, usa un método divino para quitar las dudas del corazón humano, incluso del de Juan, al cual hace comprender que el reino de Jesús no es de esta tierra, sino celestial. Nosotros, como Juan, tenemos pensamientos terrenales: a nosotros nos gustaría ver extenderse el poderío de Dios sobre toda la redondez de la tierra, para que todos los pueblos del mundo gocen de él. En realidad, la meta tan acariciada de las almas más nobles de este mundo ha sido una tierra donde reine la Justicia, sin tener presente que al lado de este mundo hay un Mundo más excelente que nosotros no conocemos aún. ¡Ojalá lo vislumbremos todos, por la fe en Jesús, para que nos demos cuenta de la universalidad del Reino de Cristo! Así, al igual que a Juan, nos conviene aprender mucho.

Por ello es como si el Señor Jesús dijera a Juan con este mensaje que a muchos parecerá algo raro, y que acabamos de citar: “Mi querido amigo Juan: : No esperes un Reino terrenal, que Yo soy Rey de otro Reino, celestial, que es mucho mejor que el terrenal. Y por mis obras y palabras voy estableciendo mi Reino”.

Los dos discípulos de Juan se marchan y no dejan de transmitir el mensaje del Señor Jesús a su maestro y preceptor. La Biblia no dice si Juan, en realidad, ha comprendido el significado de las palabras de Jesús, pero Juan no vuelve a enviar a otros mensajeros para pedir pormenores más detallados de parte de Jesús. Podemos, pues, estar ciertos de que el predicador encadenado ya no tiene dudas en lo concerniente al mesiazgo de Jesús. Allá en el sombrío calabozo, ha visto la gloria del Reino de los Cielos, aunque no fuese más que por un momento. El Reino en el cual Jesús tiene preparado un lugar para Juan el Bautista también, en virtud de la sangre que el Gran Rey eterno verterá. Ojalá todos nosotros veamos la gloria del Reino de Dios. El que cree entrará y por fe heredará todas las cosas, y verá a Jesús en su gloria celestial.



La muchedumbre que rodea a Jesús lo ha visto y oído todo. Acaso alguno de ellos habrá pensado: "Pero ¿cómo puede dudar Juan ahora? ¿Es que él mismo ya no cree que Jesús es le Mesías, del cual es el precursor?"

Cuando Juan estaba predicando a orillas del Jordán, él mismo dijo: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Él mismo llamó la atención del pueblo hacia Jesús; el mensaje de Juan el Bautista tenía a Cristo como centro, no cabe duda. Más que la predicación de la mayoría de los predicadores de hoy día que se contentan con mencionar a Cristo de vez en cuando, mientras desde los púlpitos están pregonando temas de filosofía religiosa.

Sea como fuere, Jesús conoce a Juan, y le reconoce como genuino siervo de Dios. Y en la Biblia vemos con frecuencia que Jesús es un excelente psicólogo, que en realidad conoce el pensamiento de la muchedumbre, y una vez salidos los dos discípulos de Juan, el Señor se pone a hablar sobre su precursor.

Y ¿qué dice el pueblo acerca del Bautista? ¿Le dice que si el pobre hombre hubiera sido algo más cauto, no habría ido a parar al calabozo? ¡Cierto que no!

El Señor ahora explica al pueblo el ministerio de Juan y el papel importantísimo que ha desempeñado en el Plan de Dios para la salvación del mundo.

Jesús, entre otras cosas, dice al pueblo que Juan no es de aquella clase de hombres que cambian de opinión como cambian de camisa, cual caña mecida por el viento. Juan tampoco iba en búsqueda de riquezas ni tenía vestidura preciosa. Pero Juan sí era un verdadero profeta, el más grande que jamás haya vivido: el Precursor del Mesías que había de venir...

¡Hay que ver cómo el Señor Jesucristo defiende y protege a Juan el Bautista! El Señor Jesús honra a los Siervos de Dios.

Y la Palabra de Dios nos dice que todo el pueblo y los publicanos, al oír hablar de Jesús de este modo, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan (Lucas 7:29). Juan, a la verdad, era un gran profeta.

Pero lo que unos aceptan, otros lo rechazan. La Biblia no oculta la identidad de dicha gente: son los fariseos y los intérpretes de la ley... Ellos se burlan de Jesús y se oponen a Él.

Pero también respecto a los burladores y escarnecedores Jesús tiene un mensaje:

¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes? Semejantes son a los muchachos sentados en la plaza, que dan voces unos a otros y dicen: "Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no llorasteis".

Por muy extraño que nos parezca esta cita, Jesús la dice para referirse a un juego de niños que le sirve de ejemplo para ilustrar la actitud de los jefes religiosos.

Detengámonos un momento ante este juego particular, para tratar de aclararlo del modo más sencillo. A los niños les

gustan los juegos. ¿Verdad? Cuando, por ejemplo, un desfile de soldados pasa por las calles con capitán, alférez, música y todo, los niños también juegan a los soldados. Los niños siempre quieren imitar a los adultos. Así hacen los niños del siglo presente como lo hacían los de la antigüedad, del tiempo de la peregrinación del Señor Jesús en esta tierra. Había, por ejemplo, una boda en Israel, en la que los músicos tocaban la flauta y los convidados bailaban. Pero también había entierros, y la gente iba cantando endechas mientras se dirigía hacia la tumba.

Los niños de aquella época lo imitaban todo. En nuestros pensamientos podemos ver un grupito de niños jugando en la plaza pública del mercado. Juegan..., pero ¿a qué?

“¡Vamos a jugar a las bodas!”, dicen unos. Los demás se juntan a ellos con gusto.

“¡Ca!”, dicen los que quieren hacer otra cosa. Entonces los niños se ponen de acuerdo para hacer otra cosa; por ejemplo, jugar al entierro. Entonces también endecharían y llorarían como han visto hacer a los adultos...

Pero siempre habrá niños que no querrán juntarse a los demás. Entonces, en vez de jugar, se pelean...

Y ahora el Señor compara a estos niños con el pueblo judío y con sus jefes religiosos.

Vino Juan el Bautista, el cual ayunaba con frecuencia y que no bebía vino. Su predicación era extremadamente seria, pues convencía al individuo del pecado presente en la naturaleza humana, para llamarle al arrepentimiento. ¿Acaso escucharon a Juan...? ¿Creyeron lo que les estaba diciendo...? ¡Qué va! Al contrario, se burlaron de él diciendo que era un endemoniado.

Después de Juan el Bautista vino el Señor Jesucristo, muy distinto a aquél. A diferencia de Juan, Jesús sí comía con el pueblo y bebía vino. Pero ¿creyeron en el Señor Jesús? ¡Qué va! ¡Ni mucho menos! Tildaron al Señor de comilón y borracho, a lo cual agregaban que “Jesús era amigo de los publicanos y pecadores”,

Nada les convenía a los judíos: no escuchaban a Juan ni al Señor Jesús tampoco. En esto, el pueblo de Israel no era diferente de aquellos muchachos.

Por ello Jesús se vale de dicha imagen, ya que muy a menudo hablaba al pueblo en parábolas. Al predicar, Jesús solía sacar imágenes de la vida cotidiana, para que los oyentes lo comprendiesen mejor. Pero al referirse a los muchachos que jugaban, Jesús pone de relieve la maldad de la muchedumbre y la incredulidad de sus jefes religiosos.

Sin embargo, el Señor no deja de dirigirles una muy solemne advertencia: porque al no querer escuchar las buenas palabras del Señor, pronunciadas por amor hacia el pueblo - porque Jesús no ha venido para condenar, sino para salvar-, los judíos se hacían reos del castigo de Dios, castigo que, por desgracia, es historia mundial. La historia de un pueblo de dura cerviz que, por haber rechazado al Señor Jesús como Mesías, tendrá que pasar un largo período de destierro, sin descanso ni reposo para sus cuerpos y almas. El Señor Jesús, Profeta de los profetas y conecedor del porvenir de su propia nación, advirtió a los judíos con suma tristeza al referirse a la destrucción de Sodoma:

“Sodoma -dijo Jesús- era una ciudad extremadamente impía, por lo cual fue aniquilada por completo. Pero si Yo hubiera hecho tantos milagros en Sodoma como he hecho entre vosotros, los vecinos de Sodoma me habrían escuchado y se habrían arrepentido. Pero en medio de vosotros, ¡oh raza antes bendita de Israel!, he hecho tantísimos milagros y a pesar de todo me desechasteis. Pero ¡ay de vosotros!, Que moriréis en vuestros pecados, os perderéis para siempre, por vuestra culpa. He aquí, os he advertido...”

Y, en realidad, el castigo de Dios sobre Israel ha sido mucho más severo que el que sufren los gentiles, porque Israel ha conocido a Dios y los gentiles no.

Es un caso de suma tristeza que nos toca a nosotros todos: ahora, mientras dure la Dispensación de la Gracia en la que vivimos, y mientras tengamos el privilegio de vivir en ella,

podremos arrepentirnos entregando nuestros corazones y almas a Dios, para conseguir el perdón de nuestros pecados en virtud de la sangre derramada en el Gólgota.

Hoy es día de gracia; mañana puede ser demasiado tarde. El que muere sin haber conocido al Señor en su vida, se perderá, por muy religioso que haya sido. Las prácticas religiosas no nos salvan, sino únicamente la fe en Él, ya que, como Él mismo dice: "El que cree en Mí, tiene vida eterna".

Capítulo 29

EN EL HOGAR DE SIMÓN

EL FARISEO

Lucas 7: 36-50

El círculo de los fariseos de Capernaúm era bastante numeroso, y es sabido que los fariseos de Judá y Jerusalén odiaban y detestaban al Profeta de Nazaret. Ellos sólo buscaban una oportunidad para matar al Señor Jesús.

Y los fariseos de Galilea y de Capernaúm no creían en el Señor Jesús tampoco. Ellos también desecharon a Jesús como Mesías de Israel y se escandalizaron del trato tan amistoso que Jesús tenía con los publicanos, y se enfadaron al darse cuenta de la ayuda que Jesús daba a los pobres y miserables en los días de sábado; ni siquiera permitían que Jesús sanase a los enfermos en tal día. Pero por mucho que odiasen al Señor Jesús, su odio no era tan fuerte como el de sus colegas de Jerusalén y de todo Judá. Pero el odio es algo que se concibe al principio, y que puede ir creciendo más y más; hasta en la propia tierra de Jesús le odiaban como era odiado por los jefes religiosos del Sur.

Es sabido que los publicanos solían invitarse mutuamente para sus fiestas y veladas. Lo mismo era la práctica común entre los fariseos; ellos también organizaban banquetes para sus colegas. Eran fiestas muy agradables en las que podían

olvidarse impunes de la miseria que cundía entre sus feligreses, que, en ciertas temporadas, eran extrañadamente pobres. En este contexto nos conviene considerar el ministerio de Jesús, que se conmovía al verse enfrentado con la miseria humana. Una diferencia como entre el día y la noche; descuido completo de la ley del amor divino, por una lado, y solicitud con entrañable misericordia, por otro lado. Como todos los demás colegas, Simón, fariseo también, arregló un banquete, al que a su vez convidó a otros fariseos. El evangelista Lucas nos facilita el relato de este banquete particular refiriéndose exactamente a la manera en que los fariseos solían recibir a sus semejantes en sus casas, así es que vamos a ver lo que pasa en casa de Simón.

El salón, con toda seguridad el aposento alto, está esmeradamente arreglado para el banquete. En medio del salón están dispuestas mesas largas donde ponen los alimentos más ricos y suculentos. Alrededor de la mesa están los sofás, muy cómodos, en los que los convidados se sentarán. A la entrada se encuentran las tinajas llenas de agua, y los criados están listos para servir a los convidados.

Simón lo domina todo de un vistazo, y sonrío de contento, porque todo está arreglado, nada falta.

Ya entra el primer huésped, y Simón va a su encuentro para abrazarle o, según la costumbre oriental, para besarle, lo cual a nosotros nos parece algo raro. Pero como cada país, cada civilización, tiene sus costumbres peculiares, nos conviene respetarlas.

Los criados toman un plato grande, en el cual ponen agua para lavar los pies de los convidados. En oriente la gente iba calzada con sandalias sin calcetines, y al igual que en España la tierra quema tras caminar por las calles, los pies ardían. Además, los pequeños granitos de arena se pegaban al pie, lo cual era muy desagradable. Este lavamiento era, pues, una verdadera refrigeración bienhechora. Lavados los pies, se aplicaban unas gotitas de unguento o aceite, con un suave masaje, para quitar la sensación de calor.

Los ricos tenían la costumbre también de verter en la cabeza del convidado unas gotas de unguento o bálsamo de olor fragante para quitar todo olor de sudor. Dicho bálsamo era extremadamente caro.

La costumbre europea consiste en aplicarse unas gotas de agua de colonia u otro producto semejante que produzca el mismo efecto sin ser tan costoso.

Después de esta lección intercalada de costumbres orientales, que nos ayudará a comprender el hondo significado de nuestro relato, volvamos a ver lo que pasa en el hogar de Simón, que va llenándose poco a poco de convidados. Simón les da la más cordial bienvenida y el tradicional beso. Los criados lavan los pies a todos, y tampoco falta el aceite o unguento. Como buen dueño de casa y anfitrión, Simón mira con atención si todo se hace según las reglas establecidas y conforme a sus órdenes.

Verdaderamente, Simón los trata a todos a cuerpo de rey. A todos, menos a uno... Cuando este convidado entra, Simón no va a su encuentro y no le da un abrazo. ¿Y el beso tradicional? ¡Ni hablar! Los pies de este convidado no son lavados, y nadie viene a aplicarle el unguento, y entrando éste, tiene que contentarse con el sitio más humilde de la sala...

¿Quién es ese convidado? Recibió una invitación de parte de Simón, como todos los demás. Quizás por mero espíritu de convivencia. No, el convidado no es un intruso, ni mucho menos.

Alguien le habrá preguntado a Simón quién es el que ocupa el asiento más humilde de la concurrencia, y el que de costumbre pasa por ser un buen anfitrión, debe de haber contestado más o menos así: "¿No le conoces tú?" ¡Es el Profeta ese de Galilea, Jesús de Nazaret"

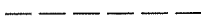
Lo que aquí pasa ha de calificarse de afrenta en plena cara del Hijo de Dios, Rey de reyes, aunque los fariseos no lo reconozcan como tal. El recelo que los fariseos tienen del Señor Jesús no justifica para nada la falta de respeto y urbanidad hacia Él. Al fin y al cabo, ¿Por qué le han convidado? Los pies

de Jesús también ardían como los de los fariseos, pero Simón no le hace caso. El Señor Jesús puede contentarse con la comida que le dan...

El Maestro, sin embargo, no se enfada. Muy al contrario sigue sentado en ese sitio más humilde de la sala, sin decir nada. Pero podemos estar seguros de que le habrá dolido mucho la afrenta, por ser hombre como nosotros; si a nosotros nos tratan con desdén, también nos duele. Además, el Señor sabe muy bien lo que pasa; a Él no le pueden engañar, porque Él ve perfectamente bien detrás de la máscara de todo ser humano.

Cuando todos los insignes han llegado, el banquete puede comenzar. Simón, por ser el dueño de la casa, se sienta en el puesto de honor, y a continuación pasa revista a todos los comensales. Convidó al Señor Jesús para tener ascendiente sobre el pueblo. Así todo el mundo pensará: ¡Ah, qué hombre tan hospitalario! El pueblo sabrá apreciar el bondadoso gesto de Simón, y le ayudará con más cortesía aún. ¡Tanto más honor para Simón!

Por lo demás, se le presenta una buena oportunidad para observar bien a Jesús, porque es muy probable que el Profeta de Nazaret haga algo que dé lugar a una acusación. El Señor Jesús sabe todas estas cosas, pero guarda silencio.



Mientras los convidados están cómodamente acostados en los sofás alrededor de la mesa, y saborean los deliciosos alimentos que se les presentan, entra una mujer sin decir palabra.

Esto, en nuestro siglo presente y en Europa o América, hubiera sido insólito, ya que, cuando nosotros tenemos alguna fiesta hogareña, sólo recibimos a los huéspedes que hemos convidado, y para todos los demás cerramos la puerta. ¿verdad? Entrar en una casa sin tener invitación, en nuestro mundo occidental, es muy mal mirado, pero en oriente, en tierra de

Canaán, solían dejar abiertas las puertas. Los que querían, podían entrar, nadie se lo impedía, aunque, de no ser invitado, no podían sentarse a la mesa para comer, pero sí podían ver a los que estaban presentes y conversar con ellos. El dueño de la casa no consideraba como intrusiones las visitas inopinadas: a más visitas, más importancia le conferían. Porque todos los que entraban en su casa podían darse cuenta de las riquezas amontonadas y de la manera en que recibía a los que tenía convidados. El esplendor de la fiesta redundaba en una mayor honra para el anfitrión...

Por ello simón también deja la puerta abierta, para que todo el mundo pueda entrar. Y por dicha puerta entra una mujer. Es como si no tuviera el valor de acercarse al que quería encontrar. Parece que tiene miedo; en todo caso, su timidez es manifiesta. Tiene vergüenza..., está llorando. Pero ¿quién es esa mujer y por qué llora? Todos los vecinos de la ciudad la conocen, y Simón y los demás fariseos también saben quien es. Al entrar ella, es muy probable que Simón la haya mirado de reojo; una mujer con la que un alto dignatario religioso no quiere tener trato alguno. En realidad, la manera de vivir de la mujer había sido pésima, pero algo pasó en su vida que no ha llegado al conocimiento del fariseo: el arrepentimiento. La mujer arrepentida ya no es pecadora, y ahora se avergüenza de su vida anterior y por ello está llorando a lágrima viva. Y habiéndose enterado de la presencia del Señor Jesús en casa del fariseo, quiere acercarse a Él para encontrar alivio y consuelo.

Seguramente ha oído la predicación de Jesús en ciertas ocasiones. Sin duda alguna, había comprendido que Jesús era el Salvador de los pecadores, y reconociéndose pecadora, al instante sintió la necesidad de un Salvador. ¡Cuánto le hubiera gustado entrevistarse con Él! Pero es probable que no se haya atrevido a acercarse a Él, como muy frecuentemente ocurre, al tener que reparar algún mal cometido.

Pero al enterarse de la presencia del Rabí Jesús de Nazaret en casa de Simón, no espera más. Lo que precisa, quizás sin saberlo exactamente, es el perdón de los pecados...

¿Y quién puede perdonar sino el Señor Jesús? Sea como fuere, la pobre mujer entra en la casa de Simón disimuladamente. Pero al acercarse a la puerta abierta del salón donde los dignatarios religiosos, justos y santos a sus propios ojos, están sentados en los sofás, tiene que enfrentarse a las miradas desdenosas de los ilustres ministros de la religión. Pero ya no se deja intimidar por ellos, porque ya está acostumbrada más o menos a la actitud de la gente religiosa frente al pecador.

Pero no quiere ver a los fariseos, sino a Jesús, a quien se acerca paso a paso, hasta que, al final, está detrás de Él. La costumbre en tierra de Canaán es que los convidados están recostados en los sofás, con los pies dirigidos hacia atrás.

Aquí está la mujer. En el lugar donde quería estar. Callada. Dentro de su corazón cree que sólo Jesús puede perdonarle los muchos pecados cometidos en su vida. Pero también se sabe indigna de recibir este perdón, y lo más normal, según las normas de la religión, sería que Jesús, a su vez, se deshiciera de tan mala mujer. Pero -y aquí interviene él "pero" divino ante las normas rígidas de la religión- la pobre mujer ya no puede vivir sin Salvador.

Y ahora, en presencia del Salvador, da rienda suelta a su dolor y se pone a verter gruesos lagrimones que caen precisamente en los pies de Jesús, y de este modo lava literalmente los pies del Señor con lágrimas de sincero arrepentimiento. Después de ello, los enjuga con sus cabellos, y como había comprado un frasco de alabastro con perfume preciosísimo, vierte su contenido en los pies de Jesús para ungirlos.

Y ¿por qué lo hace? Lo hace por amor; todo lo que posee quiere dárselo a Jesús, porque su alma anhela oír una palabra de consuelo por parte del Salvador. ¿Querrá perdonar sus pecados también...?

— — — — —

Entretanto, todo el mundo calla alrededor de la mesa; han enmudecido todas las voces, y todas las miradas convergen en

la mujer pecadora y en Jesús. Las caras de los hombres "piadosos" revelan rasgos de descontento, y, sobre todo, Simón se escandaliza sobremanera de lo ocurrido. El hombre se pone furioso y quiere echar fuera a la mujer intrusa. Pero por ciertas razones no se atreve a hacerlo. No puede manifestar su ira, y muchos pensamientos malos se apoderan de él. Piensa que si "Jesús en realidad fuera un profeta, no lo hubiera permitido; entonces hubiera sabido qué clase de mujer tiene a su lado. Se lo hubiera prohibido..."

Toda la fisonomía de Simón revelaba el desdén, actitud altanera de fariseo frente a Jesús. "¿Veis cómo Jesús es un embaucador?" Claro que no lo dice abiertamente, pero así piensa en su interior.

Reina un silencio casi sepulcral en el círculo de los fariseos. De repente, Jesús rompe el silencio dirigiéndose al dueño de la casa diciendo: "Simón, una cosa tengo que decirte".

Al instante, Simón replica: "Di, Maestro". Por mucho que estas palabras estén cargadas de ira, el fariseo no olvida el tratamiento, porque, al fin y al cabo, es un hombre culto que ha tenido buena educación.

"Simón -el Señor Jesús prosigue hablando-, hubo una vez un hombre muy adinerado, quien prestó quinientos denarios a un pobre. Al cabo de cierto tiempo, prestó cincuenta denarios más a otro hombre que precisaba dicho dinero. Ninguno de los dos tenía medios suficientes para devolver las cantidades prestadas. ¿Y qué les dijo entonces el acreedor? "Os perdono a los dos; vosotros no tendréis que devolverme nada. Estamos en paz".

"Dime, Simón, ¿cuál de los dos deudores estará más agradecido al acreedor? ¿Cuál de los dos le querrá más? Simón inmediatamente contesta: "Pienso que será aquel a quien perdonó más quien le querrá más y estará más agradecido..."

"¡Eso es! -dice el Señor Jesús-. Me parece que has contestado acertadamente".

A continuación, Jesús se vuelve atrás para llamar la atención sobre la mujer que está de pie detrás de Él. "¿Ves esta

mujer?", le pregunta a Simón. "Al entrar Yo, tú no lavaste mis pies; ni siquiera me diste agua. Pero esta mujer ha regado mis pies con sus lágrimas y los secó con sus cabellos. Tú no me diste ningún beso, pero ella ha besado mis pies. Tu no ungiste mi cabeza, pero ella ungió mis pies con unguento. ¿Y por qué hizo todo esto...? Porque sus pecados, por muy numerosos que fuesen, han sido perdonados. Esta mujer ha hecho lo que tú no hiciste. Ella ha amado mucho porque mucho le ha sido perdonado".

Entonces el Señor Jesús se dirige a la mujer diciéndole en tono muy suave: "Tus pecados te son perdonados".

No podemos imaginar cuán dulce paz descendió sobre su alma al oír estas palabras. Una experiencia sin igual para el alma arrepentida. Habrá vuelto a llorar ahora, pero esta vez de gozo y alegría. Todos sus pecados han sido perdonados; ella cree lo que Jesús le acaba de decir. Queda, pues, absuelta del montón de pecados cometidos en su vida, por la fe que tiene en el Hijo de Dios. Dios mismo es el Autor de esta fe para salvación. Lo que nosotros no podemos hacer -es decir, salvarnos a nosotros mismos y absolver a otros-, el Señor Jesús, en nuestro relato, lo hace con anticipación a su muerte expiatoria que sufrirá en el Gólgota.

Al igual que nosotros, que nos escandalizamos al pensar que tal o cual criminal pueda tal vez experimentar la salvación, a condición de que tan solamente crea en el Señor Jesús y en su obra redentora, los fariseos también se escandalizaban al oír las palabras de Jesús. Reina un silencio absoluto en casa de Simón, pero de pronto los fariseos vuelven a hablar diciendo: "¿Quién es éste, que también perdona pecados...?"

Pero ellos no hacen esta pregunta en señal de admiración, ni de emoción, al darse cuenta de la obra de redención cumplida en la vida de esta mujer. No, nada más lejos de la verdad que esto: las voces de los fariseos revelan incredulidad y recelo del Señor Jesús, cuyas palabras están en pugna con las normas de esta religión, rigorista que los judíos tienen forjada.

Jesús, sin embargo, no hace caso del recelo y de la ira de los fariseos, sino que muy tranquilo vuelve a dirigirse a la mujer para decirle: "Tu fe te ha salvado; vete en paz".

Y la mujer se va en paz, libre de toda carga de pecado que antes la aplastaba. Ahora ya no es presa ni esclava del pecado y del enemigo, es decir, del diablo, sino que el Señor Jesucristo la ha puesto en libertad, y en el momento del trance supremo de su vida volverá a encontrar al Divino Redentor, que de una mujer mala y pecadora ha hecho una heredera de la eterna salvación. Ella, justificada por la fe en Jesús por haberse reconocido pecadora delante de Dios, ha sido mucho más justa que los piadosos fariseos, que sólo eran justos a sus propios ojos.

Capítulo 30

UN TRIPLE MILAGRO DIVINO CONSIDERADO OBRA DEL DIABLO

Mateo 12:22-45

Marcos 3:20-30

Lucas 11:14-26

Parece que después del banquete en casa de Simón, el Señor se marchó de Capernaúm para volver a predicar en las ciudades, pueblos y aldeas de Galilea. No sabemos cuánto tiempo ha faltado de Capernaúm, pero el Señor Jesús tenía la costumbre de regresar de repente, y de entrar en alguna casa. Unos opinan que era la casa de Pedro, pero la Biblia no revela nada al respecto. Pero cuando Jesús regresa a algún lugar, el rumor no tarda en correr por el pueblo, y ya se acerca la muchedumbre, tan numerosa que Jesús y sus discípulos tal vez ni siquiera tienen un rato libre para refrescarse y para comer algo. Por muy larga jornada que Jesús haya traído, la gente no le deja tranquilo ni un momento.

Y cuando hay gente, hay fariseos y escribas también. ¡Para que nada se les escape! No porque crean las palabras de Jesús, sino más bien para sorprender al Señor en algún acto o alguna

palabra para poder acusarle después. Por ello Le acechaban sin cesar. Incluso de Judea y el propio Jerusalén han venido escribas, más doctos aún, para tender la red a Jesús. Quizá para azuzar a los fariseos galileos cual perros contra el Profeta de Nazaret. Nadie duda ya del odio profundo que le profesan, porque Jesús suele hacer todo lo contrario de los que los jefes religiosos hacen.

Cuando vienen los menesterosos, la gran muchedumbre, para escuchar el mensaje divino, Jesús no los despacha diciéndoles que se marchen, para Él poder ir a tomar alguna cosa antes ¡No! El Señor arde de amor hacia el pueblo, e inmediatamente está listo a predicar. Y aunque conozca exactamente lo que les ocurre a los fariseos y a los escribas, no los mira con odio, por mucho que Jesús se dé cuenta de lo falsos que son sus corazones.

Sólo en la eternidad sabremos a cuántos de esos fariseos y escribas habrá logrado rescatar por su Amor Divino, el cual, más tarde, Le llevará a la muerte, allá en el madero, Y el que ama tanto, no puede guardar rencor a una persona, y por ello, entre todas las religiones del mundo, la de Jesús se destaca erguida por causa del inmenso e indescriptible Amor que con Cristo bajó a lo más profundo de la bajeza de la raza humana.

Tal Amor confiere a Jesús una insigne autoridad divina, como veremos a continuación.

Jesús se sienta, rodeado de una gran muchedumbre. Mucha gente está pendiente de las palabras de Gracia que Jesús les anuncia. De entre esta muchedumbre traen a Jesús un hombre extremadamente desdichado, un caso que hoy día recluiríamos en algún establecimiento, lejos de la sociedad humana, ya que incluso las Iglesias lo clasificarían en la categoría de los casos desesperados. ¡Como si para Dios hubiese casos desesperados!

El pobre desdichado que se acerca es un endemoniado, un hombre totalmente poseído por el diablo. No sólo endemoniado, sino también ciego y mudo. A consecuencia de su ceguera, totalmente ensimismado y solitario, y por ser mudo, no puede

comunicarse con nadie. El único que tiene trato con él es el diablo, que le tiene poseído. No podemos imaginarnos una condición humana más infeliz.

Ahora se encuentra frente al Hijo de Dios, y la gente espera con ansiedad lo que va a suceder... Como es natural, ante un caso parecido, capitulamos. Pero ¿qué hará el Señor? ¿Podrá hacer alguna cosa?

Acaso unos habrán pensado: "Incluso para el Profeta de Nazaret, este caso es demasiado difícil"

Ahora se manifiesta un antagonismo del cual muchos no se habrán dado cuenta: Dios, frente a Satanás. Dios, para salvar al hombre, tiene que arrancarle del poder del diablo. Es algo que sucede en cada conversión, mientras no sea un mero cambio de religión. La genuina conversión es un traspaso de un propietario a otro. Satanás se ha apoderado de los seres humanos caídos, y como propietario ejerce todos los derechos sobre ellos. Desde Adán, Satanás nos ha dominado, pero ahora ha venido el segundo Adán. Vencedor que ha venido para vencer. Por amor hacia el mundo, el segundo Adán se deja aplastar por un momento, según Dios dijo a la serpiente: "Tú Le herirás en el calcañar, pero Él te herirá en la cabeza".

Considerado bajo este ángulo, para nosotros la victoria de Jesús es de antemano evidente, incluso en el caso presente. La gente, allá en Galilea, no sabe. Para ella es espectacular lo que va a suceder. Pero si conocemos al Cristo de las Escrituras, lo comprenderemos algo mejor. Claro que nosotros, occidentales, no somos mejores que los judíos de aquel entonces: toda nuestra "fe" estriba en la ciencia humana, "creemos" lo que vemos. Por ello, al presenciar un acto parecido, nosotros también quedaríamos atónitos.

Y en el caso que nos ocupa, Jesús pronuncia una palabra de autoridad y sana al desdichado. Un triple milagro, necesario para suprimir un mal triplicado también. Pero, como ya hemos visto, para anunciar dicha palabra de autoridad, hay que ser poseedores de Autoridad Divina. Jesucristo, exento de todo pecado y lleno del poder del Espíritu Santo, tenía dicha

autoridad y la ejercía con frecuencia en su ministerio. Tres milagros, pues, cumplidos simultáneamente por el Rey de reyes: el diablo es echado fuera, los ojos del enfermo son abiertos y su lengua es suelta. Ya nos imaginamos cuál habrá sido la sorpresa del hombre al verse de repente liberado de su estado de posesión demoníaca y de su doble invalidez física. El hombre mira a su alrededor con ojos fulgurantes y se pone a hablar. No de una manera que nadie entienda, sino en un lenguaje inteligible exento de gritos, expresado por palabras tranquilas y comprensibles. Ve a la gente sentada alrededor de él, ha vuelto a comunicarse con ella, libre de toda opresión por parte de aquel horrible espíritu diabólico.

Los que presenciaron el suceso se dan perfecta cuenta de que un hombre es sano de cuerpo y de espíritu. El triple milagro ha impresionado mucho a la muchedumbre; incluso los fariseos y escribas están atónitos y en su fuero interno están convencidos de que algo especial ha ocurrido. Un triple milagro no puede ser obra humana, debe de tratarse de una intervención sobrenatural. Ellos también, no cabe duda alguna, se han impresionado por el suceso.

Atónitos los judíos se miran diciendo: "¿No es éste el Hijo de David?". Al preguntarlo quieren decir: "¿No podría Él ser el Mesías?" En realidad, al presenciar sus milagros, sobre todo un triple milagro como éste, hay que estar convencido casi de que el Autor debe ser el Mesías. Claro que, entre creer verdaderamente que Jesús es el Mesías que había de venir, y pensar que podría ser uno de los Profetas, hay una diferencia enorme.

Pero los escribas y fariseos oyen las voces que surgen del pueblo, y han comprendido perfectamente bien que el pueblo ve en Jesús más de lo que conviene a los ojos de los líderes religiosos. Se dan perfecta cuenta del asombro que se traduce en las palabras pronunciadas por la gente del pueblo. A los oídos de los fariseos y de los escribas, una aprobación tal, por parte del pueblo, es inadmisibles. Sus corazones se llenan de envidia y odio. En vez de confesar su incredulidad, en vez de arrepentirse de los malos pensamientos que albergan contra Jesús,

miran al Señor furibundos. Ellos no permitirán que el pueblo de crédito a las palabras y la Obra de Jesús. No permiten que el pueblo reconozca en Él al Mesías desde muchos siglos prometido. Entonces, ¿qué hacer para impedirlo?

De repente surge un pensamiento diabólico en sus mentes. Tratan de ridiculizar a Jesús. A sabiendas de que hacían mal, tratan de destruir en las mentes del pueblo la impresión que el milagro ha dejado en ellas. Y para lograr tal fin, no se paran en barras.

De repente los fariseos y escribas se dirigen al pueblo en un tono lleno de ironía y sarcasmo: “Pero ¿no sabéis de dónde saca este Jesús el poder para echar fuera demonios...? Nosotros podemos aclarar ese fenómeno. Jesús lo puede sólo y únicamente por ser un endemoniado también. Él echa fuera a los demonios por el poder del jefe de los demonios...”

¡Qué sarcasmo más diabólico! Máxime cuando ellos mismos saben perfectamente bien que la obra de Jesús es divina, y que la liberación de un endemoniado no puede ser la obra de otro endemoniado, ni la del diablo, sino de DIOS únicamente. Y a pesar de todo, se atreven a llamar obra satánica lo que Dios ha hecho. El descaro de los fariseos y escribas no tiene límites, y odian tanto al Señor Jesús que se atreven a ridiculizar deliberadamente la obra del Espíritu Santo, violentando sus propias consecuencias. Se atreven, pues, a decir que Jesús es un siervo del diablo.

El Señor Jesucristo, por ser Hijo de Dios, conoce nuestros pensamientos más íntimos, y también conocía los de los jefes religiosos de su época, por lo que les dice:

“¡Lo que vosotros decís no puede ser! Una guerra civil debilita mucho a una nación y la reduce a la pobreza y a la impotencia. Cuando un enemigo se acerca desde afuera, no le cuesta mucho conquistar una nación débil. Lo mismo ocurre aquí: el diablo no luchará nunca contra el diablo, y los demonios -entre ellos- se ayudan en su lucha contra Dios, pero un demonio no se peleará nunca con otro demonio”.

Es como si el Señor Jesús dijera: “Lo que vosotros estáis diciendo con escarnio, es mentira. No sané al pobre desdicha-

do haciendo uso de poder diabólico, sino por la Virtud del Espíritu Santo". En el relato aludido del evangelista Lucas, Jesús dice textualmente que: "echa fuera demonios por el dedo de Dios".

A continuación, el Señor Jesús dirige una solemne advertencia a los judíos que han presenciado el acto, para que no acepten los malos pensamientos que los jefes religiosos les están inculcando, y que aún menos se junten a los escarneadores. Porque ahora los altos dignatarios religiosos están profiriendo blasfemias deliberadamente concebidas contra el Dios Altísimo, y contra la obra del Espíritu Santo de Dios. Esto es lo que la Palabra de Dios llama pecado contra el Espíritu Santo, único pecado imperdonable. El que peca contra el Espíritu Santo no podrá salvarse ni en el tiempo, ni en la eternidad. Por la sencilla razón de que el que es culpable de blasfemia contra el Espíritu de Dios no volverá a encontrar lugar para el arrepentimiento y no se arrepentirá nunca del pecado cometido. Es como si tal individuo se hubiera entregado al diablo, lo cual puede ser una horrible realidad, negada, por supuesto, por muchos teólogos y psicólogos modernos o -mejor dicho-modernistas, pero que de verdad produce la ruptura definitiva entre Dios y la criatura. Igual que Satanás, que, a sabiendas de estar vencido jurídica y definitivamente, desde el gran Día de la Victoria por la Resurrección del Señor Jesucristo, sigue siendo el diablo y antigua serpiente hasta el horrible día del Juicio eterno.

El que junto a Satanás se burla de la Obra del Espíritu Santo de Dios, echará a perder todo derecho del que el ser humano pueda valerse para acercarse a Dios. Hay perdón para cualquier otro pecado, incluso para el peor de los asesinatos, mientras el pecador se arrepienta y pida perdón a Dios. Porque es posible que todos sus pecados hayan sido cometidos, y que todos sus crímenes hayan sido perpetrados, bajo el dominio de Satanás sobre su vida, y que, en el trance supremo de su vida se dé cuenta de lo horroroso que está ha sido, y que pronuncie la oración del pecador: "¡Señor, acuérdate de mí, pobre peca-

dor...!“. Y es muy concebible también que Jesús haya perdonado a más de un criminal. No nos toca a nosotros el saberlo, pero Dios es más misericordioso que nosotros.

En este siglo, la gente religiosa es tal vez más terrible que la del mundo. Como los fariseos y los escribas de nuestro relato, que han pecado a sabiendas de que Cristo ha obrado por la virtud del Espíritu Santo.

Por ello hacemos tanto énfasis, por ser cosa de suma gravedad. El Señor nos guarde a todos nosotros para que no caigamos en tal pecado. Por la voz de nuestra conciencia, por el conocimiento de la Palabra de Dios, por la intervención directa por parte de Dios, Jesús nos protege día tras día. Sabemos que Jesús intercede por nosotros delante del Trono de Dios, el cual para nosotros es Trono de Gracia todavía. Y ojalá no se convierta nunca en Trono de Juicio para ninguno de nuestros estimados lectores.

— — — — —

Mateo 12: 46-50

Marcos 3:31-35

Lucas 8: 19-21

Antes del nacimiento del Señor Jesús, el ángel Gabriel anunció a María que iba a tener un Hijo, y que su Hijo sería el Mesías prometido hacía muchos siglos. Entonces el mensajero de Dios del Cielo le dijo: “Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios Le dará el Trono de David su padre”.

María se acordaba de estas palabras, aunque, por lo visto, no tenía ninguna prueba de su veracidad. En vez de experimentar manifestaciones especiales en el transcurso de los años, viene prueba tras pruebas. Apenas nacido Jesús, tienen que huir a Egipto, porque Herodes quería matar al Rey que había de nacer. Y terminado el destierro, Jesús pasará toda su juventud y adolescencia en casa del humilde carpintero -quizás tra-

bajando como carpintero también- allá en el menospreciado Nazaret. Todo menos el cumplimiento del mensaje angelical. A pesar de todo, María seguía albergando esperanzas en su corazón de que, al fin y al cabo, Dios no faltaría a su promesa. Porque ella creyó de veras lo que Gabriel le había dicho. En realidad, María no era desobediente en nada, y confiaba en Dios en el sentido más bíblico de la palabra, no cabe duda alguna.

Pero al cabo de treinta años Jesús se puso a predicar, Jesús no sólo predicaba, sino que también obró muchas señales y milagros poderosos, y por su mensaje cargado de poder divino llamaba la atención de todo el pueblo de Israel. Todo el mundo habla de Él, en términos favorables o desfavorables, según el individuo. Día tras día, grandes muchedumbres acudían a Él para escucharle. María, por cierto, estaría contenta. Así las cosas van tomando un rumbo muy favorable, y habrá esperado con ansia el día en que todo el pueblo israelita Le reconociera como el Mesías prometido.

Pero al cabo de cierto tiempo, María va inquietándose más y más por las condiciones cada vez peores en las que se desenvuelve el ministerio del Divino Hijo. En vez de creer en Él, los jefes del pueblo, incluso los fariseos y escribas, le vuelven la espalda, mientras van cobrando una aversión más y más pronunciada contra Jesús de Nazaret.

¡Esto no puede ser! ¡Todo va mal! Comprendemos perfectamente las congojas y zozobras de su madre al darse cuenta de un desarrollo tan desfavorable de la obra de su propio Hijo amado. Pero ¿por qué no se muestra algo más cauto? Porque Jesús no vacila en decir a los jefes del pueblo cuántas son dos y dos... En realidad, es cierto lo que Jesús dice, pero tal vez... Pero "a buen callar le llaman Sancho" - dice un refrán-, ¿verdad? Es probable que Jesús hubiera podido trabar amistad con los fariseos y escribas, si tan sólo su predicación no hubiera sido tan fuerte. ¿Quién nos dirá lo que se le ocurrió a María en aquel momento? ¡Lejos de nosotros el querer juzgarla! En todo caso, nuestra actitud no

hubiera sido mejor ni más espiritual en el sentido de la Palabra de Dios.

Y ahora mismo, en este día, María se entera de la presencia de Jesús en Capernaúm. Pero también se entera de que, una vez más, Jesús va rodeado de una gran muchedumbre, y que está tan atareado que ni siquiera encuentra un rato libre para comer. Como madre se inquieta, no cabe duda. "De este modo, se está agotando por completo..." Tal habrá sido el pensamiento de María.

Ya están acercándose a Capernaúm, la madre de Jesús acompañada de los hermanos de nuestro Señor. Porque si Jesús no mira por su salud y bienestar, ellos tendrán que hacerlo. "Está fuera de sí" dicen entre ellos, lo que quiere decir: "Ya no sabe lo que hace..." Por ello quieren ir a buscarle para que regrese con ellos a casa, a Nazaret. No tardan en encontrar la casa donde el Señor está predicando, pero no logran despejar el camino a través de la muchedumbre. ¡Imposible! No pueden acercarse a Él; entonces Él tendrá que salir para que puedan llevarse lo consigo.

Entonces se dirigen a los que están por detrás: "Hágannos el favor de decir a Jesús que somos familiares suyos y que hemos venido a hablarle a Él personalmente". El uno lo dice al otro, la solicitud va de boca en boca, hasta que alcanza a los que están sentados cerca del Maestro. Y estos últimos se lo dicen a Él directamente, para que sepa que su madre está afuera, con sus hermanos, y que quieren hablar con Él.

Pero Jesús sigue sentado diciendo: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?"

Esta pregunta puede dar lugar a una mala interpretación. ¿Querrá decir que ya no conoce a su propia madre ni a sus hermanos...? ¿O acaso ya no quiere conocerlos?

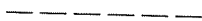
Conocer, sí, no cabe duda alguna. Pero Jesús también conoce los motivos de su venida a Capernaúm. Jesús sabe lo que su propia familia opina de Él, hasta pensar que está loco. En estas condiciones, ¿irá con ellos...? ¡Ni hablar! A pesar de las buenas intenciones que su madre y sus hermanos indudable-

mente tienen, Jesús no puede volver a casa con ellos. Jesús no está al servicio de María, ni al de sus familiares, sino que Jesús desempeña su ministerio al servicio del Padre Celestial. María ya no tendrá que mirar por Él, sino que el Padre Celestial cuidará del sustento de Jesús. Jesús vive en otro orden, muy distinto del de este mundo, de la cual nos daremos cuenta más y más a medida que vayamos leyendo y estudiando la Palabra de Dios.

El significado de la respuesta de Jesús es mucho más profundo de lo que parece a primera vista. Al dar una respuesta de esta clase, Jesús quiere quitarle autoridad a María, aunque bajo un punto de vista humano dichos pensamientos sean lícitos. María tendrá que seguir a Jesús, y no Jesús a María.

María es de la raza humana, pero Jesús es Hijo de Dios y como tal se conformará a las leyes de Dios. Con toda seguridad que tal actitud por parte de Jesús habrá causado un vivo dolor en el corazón materno de María. No cabe duda.

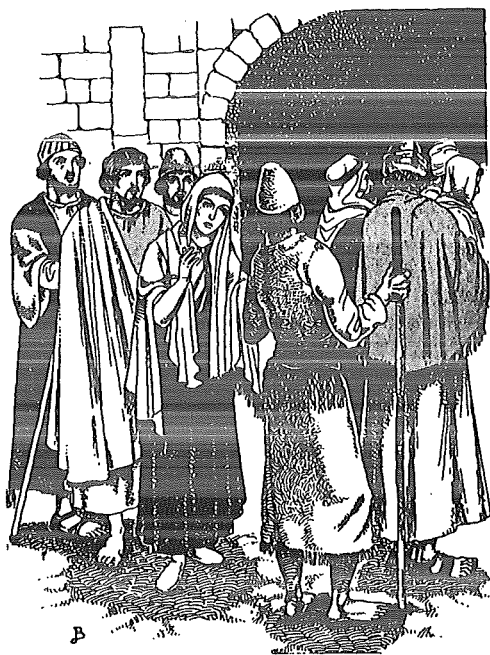
A los judíos allí congregados dice: "Sabéis quién es mi madre, y quienes son mis hermanos...? El que hace la voluntad de Dios es mi hermano, mi hermana y mi madre". Al pronunciar estas palabras Jesús ya está poniendo el fundamento de la Iglesia de Cristo: El que cree en Mí y me precisa a Mí como Redentor y Salvador, formará parte de la inmensa familia de Dios, por cuya deuda voy a pagar sacrificándome a Mí mismo".



De este modo los enemigos de Jesús son cada vez más numerosos; el odio de los fariseos y escribas es cada vez más firme e incluso sus propios familiares no Le entienden. Su madre y sus hermanos piensan que no está en sus cabales, porque ellos mismos dicen: "Está fuera de Sí".

Esto, claro, podría considerarse como una afrenta, y esta falta de comprensión habrá dolido mucho al Señor. Pero no nos olvidemos del hecho que la Pasión del Señor Jesucristo va mar-

cándose más y más, hasta culminar en el Gólgota. Pero también es patente el hecho de que el ministerio de Cristo, en este mundo, es tan trascendental que ningún ser humano, a menos que tenga el don de profecía, vislumbrará el significado de las obras y palabras de Jesús. El que no tiene visión espiritual piensa que Jesús, si en realidad fuera el Mesías, tendría que presentarse al pueblo judío como libertador político para constituir un frente popular contra el poder de los tan odiados romanos. El que se nutre de la Palabra de Dios, judío o gentil, alabará al Hijo de Dios por no haber venido como libertador político de su pueblo, sino para libertarnos de las potestades satánicas del aire, para poder desarrollar el ministerio del pueblo de Dios en este mundo.



María, madre de Jesús, busca a su Hijo para hablarle.

No ha de extrañarnos, pues, el que ni siquiera María comprendiera el comportamiento de Jesús, ni los secretos tan profundos de su mesiazgo. Pero paso a paso María y los hermanos de Jesús comprenderán mejor. Pero para comprender hay que experimentarlo. Esto nos hace entender un poco la alegría que experimentaba Jesús al acercarse a la cruz del Calvario; un dolor mezclado de gozo rebosante, cosa que el hombre natural no comprenderá nunca sin experimentar por sí mismo el efecto que produce la Muerte expiatoria de Jesús, su Resurrección, Ascensión y Pentecostés.

Capítulo 31

LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

Mateo 13: 3-9

Marcos 4:1-9

Lucas 8:4-8

En cada salón hay colgada una lámpara. ¿Verdad? Una lámpara provista de pantalla. Sin ella el alumbrado del salón sería uniforme, en todos los rincones, y hasta en el techo. La intensidad luminosa resultaría igual en todo el salón, incluso en los rincones donde no hay necesidad de alumbrado. Por eso las lámparas van provistas de pantallas para quitar la luz de los rincones que no necesitan alumbrado, y concentrarla en el lugar donde sea requerida, por ejemplo sobre una mesa. El que se sienta a la mesa para leer o escribir aprovecha más luz de la lámpara, gracias a la pantalla.

Lo de la lámpara es un ejemplo y nada más. De él nos serviremos para arrojar más luz sobre otro tema que va a ser presentado a continuación.

— — — — —

El Señor Jesús había predicado muchas veces, y el pueblo

le escuchaba con gusto. Quizás más que los jefes religiosos. Pero ¿porqué le gustaba tanto al pueblo escuchar a Jesús? Por razones muy claras: la predicación del Señor Jesús era muy sencilla, de modo que todo el mundo, hasta el más inculto, podía comprenderla. A los pobres les predicó el Evangelio. Al decir pobre no me refiero a la gente pobre que no tiene dinero, sino a las personas que se han arrepentido de sus pecados. Los que de veras se arrepintieron fueron llamados por Jesús para que viniesen a Él. Por ello Jesús llama al pueblo diciendo: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar".

Muchos acudían a Él para buscar alivio. Enfermos, cojos, ciegos, paralíticos, leprosos. Jesús los sanó a todos. Por su obra de sanidad Jesús demostró su OMNIPOTENCIA, característica indudable de su cualidad de Hijo de Dios. Sanó a los enfermos para demostrar al pueblo que también tenía la potestad de regenerar sus almas y de reformar sus mentes. Para que todo el mundo viese que el que tiene potestad para salvar al hombre de las consecuencias del pecado, es decir, las enfermedades físicas y psíquicas, la tiene también para salvar al hombre del propio pecado.

Pero, ¿cuál era la reacción del pueblo y de sus jefes religiosos ante Su obra redentora?

Como hemos visto en el capítulo anterior, los fariseos y escribas tenían el descaro de burlarse de la Obra de Dios, e incluso también se atrevían a llamar obra del diablo a la Obra de Jesús.

Tal actitud por parte de sus paisanos indujo a Jesús a predicar de otro modo; desde aquel momento les iba a hablar haciendo uso de parábolas.

Las parábolas, en general, eran relatos muy comunes sacados de la vida cotidiana, los cuales, sin embargo, tenían significado mucho más profundo. Por medio de dichas parábolas el Señor Jesús intentaba enseñar al pueblo. No todo el mundo entendía inmediatamente el significado de las palabras de Jesús. Pero el que quería saberlo podía acudir a Jesús para pre-

guntárselo. Así pues, cual pantalla colgada alrededor de una lámpara que quita la luz en los rincones de la habitación, Jesús, por medio de sus parábolas, cubría el significado de sus palabras.

Y, ¿por qué adoptó tal modo de hablar? La Palabra de Dios nos facilita el informe: "Porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden". Con estas palabras Jesús quiere decir: "Vosotros oiréis mis palabras, pero no las comprenderéis". Entonces los escarnecedores ya no podrán burlarse de Jesús hasta el punto de proferir blasfemias.

Pero el que no quería burlarse de las Palabras del Señor Jesucristo, sino que quería saber lo que Jesús quería decir, podía acudir a Jesús con toda libertad para hacerle preguntas.

Así, pues, la gente que verdaderamente quería nutrirse de las enseñanzas de Jesús, por la explicación dada por el Maestro llegaba a comprender mucho más profunda y claramente el significado de su predicación. De este modo, también, los oyentes ávidos de saber, podían cerciorarse mucho más concienzudamente de los temas espirituales tratados por el Señor.

En realidad las parábolas tenían más o menos la misma función que la pantalla de la lámpara: oscuridad para los escarnecedores, y luz para los que en verdad creían en Él. De este modo el Señor relató muchas parábolas, cuyo sentido intentaremos aclarar a continuación, y ojalá sean de bendición para muchos lectores.



Una gran muchedumbre se apretujaba a orillas del Mar de Genesaret, como hoy sucedería, por ejemplo, para presenciar alguna regata. Las competiciones deportivas atraen a mucha gente en la actualidad, mientras muchos lugares de culto están casi desiertos. Así se manifiesta el interés que alberga la humanidad en nuestros días.

Pero, ¿qué pasa allí? ¡Nada especial! Diríamos. Esa muchedumbre se había enterado de que, salido de Capernaúm, el Señor Jesús está junto al mar. Por ello el gentío le sigue porque quiere estar con Él, porque quiere escuchar su predicación. En toda la ciudad de Capernaúm se ha comentado lo que se produjo por la mañana, de cómo el endemoniado, mudo y ciego fue sanado. Por mucho que los fariseos y escribas quieran burlarse de Jesús, el pueblo quiere escucharle.

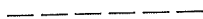
Muchos judíos van apretándose para conquistar un asiento cerca de Jesús, y poder oír algo. Y para mejor dominar al auditorio con su voz, Jesús sube a la cubierta de una barca, donde se sienta. Los muchos oyentes están en la playa, y poco a poco las voces del gentío callan, hasta que reina un silencio profundo.

Entonces Jesús se pone a hablar en alta y muy clara voz. "He aquí, el sembrador salió sembrar..." Una parábola. Vamos a escuchar lo que dice:

¡Un sembrador! Un ejemplo muy común sacado de la vida cotidiana. La mayoría de nuestros lectores habrá presenciado alguna vez la siembre, aunque en la actualidad muchos campesinos usan máquinas para sembrar. Pero antes, cuando no había sembradores ni otra clase de máquinas agrícolas, todo tenía que hacerse a base de trabajo manual. El sembrador salió, pues, a sembrar.

Antes él se extiende el campo bien abonado y arado; la labor inicial consistía en ablandar el terreno duro por medio del arado. Hechas estas faenas preparatorias, el sembrador puede comenzar. Puñado a puñado saca la simiente de su saco y la esparce de un tirón, y va sembrando sus semillas a cada paso. Al sembrar, por supuesto, caen semillas en los pedregales al borde del campo arado; otras caen en el camino que circunda el campo, donde van a parar en pedregales. De repente se acercan unos pájaros que con avidez pican los granos sueltos. Las semillas esparcidas en los pedregales se pierden sin producir fruto.

Al final el campo está sembrado y el sembrador se marcha. ¿Crecerá la semilla y producirá fruto?... No toda, desgraciadamente. -Y ¿por qué no?- Porque cierta parte cayó en pedregales, tal vez cubiertos de una capa poco profunda de tierra fértil. Y ¿qué ocurrirá? Las semillas caídas en dicha capa poco profunda brotarán al cabo de unos pocos días. Las raíces pequeñas tratan de penetrar en el suelo, pero no tardan en dar con esa capa de piedras duras e impenetrables. El calor aprieta. La tierra tan poco profunda se calienta y pierde la humedad. Las pequeñas raíces ya no encuentran agua en el subsuelo y la planta recién brotada se seca. Esta semilla se pierde sin producir fruto.



Otra parte del campo estaba cubierta de cardos y espinos. Todos esos cardos y espinos, con cizaña, han sido cortados y quemados. A simple vista no se nota rastro de raíces, de modo que el terreno tiene un aspecto enteramente limpio, por lo que el sembrador no tiene reparos en sembrar en esa parte del campo. Pero lo que el sembrador no puede ver son las raíces en el subsuelo del campo, que no habían sido quitadas. Por desgracia, dichas raíces no están muertas, sino vivas y siguen creciendo... Al cabo de cierto tiempo la semilla brota. Las raíces muy finas van penetrando dentro del subsuelo, donde ganan profundidad, sin estorbo alguno. No hay allí capas de piedras. Pero cuando caen las abundantes lluvias, y cuando el sol vuelve a calentar el terreno, las raíces de los cardos y espinos rebrotan, y ¡he allí, los tallos verdes de nuestra semilla en medio de los cardos y espinos!, los cuales por desgracia, crecen mucho más rápidamente que el grano, de modo que éste se ahoga bajo los tallos frondosos de aquellos. Es un proceso lento y paulatino. Los tallos verdes amarillean y al final perecen por falta de luz. Los rayos de luz del sol son absorbidos enteramente por las inmensas ramas de los espinos.

Entonces las semillas caídas entre los espinos se pierden también, porque los tallos ahogados no producen espigas. Allí, pues, el campesino no recogerá fruto.

Pero, ¿va a perderse todo, irremisiblemente? Las semillas caídas en el camino han sido picadas por los pájaros. Y el grano caído en pedregales brotó, pero no tardó en secarse. Y el que cayó entre cardos y espinos se ahogó por las ramas que han crecido tan rápidamente. ¿Se perderá todo?.

¡No, gracias a Dios! Porque otras semillas han caído en buena tierra, han brotado y crecido y al final han producido mucho fruto. Regado por la lluvia y calentado por el sol, el grano ha crecido hasta formar espigas llenas de granos. Unas contenían treinta, otras sesenta, hasta cien granos por uno. Una multiplicación casi milagrosa que presenciamos año tras año, a veces sin darnos cuenta de la obra maravillosa de Dios.



Mateo 13:18-23

Marcos 4:10-20

Lucas 8:9-15

La parábola del sembrador es la que Jesús propuesto a una muchedumbre. El que la oye, o la lee sin más ni más, tiene la impresión de que es una mera narración, con moraleja o sin ella. Sobre todo en el tiempo de la cosecha, en otoño, cuadra bien con el ambiente de la Tierra Santa.

Si Jesús hubiera sido un hombre de letras, o un filósofo, diríamos: ¡Qué narración más amena! Porque un literario pinta con palabras, y sus lectores u oyentes se deleitan al leerlo u oírlo.

Pero Jesús, pone significado más profundo en sus palabras. Él no habla tan solamente porque quiere pronunciar palabras, o para hacer juegos de palabras.

Ante este cambio tan radical, en la predicación de Jesús, los discípulos del Maestro y otros que quieren escuchar su

palabra se acercan a Él para preguntarle: "Maestro, ¿Por qué hablas al pueblo con parábolas?"... Le hacen esta pregunta por miedo a que no todos comprendan el significado de su predicación. Y entonces Jesús les dice claramente que todos no tienen que entender lo que Él dice, porque los blasfemos escarnecedores podrían volver a burlarse del consejo de Dios tocante a la salvación del mundo. Por ello no volverán a blasfemar del Señor Jesucristo.

A continuación Jesús explica el significado de la parábola a quines están ávidos de conocer la Verdad, incluso a sus discípulos. Afortunadamente la Palabra de Dios también contiene la interpretación de la parábola, igual que nos facilita soluciones para todos los temas bíblicos, aunque parezcan problemáticos para muchos teólogos de este siglo moderno.

"¡Oíd pues, vosotros la parábola del sembrador!" Prosigue Jesús hablando. El imperativo ¡oíd! debe entenderse en el pleno sentido de la palabra, no sólo por el oído, sino también por la mente y el corazón. Dios, al instruir al pueblo en el Antiguo Testamento, también dijo: "¡Oye Israel, los estatutos y decretos...!" Y este mismo imperativo divino aparece repetidas veces en el Antiguo Testamento, para que Israel conociese las leyes. Y cuando Jesús viene a cumplir la Ley divina, hace uso del mismo imperativo al explicar su parábola. Por este penetrante imperativo sabemos que Jesús habla con autoridad divina.

A primera vista puede parecernos extraño el que Jesús tenga que explicar la parábola incluso a sus discípulos porque ellos se distinguen del pueblo por la buena disposición que tienen para escuchar. "Tienen oído para oír", para valernos exactamente de la dialéctica bíblica. Asimismo, el que entiende que la semilla, en esta parábola, significa la semilla de la predicación del Reino, ya no tendrá dificultad en comprender el mensaje de Jesús. Sin embargo, por el relato de Lucas citado al principio de este capítulo vemos que los discípulos en efecto precisan alguna interpretación, alguna

explicación. Ellos en realidad escuchan el mensaje del maestro con fe, y, en principio, con entendimiento, pero lo que ellos precisan es una introducción más profunda en los "misterios del Reino de Dios", algo que en aquel entonces no han comprendido plenamente debido al pensamiento erróneo que albergaban respecto a la manifestación del Reino de Dios. No estaban convencidos de que el Rey soberano de dicho Reino tenga que desempeñar el papel de sembrador, y que, además, el fruto de su predicación dependa de la estructura y calidad del suelo que reciba la semilla. Los discípulos del Señor no se daban cuenta del carácter misterioso del Reino de Dios, en su nueva manifestación en el umbral de una nueva era, la Dispensación de la Gracia. He aquí, pues, el objeto de las enseñanzas de Jesús por medio de parábolas, junto a la necesidad de tener una explicación del simbolismo al parecer tan sencillo.

La presente parábola no se refiere textualmente a la Palabra del Reino de Dios. No obstante, no tardaremos en comprender que cada predicador de dicho Reino, incluso el propio Señor Jesucristo, adopta en primer lugar el cargo de sembrador de la palabra de Dios, sembrador que al sembrar tiene que estar pendiente del poder que cada semilla tenga para producir tallos y espigas, según el lugar donde caiga.

Nos encontramos, pues, al principio de una nueva dispensación, provisional, por supuesto, hasta que venga la manifestación poderosa del Reino, la cual todos nosotros esperamos con ansia: la segunda Venida del Señor Jesucristo.

Al leer la parábola del sembrador, nos damos cuenta inmediatamente de la distinción que Jesús hace entre las diferentes calidades de suelo en que siembre. No depende, pues, de la semilla, que es buena, sino de la tierra que la recibe.

Así, pues, hay gente que oye la Palabra del Reino, pero sin entenderla. Carecen de entendimiento espiritual para comprender el mensaje de Jesús. No dan crédito a las palabras del Señor para saber lo que quiere decirles. Se acerca a ellos el

maligno, el diablo y cual pájaro que viene a picotear la semilla que encuentra a lo largo del camino en pedregales, Satanás y sus demonios vienen a hurtar todo lo que no es planta de fe en el corazón humano. Este hurto puede entenderse en un sentido más bien literal. Lo trágico es que la persona que no entiende la Palabra, no la aprovecha tampoco, y Satanás es quien se empeña en hurtar toda la semilla sembrada en el corazón de tal hombre.

Asimismo, la frase tocante a lo sembrado a lo largo del camino, parece referirse gramatical y directamente al oyente, quien se asemeja a la tierra infructífera, a un margen donde la semilla es pisada por los pies de los hombres y de los animales.

Del camino pasamos a los pedregales, no mucho más fructífero éste que aquél. Es la segunda imagen que Jesús emplea, aunque en ella el receptor parezca muy dispuesto, al principio, a recibir la Palabra de Dios. Al oírla se muestra entusiasmado por ella, y manifiesta el gran gozo de haber conocido la salvación por Jesucristo. Se impresiona sobremanera del mensaje de la Palabra de Dios, pero, por desgracia, esta prontitud, en entregarse al Señor Jesucristo como Señor y Salvador personal de su vida, de antemano revela una falta de conocimiento y profundidad. En su propio ser no hay terreno abonado, donde la semilla de la Palabra divina pueda echar raíces. En tan escasa tierra la semilla brota inmediatamente en la tierra tan poco profunda, acariciada por el calor del sol; brota, sí, pero nada más que por un instante. El mensaje de la salvación ni siquiera llega a germinar en su alma, debido a los pedregales escondidos debajo del yacimiento de tierra fértil tan poco profundo, de modo que tal hombre, aunque se llame converso, no tarda en caer en la hora de la tentación. Porque el tentador viene tan pronto como la luz del Evangelio ha encendido una pequeña llama. El gran fuego de los cristianos experimentados en la lucha, no es grande porque el tentador no se haya acercado, sino porque una vez encendido, el diablo no ha logrado apagarlo, por mucho que lo haya intentado.

Viene ahora la tercera posibilidad de sembrar en mala tierra, que se nos presenta cuando la semilla cae entre cardos y espinas. Este tercer ejemplo se refiere a la condición del que oye la Palabra; sin oponerse a ella, se deja llevar por el engaño de las riquezas que ahogan el germen de la Palabra. El hombre se afana por las cosas de esta vida presente, donde las congostas del vivir cotidiano ocupan el lugar principal. El Señor no se refiere a nuestro trabajo para ganar nuestro sustento y el de nuestras familias, sino a la avaricia, al afán por las torpes ganancias para amontonar riquezas que no sirven ya a nuestro sostén. Muchos son los cristianos que, en su vida, han conocido luchas tremendas.

Pero el creyente sabe que para todas las cosas puede acudir al mismo Señor que hace casi dos mil años pronunció esta parábola, que no sólo era maestro para un número restringido de discípulos, como los grandes filósofos de la antigüedad. Jesús es más que un gran filósofo de la antigüedad, es nuestro Salvador, el Redentor vivo.

Por ello los que están en apuros, pueden clamar a Él incluso desde la profundidad de sus dolores y congostas, y Él los oye. Y es cierto que el que, ahogado casi bajo cardos y espinas de esta vida, se acuerda del Señor que nos ve, y se pone a gritar en oración, el Señor lo oye. Entonces hay conversación entre Dios y el ser humano afligido; más todavía, hay comunión. Lo más sublime en esta vida terrenal, es cuando el alma entra en comunión con su Salvador.

Dichas estas cosas, casi podemos prescindir de hablar sobre la cuarta especie del sembrado: la semilla que cae en buena tierra, lo cual ocurre cuando oye y comprende la Palabra.

Pero hay algo más que oír y comprender: en la vida del que oye y comprende, hay fruto. En la vida del hombre este fruto se llama fe y arrepentimiento; creer el mensaje de la Palabra de Dios, creer en el Hijo de Dios y tener confianza en Él para todas las cosas.

El buen tallo lleva espiga. Pero hay espigas grandes y pequeñas, como el Señor también dice: "El que oye y entiende la Palabra, y da fruto, produce a ciento, a sesenta y a treinta por uno".

Cada creyente no tendré, pues, la misma fuerza. Y todos no serán fructíferos del mismo modo. Lo principal es que cada uno de los que pertenecen al Señor, y que se sabe salvo por gracia divina, lleve fruto. De la cantidad -y de la calidad- de este fruto, sólo Dios será el Juez supremo. Pero una cosa es cierta: el que ahora lleva poco fruto, puede hacerse más fructífero acudiendo al Señor en oración, para que Él le ponga en el lugar que le convenga.

Claro que, en una parábola, no podemos decirlo todo. Ni tampoco las parábolas de la Biblia abarcan todo el sentido espiritual que Dios quiere dar, ya que, si tan solamente nos atuviéramos al contenido gramatical del texto bíblico citado arriba, llegaríamos a creer que una espiga que lleva treinta granos, nunca llevará cien. Si tuviéramos delante de nuestros ojos una lección de botánica, sería cierto, por ser una ley de la naturaleza. Pero Dios nos aplica a nosotros otra ley, divina y trascendental. El que, en su vida espiritual, lleva poco fruto, puede crecer espiritualmente hasta que lleve mucho fruto, lo cual, para nosotros, será una vida cristiana normal, es decir, adaptada a la norma divina.

En resumen, cabe decir que todos los pastores y predicadores, al predicar en los púlpitos son sembradores también. Dondequiera que se lea o predique la Palabra de Dios, la semilla es sembrada en los corazones. Al sembrar, mucha simiente se pierde. La simiente, es buena, pero la pérdida de simiente depende de la dureza del suelo... y de nuestro corazón. La mayoría de la gente produce malos frutos, máxime cuando ahora el mundo se preocupa de todo, menos de lo espiritual y divino, Tal vez todo nos parece muy sombrío. Nos encontramos envueltos en la lobreguez del siglo actual, pero, ¡gracias a Dios! Jesús es Vencedor y con Él y por Él saldremos de la lucha más que vencedores, llevando mucho fruto. Por ello queremos terminar este capítulo citando el versículo final del Salmo 126:

Irá andando y llorando el que lleva
la preciosa semilla;
Más volverá a venir con regocijo
trayendo sus gavillas.

Capítulo 32

EL ENEMIGO SIEMBRA == CIZAÑA ENTRE EL TRIGO ==

Mateo 13:24-30

Aún no nos hemos alejado, en nuestros pensamientos, de la hermosa playa del lago de Genesaret, donde la muchedumbre está pendiente de los labios del Señor Jesucristo, quien, sentado en una barca, predica explicando al pueblo toda una serie de parábolas, para que le sirvan de enseñanza y, también, de advertencia.

Pronunciada y explicada la del sembrador, el Señor al parecer está convencido de la necesidad de proponer a sus numerosos oyentes alguna parábola más, quizás por la sencilla razón -como ya vimos al final del capítulo anterior- de que una parábola no expresa el sentido total del pensamiento divino en lo concerniente a nuestra salvación y al Reino de Dios, del cual somos ciudadanos, sin distinción de razas o nacionalidades.

Así, pues, Jesús prosigue hablando: "El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo".

Jesús no deja de hablar del Reino de Dios, llamado Reino de los Cielos, quizás para hacer hincapié en el carácter celestial del Reino que Jesús va a fundar. Al leer concienzudamente los

Evangelios nos damos cuenta de que los judíos no esperaban un Reino celestial, sino terrenal. Asimismo, a los ojos de sus paisanos el mesiazgo de Jesús era rebajado al nivel de una misión quizás divina, de libertar al pueblo del yugo romano. Por ello Jesús se empeña en hacerles ver que iban cargados con otro yugo, mucho más pesado que el romano: el del pecado, esclavitud que les acarrea la perdición eterna.

Por lo visto, le cuesta mucho al Señor Jesús el disuadir al pueblo judío de tan erróneo pensamiento. Porque, ¿qué provecho hubieran sacado de una liberación meramente política, mientras persistieran en su modo de vivir pecaminoso?

El Reino de los Cielos es, pues, semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Este hombre, aquí, representa un terrateniente que dio orden a sus siervos de sembrar, y con este fin les confía semilla, buena semilla. Y los siervos cumplen su tarea con fidelidad, y al cabo de un tiempo relativamente breve todo el campo se convierte en un sembrado esperanzador.

Acabada la tarea, los siervos van a descansar al anochecer, cuando nadie puede trabajar en el campo. Pero de noche, cuando todo el mundo duerme, un individuo de apariencia oscura se acerca al campo con mucha cautela. Lo que va a hacer, lo hace de noche, cuando nadie le puede ver. Como muchas cosas malas se hacen de noche. Este individuo es un enemigo del propietario.

Y ahora el personaje oscuro también va sembrando. ¿Y por qué? ¿No habían sembrado bien los siervos...? ¡Sí! Los siervos han cumplido sus deberes, pero el que siembra de noche, siembra mala simiente. Está sembrando cizaña entre el trigo. Y terminada su obra horrible y destructora, el oscuro individuo se marcha.

Al cabo de unos días los siervos vuelven al campo para ver si brotan tallos, como prueba de la germinación de la semilla. Y al ver que todo el campo verdea, se ponen muy contentos, pero cuando, inclinándose para ver los tallos más de cerca, se dan cuenta de que el campo está lleno de cizaña, menean la cabeza extrañados. En efecto, no comprenden que ha sucedido.

Visto esto, se apresuran a decírselo al dueño de las tierras, al que preguntan muy nerviosos: "Pero Señor, ¿no nos ha dado usted buena semilla? ¿Por qué, pues, toda esa cizaña entre el trigo?"

"Esa cizaña -contesta el dueño- fue sembrada por un enemigo, quien vino a sembrar cizaña a propósito..."

Y los siervos, llenos de indignación, no llegan a comprender que existan hombres tan malos y desalmados. "¿Quiere, pues, que vayamos a arrancar la cizaña?" Una dura tarea que los siervos habrían hecho con gusto, si el señor no les hubiera dicho con prudencia: "¡No lo hagáis! Que de otro modo arrancaríais también con ella el trigo ¡Cuán fácilmente podrías confundir alguna brizna de cizaña con los tallos recién germinados del trigo!"

En realidad hay muchas clases distintas de cizaña que, al principio, se asemejan mucho a los tallos de trigo. Por ello podría uno equivocarse fácilmente y arrancar las tiernas plantas del trigo y dejar crecer la cizaña.

Más tarde, cuando tenga lugar la siega, el trigo estará maduro, y en ese estado de madurez, ya no habrá confusión posible. Entonces el dueño de la tierra dirá a los segadores: "¡Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos, echadla en un montón para quemarla!". Y también dará orden de recoger el trigo con esmero, para guardarlo en el granero.

— — — — —

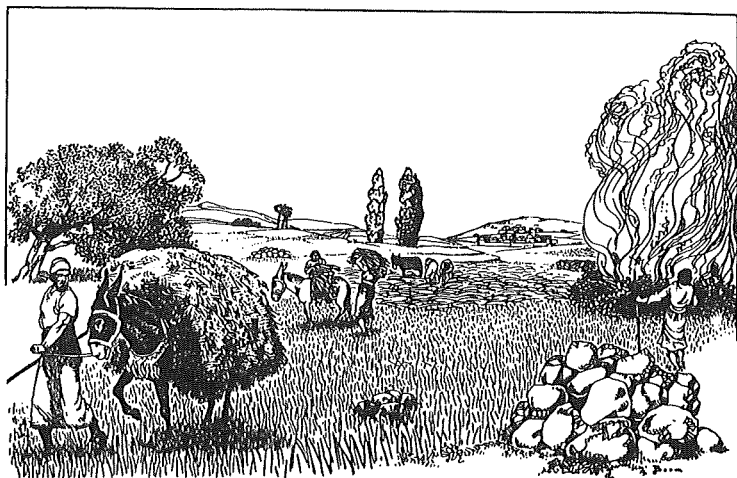
Mateo 13: 36-43

Igual que la parábola del sembrador, la de la cizaña y del trigo también tiene un significado espiritual mucho más profundo.

El campo representa el mundo, y en este campo, es decir, en este mundo, viven dos clases de gente: los creyentes, el pueblo de Dios, y los incrédulos y ateos. El trigo, pues, representa al pueblo de Dios, y la cizaña a los impíos. Y el maligno que

sembró la cizaña, es el diablo, quien sin cesar se esfuerza por destruir la obra de Dios en este mundo. Dondequiera que los siervos del Señor labren y abonen un campo para sembrar la semilla de la Palabra de Dios, Satanás también viene a sembrar cizaña, la cual germina y crece juntamente con el trigo.

En este mundo viven creyentes e impíos, unos al lado de otros, como vecinos y compañeros de trabajo. Es inevitable; por ello, si los pastores y predicadores tuvieran que clasificar a la gente en píos e impíos. ¡Cuántas veces se equivocarían! Gracias a Dios, la elección no es tarea nuestra. A Elías, el gran profeta y hombre de Dios del Antiguo Testamento, le ocurrió una vez creer que había quedado solo en este mundo como trigo entre la cizaña. Solo en este mundo, y esa soledad le oprimía sobremanera. Sin embargo, Elías se equivocó, porque Dios mismo le dijo que en Israel había siete mil plantas de trigo más, siete mil hombres que no habían doblado las rodillas delante de los dioses falsos. Siete mil hombres más que eran hijos de Dios, que habían recibido un corazón nuevo y que vivían en el temor de Dios.



El trigo recogido y la cizaña quemada.

Por ello, el gran Dueño de las tierras dejó crecer a los dos hasta la siega, es decir, hasta el gran Día del juicio, cuando se manifestarán los hijos del Reino de Dios, y cuando serán desenmascarados los impíos, por muy religiosos que hayan sido en este mundo. Porque, aunque parezca extraño, hay religiosos que se pierden y pecadores que se salvan, según hayan aceptado o rechazado el Evangelio, único criterio que determina cuál será nuestro paradero futuro y eterno. Entonces los cordeles serán apartados de los cabritos.

Este último Día del Juicio será introducido por la segunda venida del Señor Jesucristo en las nubes del cielo. No como en su primera venida, como un niño pequeño, sino como Rey de reyes y Juez del mundo. Resucitarán los muertos y se abrirán los sepulcros, dondequiera que se encuentren. La tierra, el mar y el aire entregarán a los muertos que habrá en ellos. El hombre moderno prefiere la incineración, pensando que ella marcará la aniquilación de todo su ser animal, y que de este modo escapará del Juicio de Dios. Muchos, mientras viven, dicen que no lo hay, pero en el trance final tienen miedo al Juicio. Es la mayor locura esta de los hombres que piensan que por la incineración se reducirán a la nada, como si Dios no fuera capaz de volver a juntar las cenizas en el día de la primera Resurrección, cuando resucitarán los santos mártires quemados vivos, cuyas almas descansan cerca del Dios Omnipotente al que durante su vida servían. Ni uno se perderá, y Dios se acordará de cada cual.

En el día del Juicio cada uno comparecerá delante del gran Juez, grandes y pequeños, ricos y pobres, reyes y mendigos, sin distinción alguna. Delante de Dios no hay clases sociales que valgan. Sólo que los fallos serán distintos; los que hayan creído en Cristo no verán en Él a un Juez, sino a un Salvador en quien han creído. En este mismo Salvador la sentencia de muerte, que Le acarrearón nuestros pecados, fue ejecutada una vez para siempre en el Gólgota. Cristo mismo pagó por los redimidos con su propia sangre, y así cada sentencia pronunciada contra nosotros cayó sobre Él. Por amor hacia el pobre

mundo Dios entregó a su propio Hijo amado, para que pagase por todos nosotros.

Por ello el gran Juez no volverá a juzgar a los que han creído en Él, y los llamará a todos por sus propios nombres. De este modo Cristo recogerá el trigo en el día de la siega y lo pondrá en el granero de la seguridad y salvación eterna, donde Satanás no volverá a alcanzarlo. Pero la cizaña, los impíos y ateos, que no han creído en Cristo para salvación, será recogida también. Los de esta segunda categoría no podrán invocar la gracia divina, ni acogerse a la obra expiatoria de Jesucristo en la cruz del Calvario. Ellos, en su vida, desecharon a Cristo, y para ellos será el Juez, delante del cual comparecerán sin abogado. Quizás habrán podido engañar a un juez terrenal, pero el Juez divino no se dejará engañar, y de Él no conseguirán absolución. Delante de Él incurrirán en la más severa condena, que es eterna.

Aquí en esta tierra el enemigo de nuestras almas, el diablo, lucha contra Dios y sus escogidos, es decir, su Iglesia. Y dondequiera que haya un campo abonado para sembrar la Palabra divina, Satanás, en su odio tenaz, está listo para sembrar cizaña, desde la más basta hasta la más fina que ni siquiera reconocemos como tal. El veneno no es administrado en grandes dosis, sino gota a gota, de modo que logra envenenarnos hasta un alto grado antes de que nos demos cuenta de su presencia. Una doctrina falsa, por ejemplo, se nos presentará adornada de cien verdades bíblicas para cubrir un sólo error, simiente de cizaña que poco a poco envenenará nuestras almas y conciencias. Por ello la continua presencia del Espíritu Santo es imprescindible para discernir cuanto antes la obra del diablo.

En el paraíso Dios ya lo dijo: "¡Y pondré enemidad!". Al decirlo Dios declaró la guerra a Satanás, y hasta ahora no ha cesado esta guerra. Por ello cuanto más obremos por la causa del Señor en el Reino de Dios, más se aumentarán las luchas. Y de Jesús mismo, cuando sanó a un endemoniado ciego y mudo, los fariseos y escribas dijeron: "¡El mismo está endemoniado!".

En este mundo presente el pueblo de Dios se expone a toda clase de escarnio y desdén por parte de los incrédulos y

ateos, quienes muy a menudo experimentan más dicha y éxito en los asuntos de esta vida terrenal que los creyentes. Tal vez tenemos la impresión de que a ellos todo les es lícito, y que puedan hacerlo todo impunemente, como si no hubiera un Dios que los ve. Sea como sea, la realidad es que así sólo parece, mientras en verdad es todo lo contrario.

Así proseguirán actuando hasta el día del Juicio, si la justicia de Dios no los alcanza antes. En todo caso los impíos de este mundo sólo tienen un goce temporal del pecado, mientras el pueblo de Dios espera la manifestación del Reino de Dios en este mundo. Vendrá el día en que cesarán los gritos de júbilo de los ateos, y cesarán la algazara de los enemigos de la Iglesia de Cristo, cuando crean haber infligido el golpe fatal a los que llaman "alborotadores del mundo", por el solo hecho de haber predicado el Evangelio y por haber despertado sus malas conciencias. Es bueno saber cuán tremenda es la lucha entre las fuerzas de Satanás y la de Dios, para ser más vigilantes en oración. Gracias a Dios que en el día de la Resurrección Jesús venció a Satanás, y todo lo que podemos hacer, en nuestras oraciones, es referirnos a la victoria señaladísima que nuestro Redentor, Jesucristo, consiguió sobre las huestes satánicas.

Venceremos mientras estemos en el terreno de la victoria de Cristo, y cubiertos por la sangre del Cordero. Tal victoria está dentro de nuestro alcance ahora mismo, hasta el día de la victoria final, cuando se ejecutará la sentencia hace muchos siglos es pronunciada contra Satanás. Para él y sus huestes, día de juicio; para los creyentes, día de gloria.

No sólo cesará la algazara de nuestros enemigos, sino que se tornará en lamentación y múltiples endechas. Intentarán huir de la presencia del Rey de reyes, pero en vano. Correrán gritando y vociferando: "¡Montes y peñas, caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de Aquel que está sentado sobre el Trono, y de la ira del Cordero!" Pero no les servirá para nada.

Entonces mi querido lector, ¿por qué no te preguntas a ti mismo: ¿Soy "trigo" o soy "cizaña"?

No podemos ser las dos cosas a la vez. En los asuntos de Dios no hay término medio, y al final de nuestro peregrinaje terrenal nuestro destino eterno ya está sellado. ¿Qué rumbo vamos a tomar? Ahora podemos creer en el Hijo de Dios, o rechazarle, bajo nuestra propia responsabilidad. Sólo el trigo va al granero de Dios; sólo los redimidos irán a Dios.

En el reino vegetal la cizaña no se convertirá nunca en trigo. La cizaña es cizaña y el trigo es trigo.

Pero en el Reino de la Gracia de Dios si es posible un cambio tan radical. Incomprensible porque es trascendental, porque Dios, que de la nada creó los cielos y la tierra y que nos sacó a nosotros del polvo de la tierra, también tiene el poder para regenerarnos, para hacer de nosotros nuevas criaturas. Para el impío existe una posibilidad de escape mientras viva, mediante la Conversión, y Dios le dará un nuevo corazón.

Mateo 13:31-32

Marcos 4:30-32

Lucas 13:18-19

Después, en su predicación, el Señor Jesús compara al Reino de los Cielos con un grano de mostaza, semilla extremadamente pequeña, pero que, echada en tierra, brota y crece muy rápidamente, de modo que, al final, la planta tan insignificante se hace la más grande de todas las hortalizas, que alcanza hasta tres metros de altura. A consecuencia de ese gran desarrollo, toma la forma de un árbol, en el que los pájaros - sobre todo los jilgueros y pardillos- anidan, atraídos por las semillas que la planta produce.

Tal es el comienzo, muchas veces también en el Reino de los Cielos: insignificante al principio, pero grande y poderoso al cabo de cierto tiempo, como ocurrió en el sueño de Nabucodonosor, descrito en el libro profético de Daniel. En él aparece una gran estatua, poderosa, como representación pro-

fética de los reinos del mundo, hasta que, al final, es arrancada una piedra y arrojada por mano invisible contra los pies de la estatua que los aplastan y desmenuzan... y esta pequeña piedra es hecha un gran monte que llenó toda la tierra.

Mateo 13:33

Lucas 13:20-21

Para leudar la masa o alguna pasta, los panaderos de hoy utilizan fermentos, ingredientes desconocidos en aquel entonces en Palestina. Por ello solían hacer uso de levadura.

Así, pues, cuando una mujer preparaba algún amasijo, lo amasaba y ponía un poco de levadura en medio de la pasta que no tardaba mucho en leudarla enteramente.

La parábola de la levadura, exegéticamente, se refiere a otro aspecto del Reino, distinto de las parábolas precedentes. Por ser tan grande el misterio del Reino de Dios, nosotros, seres humanos, no llegaríamos nunca a comprender el mensaje de Jesús al respecto, si no hubiera explicado toda una serie de parábolas sobre este mismo tema.

Esta parábola ya no alude al humilde principio del Reino, sino más bien al efecto interno del mismo, que no se introducirá valiéndose de un gran poder para llamar la atención del mundo. En verdad todos los reinos de este mundo, anteriores al Reino de Cristo, anunciaron su venida con el estrépito de las armas y con el ruido de los carros de guerra, para implantarse con gloria y honores militares. Jesús no se asemeja en nada a Nabucodonosor, Alejandro Magno o César. Jesús, antes de asumir el poder real, viene al mundo para servir al mundo con toda humildad y mansedumbre, cual Cordero de Dios, para dejarse inmolar como sacrificio agradable ante Dios. Asimismo, el profeta Isaías dijo de Él:

No contendrá, ni voceará,
Ni nadie oirá en las calles su voz.

Ante tal actitud de Jesús, al establecer en este mundo los principios del Reino de Dios, no podemos pensar en debilidad alguna. Es un hecho harto conocido -la historia y la psicología lo demuestran- que los que hacen alarde de su poder no son los más fuertes. Jesús, al contrario, no necesitaba para nada la gloria de los hombres.

Por ello el advenimiento del Reino de Dios es representado aquí por la levadura puesta en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado. Estas tres medidas representan una cantidad de harina bastante considerable, es decir de unos cuarenta kilos. La mujer, sin embargo, no descansa hasta mezclar la levadura con la masa por entero. Con el Reino de Dios pasa igual: el efecto de su advenimiento es un poder escondido, oculto a los ojos del mundo, pero lleno de poder vital. En la presente Economía de la Gracia el advenimiento del Reino de Dios es un proceso lento, pero constante, que tiene significado para toda la vida. Penetra en todos los sitios y en todas las relaciones humanas y espirituales para manifestar su fuerza. Para leudar la vida, para darle otro significado inspirado por Dios.

Mateo 13:44

He aquí un hombre está cavando un hoyo en un campo. De repente la azada da con un objeto duro, y con curiosidad el hombre se inclina para ver lo que es... y al instante sus ojos brillan, y sus manos se estremecen de alegría: el feliz hombre ha encontrado un tesoro escondido en el campo, un cofre lleno de monedas de oro.

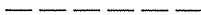
Pero ¿que hace el hombre...? Vuelve a llenar el hoyo con tierra para cubrir el tesoro descubierto. Y ¿por qué? -Porque intentará comprar el campo, y se apresura a buscar al propietario para preguntarle el precio del mismo. A toda costa quiere comprar el campo, aunque el propietario le pida un precio muy alto.



El tesoro escondido en el campo,

Pero ¿por qué está dispuesto a pagar un alto precio? Porque, cuando el campo le pertenezca a él, el tesoro escondido será suyo también. Por ello el hombre no descansa hasta concluir el negocio.

Del mismo modo nos conviene a nosotros también esforzarnos por poseer los tesoros escondidos en la Palabra de Dios, donde encontramos todas las riquezas del mundo venidero. Y así, poseyendo este inmenso tesoro, contribuiremos a la extensión del Reino de Dios en esta tierra.



Mateo 13:45-46

Un mercader va caminando, llevando un cofre lleno de

perlas grandes y preciosas. El mercader va de una ciudad a otra para visitar todos los mercados, en busca de perlas hermosas. Se le ve muy contento, y que se dedica a su trabajo con mucho esmero.

Es un buen experto en perlas, pero al cabo de cierto tiempo encuentra una perla preciosísima, tan grande y hermosa como nunca había visto otra en su vida. Y a partir de este momento el único deseo que tiene es el de poseerla...

Pero el precio de la perla está fuera de su alcance. Aunque le cueste todo lo que posee será él el feliz poseedor de ella. ¿Qué hará...? Venderá toda la colección de perlas que tiene, y con el importe logrado comprará aquella perla preciosísima.

Conseguida la perla a costa de un sin fin de esfuerzos, está más contento con esa única perla que tiene, que con la rica colección de perlas que tenía.

Aquí Jesús nos propone una parábola más. En nuestros pensamientos vemos al rico mercader oriental. En boca de cualquier sabio oriental hubiera sido un mero cuento, quizás con cierta moraleja.

Pero Jesús tiene visión celestial; la mirada del Señor abarca todo el esplendor del Reino de Dios. Jesús es conocedor de las Escrituras, y en ellas está descrito el esplendor de los reinos del mundo, del Babilónico, del Medo-Pérsico, del Griego. Pero en su visión celestial y divina, Jesús vislumbra las riquezas del Reino de Dios, las cuales, más tarde, revelará a su siervo el apóstol Juan en la isla de Patmos, y al leer la descripción de la Nueva Jerusalén, en el Apocalipsis, nos damos cuenta de que no existen palabras en ningún lenguaje humano, para dar una acertada descripción de lo que Juan ha visto...

... Y de lo que Jesús ha visto también al referirnos esta parábola. Lo triste es que las perlas terrenales nos hacen perder la visión divina de la Perla preciosísima, por lo cual el Señor atribuye tan poco valor a los tesoros de este mundo. Sin embargo, para deshacernos de los tesoros y hermosuras del mundo,

hay que tener fe absoluta en las Palabras del Señor tocantes a la Gloria del Reino de Dios.

Mateo 13:47-53

Allí están los pescadores, sentados en la playa. Han vuelto de la pesca, y ahora tienen sus redes en el agua. Al cabo de cierto tiempo vuelven a sacar las redes del agua para extenderlas en la playa, donde recogerán el pescado.

El buen pescado es puesto en cestas o barriles, y lo que no sirve se tira por no tener valor alguno.

Ahora el propio trabajo de los pescadores galileos les sirve de parábola por parte del Señor, pero nosotros, ¿qué enseñanza sacaremos de ella?

Los pastores y todos los predicadores de la Palabra de Dios, metafóricamente, son pescadores que echan la red de la predicación del Evangelio. Predicar equivale, pues a pescar almas, para llamarlas al arrepentimiento. Año tras año hay quienes dan testimonio público de su fe en el único y suficiente Salvador: Jesucristo. De este modo son añadidos miembros a la Iglesia, reforzando así las posiciones estratégicas de las huestes del Señor.

Sin embargo es bien sabido que no todos han entregado el corazón al Señor, y que han hecho de la confesión de la fe un mero acto religioso. Estos, tarde o temprano, volverán a apartarse de la santa grey del Señor, y se eliminarán a sí mismos. Son casos de suma tristeza, y cada pastor del mundo los conoce.

El predicador dirige la palabra a un auditorio de creyentes e incrédulos, a almas arrepentidas y a almas que no se arrepentirán nunca. Conversos e inconversos. Nosotros no somos jueces en el asunto, pero Dios conoce los corazones.

Todas estas parábolas fueron pronunciadas un día por el Señor Jesucristo en presencia de una gran muchedumbre y delante de sus discípulos. Como acabamos de ver, tienen significado más profundo, pero todas se refieren a algún aspecto del Reino de Dios venidero.

Por ellas el Señor Jesús también se refiere a escribas y doctores en el Reino de los Cielos, de modo que los que se dejen enseñar por el Espíritu del Señor alcanzará sabiduría para fortalecer a los hijos de Dios, las congregaciones de creyentes del siglo actual.

Capítulo 33

¡AÚN LOS VIENTOS Y EL MAR LE OBEDECEN!

Mateo 8:23-27

Marcos 4:35-41

Lucas 8:22-25

Sobre las aguas plácidas del lago de Genesaret navega una esbelta barca de pesca. El sol ya se ha puesto detrás del horizonte montañoso. Se hace tarde, y el crepúsculo viene oscureciendo el paisaje. Las primeras estrellas aparecen en el firmamento brillante, y ondulan las olas pacíficas que producen un chapoteo de agua contra el casco de madera de la barca. Toda la naturaleza parece quieta y en perfecta armonía, y nada estorba la calma del anochecer. Las cumbres de las montañas reflejan los últimos rayos del sol.

Es una noche tan tranquila como ésta, abundan las barcas de pesca. Pero la barca aludida arriba no es de pesca, y los que están a bordo tienen otro objeto que el de pescar. Lo que ellos quieren es atravesar el lago, para desembarcar al otro lado. La mayoría de ellos son en realidad pescadores y buenos conocedores del lago, y de los peligros que puede presentar. Por innumerables noches habían pescado antes, mientras se dedicaban a sus propios trabajos. Saben lo que es pescar cuando hace

buen tiempo, pero también están acostumbrados a los relámpagos y truenos. Conocen la manera de navegar cuando sopla el viento. En una palabra; son unos profesionales.

Pero ahora disfrutan de la navegación en una noche serena. Además no tienen que trabajar como antes, cuando echaban las redes para volver a sacarlas del agua. En vez de dedicarse a tan dura tarea, pueden ir conversando sobre las experiencias del día anterior. Tienen que hablar bajo, porque alguien a bordo está cansado y se ha acostado en la popa. Uno que está muy atareado día tras día...

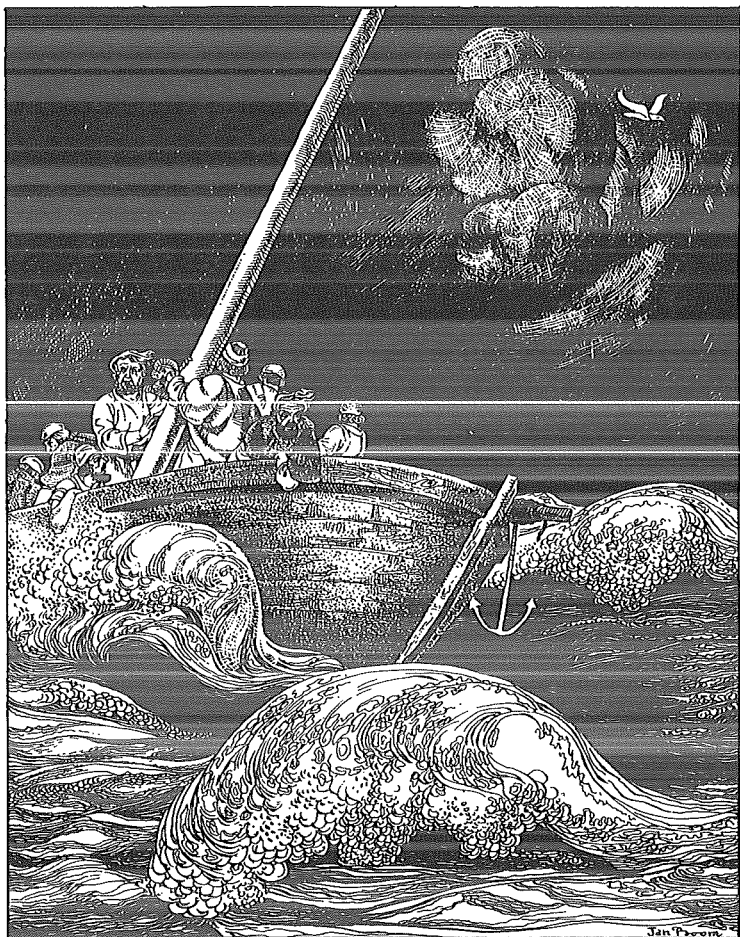
Por ser muy conocido el relato al que nos referimos, no es difícil adivinar quién pasa el viaje durmiendo. Es el Señor Jesús; porque cuando, era hombre igual que nosotros, el Hijo de Dios también se cansaba. Es muy probable que pasase la noche anterior en oración antes de ir a Capernaúm, por la mañana. No tuvo tiempo ni para comer y beber, porque tan pronto como los vecinos de la ciudad se enteraron de la presencia de Jesús, no tardaron en acudir a Él. Allí pasó el día predicando y enseñando al pueblo. Allí mismo le trajeron al endemoniado ciego y mudo, cuya sanidad valió a Jesús el escarnio por parte de los jefes religiosos.

Por la tarde fue a predicar a orillas del lago de Genesaret, donde, sentado en una barca, se dirigió a una gran muchedumbre refiriéndole varias parábolas. Tras despedirse de la gente, volvió a Capernaúm, según está escrito en Mateo 13:36. "Entonces, despedida la gente, entró Jesús en la casa".

Pero al anoecer había vuelto a la playa acompañado de sus discípulos, donde les dio orden de atravesar el lago. Estos pormenores que la Biblia nos facilita sobre las actividades de Jesús, nos hacen ver cuán atareado estaba de continuo. No ha de extrañarnos por nada el que el Maestro estuviera cansadísimo. Los discípulos le dejan dormir, y la barca sigue navegando rumbo al otro lado del lago.

Y de pronto el cielo se nubla, el viento se pone a soplar levantando grandes olas en medio del lago, circundado de montañas con laderas escarpadas y surcadas de valles profun-

dos. Desde estas montañas bajan vientos fuertes, y un temporal no tarda en anunciarse que azota la superficie del agua antes tan plácida.



La tempestad en el lago de Genesaret.

La tempestad se desencadena a hora avanzada de la noche, y toma formas bastante peligrosas, vistas las barcas tan pequeñas y ligeras de aquel entonces. Cierto que no es la primera tempestad que han experimentado y en cierto, además que los pescadores tan familiarizados con los peligros del agua y de las tempestades, en general no tienen miedo a las olas. Entonces ponen sus manos musculosas al timón para guiar la barca.

Pero esta vez la barca no va donde ellos quieren, sino que es balanceada por las olas. Y el viento, en vez de aflojar, aumenta en vigor, y rugiendo sacude el mástil y las maromas. Las olas se muestran cada vez más amenazadoras y asaltan la barca con violencia cada vez más espantosa.

Ahora los pescadores se miran acongojados; contra una tempestad tal no logran defenderse. Se esfuerzan por dirigir el timón. Ya no saben adónde van. En aquel entonces, no había brújulas, las estrellas están escondidas detrás de los nubarrones, de modo que los hombres van totalmente a oscuras. De vez en cuando miran a la popa, a ver si Jesús se despierta. Pero el Señor sigue durmiendo; está tan cansado que ni siquiera el aullido de los vientos lo despierta.

La pobre barquilla es agitada por la violencia de las olas que azotan el casco y lo hacen crujir. De vez en cuando entra agua, porque las furiosas olas pasan por encima del borde de la barca.

Mientras tanto la tempestad está lejos de aflojar; por lo contrario los vientos parecen redoblar el ímpetu, hasta amenazar a estos pescadores tan experimentados. Si la tempestad no afloja inmediatamente, están cerca de naufragar, porque la barca va llenándose de agua. Debido a la oscuridad impenetrable, no logran localizar la posición de la barca, la cual, empujada por los vientos puede estrellarse contra las peñas al lado opuesto del lago.

Llenos de angustia miran hacia atrás, donde duerme el Maestro. ¡Cómo es posible que no se despierte! Al final ya no se atreven a esperar, unos momentos más y se anegará la

barca... y con mucha cautela, para no ser echados fuera de la barca, se arrastran hacia la popa para despertar a Jesús diciendo: "Maestro, ¿no tienes cuidado, que perecemos?" Como si quisieran decir: "¡Despiértate, por favor, Maestro, que estamos a punto de naufragar, y no nos atrevemos a dejarte dormir!".

Jesús se despierta. ¿Se espanta al oír el aullido de la tempestad? ¿Tiene miedo al oír el bramido de las olas?

¡No, ni en lo más mínimo! ¿Por qué tendría miedo el Creador de los cielos y de la tierra...? ¡No!

Al levantarse el Señor pregunta a sus temerosos discípulos: -¿Por qué estáis amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? Jesús no se inquieta por los vientos y el temporal. Es como si Jesús, ahora, nos dijera a todos nosotros: "¿Por qué estáis tan temerosos? ¿No sabéis, pues, que Yo estoy con vosotros? ¡No tenéis miedo!"

Pero no se limita a reprochar a sus discípulos la poca fe que tienen, Él también manifiesta su poder reprendiendo al viento y a las olas, diciendo en tono de mando: "¡Calla, enmudece!" Y al instante cesa la tempestad y se hace gran bonanza.

La autoridad del Señor Jesucristo no tiene límites. Parece mentira que a todos nosotros los que creemos en Él, nos haya sido dada autoridad sobre un sinnúmero de cosas, pero que por falta de fe no hagamos uso de esa autoridad que el Señor nos ha comunicado antes de su Ascensión ¡Qué diferencia más grande entre Cristo y los cristianos! ¡Hombres de tan poca fe!

Si no hubiera sido así, no se lo habría echado en cara a sus discípulos. Nos acordamos, pues, en este contexto, de las palabras de Jesús, según las cuales seríamos capaces de producir milagros mayores que los que Jesús produjo durante su peregrinación en esta tierra.

Queridos amigos nuestros: Es concebible que la Iglesia anémica y tan poco poderosa en este mundo, cause un dolor continuo a su poderoso jefe, Jesucristo. Si tan solamente comprendiéramos el valor que para nosotros tiene la sangre de Jesús, sabríamos que de ella se desprende un poder que nos hace invencibles ante los ataques infernales de Satanás.

Invocando la Victoria de Cristo para nosotros conseguida, seremos más que vencedores por medio de quien nos amó.

Son cosas que todos nosotros sabemos, lo confesamos por ser bíblico. Pero somos unos cobardes, en nuestra vida cristiana, de modo que en realidad no damos crédito a Cristo ni a su Palabra Divina. "Fuera de Mí nada podéis hacer". Si nosotros permanecemos firmemente arraigados en Él, seremos invencibles como Él. Y cuando venga el diablo con los más terribles azotes a nuestra vida privada, podremos decir en tono de mando y autoridad divina: "¡Calla y enmudece!" Y Satanás tendrá que huir, porque nos verá cubiertos de la sangre del cordero, y armados de la Palabra de Dios, la cual, según el apóstol Pablo, es la Espada del Espíritu.

Capítulo 34

= EL ENDEMONIADO GADARENO =

Mateo 8:28-31

Marcos 5:1-5

Lucas 8:26-27

Por dondequiera que vayamos en este mundo, topamos con el príncipe de la potestad del aire, como si él fuera el dominador del Universo. Como si él fuera el dueño exclusivo de este mundo. Y en este mundo presente, "que yace en el maligno" -para valernos de una expresión del apóstol S. Juan en la introducción literal del texto original griego- nos desenvolvemos como siervos y testigos del Señor. Parece ímproba esta tarea al tener que enfrentarnos a un enemigo tan poderoso, y ¡ay de nosotros si nos acercamos a él inermes!

Pero gracias a Dios por el Señor Jesucristo, cabeza viva de la Iglesia, que "despojó a los principados y a las potestades, y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Colosenses 2:15)

El mismo apóstol Pablo nos exhorta a vestirnos con la armadura de Dios (Efesios 5: 10-20) en vista de nuestra lucha en este mundo. Revestidos de esta armadura espiritual, y sabedores de que nuestro Gran comandante venció al enemigo al volver a levantarse triunfal y poderosamente de entre los

mueritos, estamos ciertos de nuestra victoria. Y así la Iglesia Militante se convierte en Iglesia Triunfante.

Pero lo trágico, en nuestra vida cristiana, es que con frecuencia no vamos vestidos con la armadura de Dios y estamos desprovistos de todo poder y autoridad, e incluso nos hemos acostumbrado a los estragos que el enemigo causa en este mundo diariamente, como si fuera "la cosa más normal del mundo".

Si en realidad somos cristianos, no hagamos como los filósofos y arquitectos de los sistemas de este mundo, sino actuemos según el ejemplo de Cristo. No de la manera que hacen "los demás creyentes", sino como Cristo nos dicta a nosotros personalmente hablándonos a nuestras conciencias por medio de su Santa Palabra que, desde el tiempo ya remoto de la peregrinación de Cristo en el mundo, no ha cambiado en nada.

Cambiarán los sistemas políticos y religiosos del mundo, pero la Palabra de Dios permanece eternamente y sin alteración alguna.

Vamos, pues, en pos de Cristo, a Gadara, ciudad situada frente a Capernaúm, al lado opuesto del lago de Genesaret. Desde hace tiempo nadie está tranquilo en los alrededores de Gadara, no por miedo a los ladrones y bandidos, sino porque en los sepulcros de fuera de la ciudad vive un endemoniado. Mientras Marcos y Lucas se refieren a uno. Es, pues, muy probable que haya habido dos, uno de los cuales habrá sido el jefe, pero en este relato hablaremos de uno solo. El hecho que haya habido uno o dos, no cambia en nada el valor de nuestra historia. Sobre todo no perdamos nuestro precioso tiempo en sutilezas que enturbian la clara visión del Evangelio.

Los vecinos de Gadara conocen al infeliz endemoniado, porque según el testimonio de Lucas, era hombre del vecindario mismo. Pero desde hace mucho tiempo no vive en su propia casa, sino que ha morado en sepulcros, porque era un hombre poseído por el diablo. Por ello no podía vivir en su propia casa, sino en un lugar apartado, en los sepulcros. Los evange-

lios no dicen que vivía cerca de los sepulcros, sino en ellos. En un cementerio occidental no podría ser, pero en Israel los sepulcros eran distintos de los nuestros. En un país tan montañoso como el de Canaán, había muchas cuevas y grutas. Recordemos la cueva en el campo de Macpela, donde Abraham enterró a Sara, y donde el mismo patriarca fue enterrado, más tarde, por sus hijos Isaac e Ismael. En su huida de Saúl, David también se escondió en una cueva; en la cueva de Adulam.

Dichas cuevas a menudo se utilizaban como sepulcros, como criptas para los muertos. Casi todos los reyes de Judá fueron sepultados en una gran cueva que servía de panteón para la familia real. Y el Señor Jesucristo también fue sepultado en una cueva, donde permaneció hasta el día glorioso de su Resurrección.

La región gadarena era muy montañosa también, y había allí muchas cuevas habilitadas como sepulcros. Allí mismo vivía el endemoniado. Vivienda muy extraña ésta, donde yacían los difuntos. El que se acercaba desde lejos oía los gritos y chillidos del endemoniado. Y el que oía aquellos sonidos amenazadores se espantaba. Nadie estaba tranquilo; de día y de noche iba vociferando de esta manera. La Biblia dice que siempre, de día y de noche, andaba dando voces en los montes y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras. ¡Pobre hombre! El diablo no le dejaba tranquilo ni un momento. No vestía ropa, la cual en su demencia había desgarrado, y con piedras laceraba su cuerpo desnudo. El diablo es extremadamente cruel; si puede rebajar a un ser humano a un nivel más bajo que el de la bestia, no dejaba de hacerlo. Es enemigo de Dios, y como tal se empeña en destruir y ensuciar todo lo que ha sido creado a la semejanza de Dios. Día tras día el diablo se nutre del odio, y al que posee, le atormenta.

Pero el endemoniado no sólo es atormentado por Satanás, sino que por mandato satánico es cruel también, y asalta a todos los transeúntes que tengan la desdicha de pasar por aquellos caminos escabrosos.

No es nada extraño el que nadie se sintiese seguro allí en la montaña, y los que no tenían más remedio que transitar por allí forzosamente se desviaban perdiendo horas y horas. Pero esto no podía ser. Los vecinos de Gadara querían salir y entrar en la ciudad sin ser molestados, por ello se veían obligados a tomar medidas adecuadas para que el individuo tan temido no les hiciese daño.

Varios gadarenos decidieron atar al endemoniado, y se dispusieron a ir a buscarlo y cazarle en las montañas. Pero él al darse cuenta de la intención de sus propios vecinos, arremetió contra ellos cual fiera impetuosa. Pero ellos, hombres fuertes y vigorosos, trataron de inmovilizarlo con grillos y cadenas... ¡Ahora, ya no podrá causar daño a nadie! Así por lo menos pensaban, pero el endemoniado no tardó en romper las más fuertes cadenas. Los hombres, atónitos, no veían más remedio sino el de volver a la ciudad sin lograr su intento de domar al endemoniado. Aunque se diesen cuenta de que el endemoniado disponía de fuerzas sobrenaturales, es decir diabólicas, no querían abandonar la tarea y resolvieron lanzarle otro desafío.

Quizás fabricaron cadenas de otro metal, más fuertes aún, por ejemplo de bronce. Cadenas gruesas para que el endemoniado ya no pudiese soltarse. Así por lo menos pensaban.

Y armados de un material mucho más fuerte que antes, volvieron a los escarpados recovecos de la montaña para tratar de apoderarse definitivamente del endemoniado. Les costaba mucho el atar a un hombre tan fuerte, no cabe duda alguna. Pero, al fin y al cabo, lograron enseñorearse de él, y contentos se secaron el sudor de las frentes. Ya lo tenían preso..., menos mal que esta vez no rompería el material... Pero ¡ay de los pobres!, el endemoniado vuelve a levantarse, y una vez más rompe las cadenas como si fueran estambre.

Ante el poder de Satanás el ser humano no puede hacer nada; y el endemoniado que está dotado del poder satánico, triunfará siempre de todo intento humano de oponerse a

Satanás. La propia Palabra de Dios nos dice que el endemoniado era indomable, y que nadie podía atarle.

Parecía que nadie, en los alrededores, era bastante fuerte para imponerle el silencio. Y el pobre miserable, desdichado hasta lo sumo, seguía aterrorizando toda la tierra gadarena. Pues, ¿no había salvación para este desdichado?

Mateo 8:28-31

Marcos 5:6-12

Lucas 8:28-31

El sol matutino ha vuelto a acariciar las ondas plácidas del Mar de Genesaret, y dora con sus rayos apacibles las montañas de alrededor del mar. En el capítulo anterior relatamos el temporal que había azotado estos mismos parajes durante la noche, y como la frágil barquita de pesca estuvo a punto de anegarse por las olas impetuosas formadas por el viento.

Ya no queda ni traza del temporal y la barca se acerca ahora a la playa, detrás de la cual se levantan las vertientes escarpadas de los montes. No es larga la playa que los pescadores escogen para desembarcar y al final la barca se inmoviliza en la arena, donde desembarcan los tripulantes. Unos forasteros desconocidos en la región.

Pero tras leer el relato del capítulo anterior, no es difícil adivinar quiénes son los tripulantes; el Señor Jesús con sus discípulos, quienes apenas habían recobrado ánimo después de sufrir un temporal del cual se acordarán mientras vivan.

Ahora, apenas salidos de la barca, tienen que enfrentarse a otro peligro. Esta vez no es un temporal, sino un hombre que se acerca cual perro rabioso. ¡El endemoniado, el espanto de toda la región! Desde la cumbre de la montaña ha visto a los hombres desembarcar y vociferando viene acercándose al grupo saltando de una peña a otra.

Seguramente los discípulos habrían preferido volver a la barca para hacerse a la mar, ya que el rabioso se acercaba dando voces enronquecidas, y por cierto no tardará en asaltarlos. Porque parece capaz de todo. ¡Hay que ver la cara que tiene! Era una apariencia de mal augurio.

Los hombres palidecen de espanto, menos Uno. Este Único permanece quieto y espera que venga el endemoniado. Este Único no es un hombre cualquiera, es el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, Rey de reyes, que no tiene miedo al príncipe de las tinieblas...

A cualquier hombre le hubiera asaltado, pero en vez de asaltar al Señor Jesucristo, el endemoniado de repente cae de rodillas delante del Señor..., para adorarle. Pero, de pronto se pone a hablar dando gritos, diciendo: "¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes". Lucas, el médico, lo habrá quizás comprendido mejor que los demás autores de los evangelios, pues él nos facilita estos detalles importantísimos.

Pero ¿cómo habrá reconocido el endemoniado a Jesús? El pobre desdichado, como cualquier individuo del pueblo, no habría conocido a Jesús, si el espíritu inmundo no hubiera hablado por la boca del hombre que tenía poseído. El diablo, y el espíritu inmundo, conocen al Señor Jesús..., y tiemblan ante Jesús, Rey de reyes.

"¡Te ruego que no me atormentes!"

Es como una oración, como una súplica, por parte del príncipe de las tinieblas. Porque el propio diablo sabe que vendrá el día del Juicio, y que él mismo será arrojado en el lago de fuego y azufre para ser atormentado eternamente. El diablo lo sabe, lo cree y tiembla al pensar en la pena eterna que tendrá que sufrir.

-¿Lo creéis también vosotros? ¿Y podéis vivir tranquilos una vida de pecado? Ojalá no sea así en la vida de nuestros lectores.

Muy suavemente el Señor Jesucristo pregunta: "¿cómo te llamas?".

Inmediatamente el maligno contesta por boca del pobre desdichado: "¡Legión me llamo, porque somos muchos!". No uno, ni dos demonios habían entrado en él, sino toda una legión. Los demonios atormentaban al hombre cuando y cuanto les daba la real gana, pero ellos mismos no querían ser atormentados.

Jesús, con su Palabra de Autoridad, ordena a los demonios que salgan. Y cuando Jesús se enfrenta al diablo, el maligno se va y tiene que dejar su presa. Porque ni el propio Satanás se atreve a oponerse a Jesús, y a desobedecerle. El diablo tiene que acatar las órdenes del Señor Jesús, y porque Jesús es Señor, no tolera ninguna oposición por parte del cruel adversario.

Pero antes de marcharse piden un favor al Señor, y, cosa muy extraña, el Hijo de Dios accede a la solicitud de los demonios. Pero el aparente contrasentido se explica al leer los textos siguientes.

Mateo 8:32-34

Marcos 5:13-20

Lucas 8:32-39

Allá en el monte, en un sitio que no distaba mucho del lugar donde Jesús desembarcó con sus discípulos, había una inmensa piara de cerdos paciendo, como de dos mil, según nos informa el evangelista Marcos. Los cerdos pertenecían a los vecinos de Gadara, gente que profesaba una religión pagana, puesto que si eran judíos, nos les estaba permitido poseer cerdos. Porque según la Ley de Dios transmitida en el Antiguo Testamento, el cerdo era un animal impuro. El comer carne de cerdo estaba terminantemente prohibido, la Ley ni siquiera les permitía contacto con cerdos.

Había unos porqueros que apacentaban la piara, y nos imaginamos que los animales estaban acostados en el césped,

o que iban hozando tranquilamente, mientras que los porqueros los guardaban para que no se descarriasen.

Pero entonces..., algo parecido a un fuerte choque eléctrico sobrecoge a los animales. Furibundos menean sus gordas cabezas, y de repente echan a correr todos en una misma dirección, exactamente hacia un lugar donde había una gran tajo sobre el mar de Genesaret, un inmenso despeñadero.

Así toda la piara va corriendo asustada y los cerdos se precipitan en el mar por aquél despeñadero y se ahogan.

Los pobres porqueros no saben lo que pasa, y se asustan al ver cómo todos los cerdos se les escapan, hasta que no les queda ni uno solo. Todos precipitados por el despeñadero. Todo había sucedido tan de repente... Contra un movimiento tan repentino en una piara tan grande, ningún porquero pudo reaccionar. Los guardianes quizá se habrán dado cuenta de lo sucedido con el endemoniado, al cual conocían muy bien. Le habrán visto correr hacia abajo, llenos de temor de lo que haya podido suceder a los que acababan de llegar. Porque el que tenía la desdicha de caer entre sus manos, no salía de allí vivo. Pero ocurrió todo lo contrario. No había muertos ni heridos. Los porqueros ven asombrados al temido endemoniado postrado en adoración a los pies de un Forastero recién llegado. A continuación, ¡qué maravilla!, ven como el salvaje se levanta tranquilo en presencia del Forastero. Pero, al instante de tranquilizado el endemoniado, ocurre el choque en los cerdos, los que aullando de angustia, corren hacia la vertiente para luego precipitarse por el despeñadero...

¡Y no comprenden nada! Asustados huyen a la ciudad, corriendo como si alguien los estuviera persiguiendo, para informar a los gadarenos de lo ocurrido...

Este acontecimiento merece alguna aclaración a la luz de la Palabra de Dios. El asunto de los demonios no es el tema más fácil de la Biblia, sin embargo el testimonio bíblico no oculta la presencia de los espíritus inmundos, que también se llaman demonios. No se trata aquí de personajes ficticios, sino

más bien la Biblia se refiere a ellos como una realidad. Pero - ¡gloria a Dios!- en virtud de su muerte expiatoria y de su resurrección, Jesús venció a Satanás y a todas las potestades malignas.

En nuestro relato los demonios que habían entrado en aquel pobre desdichado, dirigen una solicitud al Señor Jesús. El relato bíblico formula muy claramente la solicitud: "Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos" ¡Qué solicitud más rara! Pero por muy rara que nos parezca, tenían que soltar al hombre y dejarle tranquilo. Tenían que apartarse de él por orden de Jesús. Porque desde entonces en adelante, ya no volvería a alborotar a los habitantes de la región, ni a amenazarlos. Ya no era un ser temido. La liberación del hombre fue un gran fracaso para Satanás, con todas sus huestes satánicas.

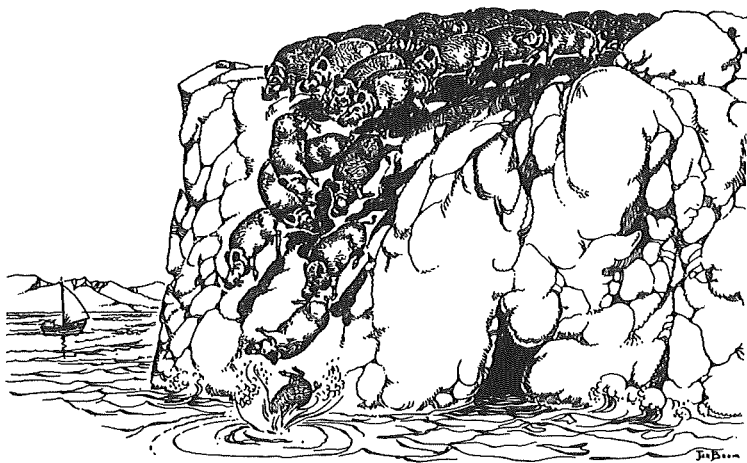
Ahora los espíritus inmundos piden permiso a Jesús para poder entrar en los cerdos. Y ¿por qué?... ¿Qué querían hacer una vez entrados los cerdos, por ellos poseídos, se enfurecerían de modo que serían capaces de causar grandes estragos donde quiera que se esparcieran. ¡Fijaos un momento! Dos mil cerdos poseídos, furibundos; aquello era un gran peligro, peor que antes. Este era, pues el infernal propósito de los crueles espíritus satánicos.

Y ¿qué sucede? Jesús se lo permite inmediatamente. Y los demonios. ¿Pueden ejecutar lo que les dé la real gana? ¡Cierto que no!

La piara cae en el agua y se ahoga. Los cerdos ya no podrán causar daño a nadie. Este no era el propósito del príncipe de las tinieblas: Los demonios estaban dispuestos a incorporarse a los cerdos para causar grandes estragos matando gente por toda la región. Pero el diablo ha perdido la ocasión...

Aquí el príncipe de la Vida manifiesta su poder sobre los espíritus inmundos; no pueden hacer nada cuando Jesús no se los permite. Porque el poder de Jesús, Hijo de Dios Todopoderoso, está por encima de las potestades satánicas.

Pero ¿por qué se lo permitió?... Porque al permitirlo cumplía su misión divina en la vida de aquel endemoniado, el cual no sólo se sentía librado de los espíritus atormentadores, sino que también podía ver su liberación total. En segundo lugar era una lección para los gadarenos, porque al verse privados de sus cerdos, se daban cuenta de que habían transgredido la Ley. Dios no les permitía guardar animales impuros. Por naturaleza somos todos esclavos de Satanás y nadie puede librarlos de su potestad, ni los ángeles, ni todos los hombres juntos, sino sólo el Hijo del Hombre, nuestro Señor Jesucristo, quien tiene el poder de salvarnos e incluso el de librarlos de las garras del enemigo. Es, pues, imprescindible que conozcamos a Jesús como al Salvador de nuestras vidas. Si dejamos de experimentarlo en esta vida terrenal, ya no hay posibilidad para nosotros. Es un asunto extremadamente trágico el no haber experimentado la gracia de Dios por Jesucristo en la vida. En aquel caso nuestro destino final y eterno será el infierno, con todos los espíritus inmundos, ¿los creéis vosotros?



Los cerdos precipitándose en el mar"

Toda la ciudad de Gadara está consternada. Las calles están llenas de gente. Muchos salen de sus casas espantados, curiosos por saber lo que ha ocurrido.

En cierto punto de la ciudad -así por lo menos nos imaginamos- hay gente pendiente de los labios de los testigos oculares que, muy nerviosos, relatan lo que ha acontecido. Son los porqueros que habían guardado la piara de cerdos, y que acababan de huir del monte, y que han venido a informar a la gente acerca de las cosas extrañas que habían ocurrido con el espantoso endemoniado, y con los cerdos.

¿Pero cómo reaccionaron los gadarenos?... ¿Están contentos de la curación tan inesperada del pobre hombre que por su enfermedad mental y psíquica vivía apartado de la sociedad humana?... ¡Ni hablar! Por lo tanto no piensan tanto en el bienestar de su vecino, sino mucho más en los cerdos irremisiblemente perdidos. Ellos sólo piensan en las ganancias perdidas, mientras el hombre no les interesa tanto.

Alarmados salen de la ciudad para cerciorarse ellos del asunto en el propio lugar donde se produjo el hecho. Y como aquel lugar no dista mucho de la ciudad, los gadarenos no tardan en llegar a donde Jesús está... Pero ¡Qué cosa más rara! El antes temido salvaje esta sentado muy quieto al lado de Jesús, vestido y en su juicio cabal. Han desaparecido los rasgos duros de la cara del hombre; sus ojos antes rabiosos están llenos de lágrimas de agradecimiento. Pero, en vez de dar la más cordial enhorabuena al que fue curado milagrosamente, y en vez de postrarse en adoración ante el Profeta tan grande y poderoso, se dejan arrastrar por el pesar que les produce la pérdida de los cerdos. Porque allí mismo se dan cuenta de que su riqueza está irremisiblemente perdida y tragada por el agua.

Entonces, en vez de mostrarse agradecidos, se muestran descontentos y la ira se apodera de sus mentes. ¿La ira? ¿Por la buena obra que Jesús había hecho?... Porque en lo sucesivo todo el mundo podrá acercarse al monte y a la orilla, sin que el salvaje vuelva a asaltarlos. Podrán pasar a lo largo del cemen-

terio tranquilos, sin tener que evitar aquel lugar por miedo a la rabia del endemoniado.

En vez de tratar a Jesús a cuerpo de rey y de recibirle en la ciudad con júbilo, le piden que se vaya... "¡Vete de aquí tan pronto como te sea posible!". Así son los hombres, impíos e ingratos. Antes sacrificarán un hombre al demonio, a condición de poder conservar sus bienes. ¿Y nosotros?. Es esta la contestación de los gadarenos al gran milagro de Jesús, y el agradecimiento de los hombres por las obras bienhechoras de Jesús.

¿Y qué hace Jesús?... Sin tardanza se levanta y sube en la barca pesquera con sus discípulos. Ya están dispuestos para zarpar, cuando, tímido, el hombre sanado solicita entrada en la barca.

No podemos imaginarnos lo que pasó en la mente de aquel hombre. Quiere acompañar a Jesús, bienhechor suyo. Es muy comprensible.

-Y ¿qué le dice Jesús? "¡No entres!" Pero cuando Jesús da una contestación negativa, es porque tiene algo determinado que decirnos. Y al hombre antes salvaje y espantoso, Jesús le encarga una misión especial. Jesús dice: "Vuélvete a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo".

El maestro, con sus discípulos, se aleja de la orilla y después de tanto tiempo de haber estado bajo el dominio de Satanás, nuestro buen hombre vuelve a casa para estar con sus familiares. No vuelve a los sepulcros para enfrentarse a la horrorosa soledad, apartado de sus familiares y amigos, sino que va a casa de donde volverá a salir para anunciar por todo el territorio de Gadara lo que Dios ha hecho con él.

Los gadarenos, en su temor, prefieren apartarse de Jesús. Pero Jesús procede de otros modos para alcanzar los fines de Dios en la vida del hombre: Jesús llama al hombre para que vaya a predicar a sus prójimos.

La mente de Dios está por encima de nuestro entendimiento. Dios no reacciona como reaccionan los hombres. Dios era bueno para con el pobre endemoniado. Dios no destruye a los

hombres que no quieren escuchar, sino que les deja un predicador para mostrarles el camino de Salvación por Jesucristo. Dios es bueno para con todos los hombres malos que somos. Nos da la vida y todo lo que necesitamos. Y además nos da su Santa Palabra. ¿Cuál es nuestra respuesta a todas esas bendiciones?

Capítulo 35

CURACIÓN DE UNA MUJER TRAS DOCE AÑOS DE ENFERMEDAD Y RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO

Mateo 9:18-19

Marcos 5:21-24

Lucas 8:40-42

En una casa de Capernaúm está acostada en una cama una muchacha de unos doce años, muy enferma, peor aún, moribunda. El color extremadamente rojo de su cara indica una fiebre muy alta. La respiración es muy acelerada. La pobre muchacha delira. Da un gemido, de vez en cuando, e inquieta meneas su cabeza empapada de sudor en la almohada, mientras pasa sus manos sobre la manta como si quisiera buscar alguna cosa.

Ante su lecho de muerte está sentada su madre, sollozando mientras su alma se funde de dolor y angustia. Ojalá pueda hacer algo por su única hija, pero todo es en vano.

El padre también está al lado del lecho, nervioso, apretando las manos, porque él tampoco puede ayudar a su hija. Ante

una enfermedad tan grave se encuentra como un enano, inerte en presencia de un gigante.

He aquí un matrimonio inconsolable ante la pérdida irreparable. El padre de la muchacha se llama Jairo, fariseo, probablemente, y desempeña el cargo de jefe de la sinagoga y director de los servicios religiosos de ella. Es un hombre muy estimado y respetado en todo Capernaúm. Ya sabemos que la muchacha es hija única, por lo cual los padres la han rodeado de particular amor y cariño.

Y ahora la muchacha esta a punto de morir. El fin se acerca y la muerte cruel, que no respeta a nadie, viene a arrancarla de los brazos amorosos de sus padres. ¿No hay, pues, más remedio?... ¿En ningún sitio?

En ese mismo momento Jairo se entera de la llegada a Capernaúm del Señor Jesús, tras cruzar la noche anterior el mar de Genesaret en la barca pesquera.

Ya sabemos que Jesús estuvo cerca de Gadara con sus discípulos y también nos hemos enterado de la tempestad que se había desencadenado sobre ellos y la frágil barca. Sabemos, además que al llegar a la orilla opuesta del mar, Jesús libró al endemoniado de Gadara, y que, caídos dos mil cerdos por el despeñadero y ahogados en el agua, los gadarenos vinieron a rogar a Jesús que se fuese de sus contornos.

Es sabido además que Jesús no se opuso y que, con sus discípulos, zarpó sin tardanza. Una vez más han cruzado el mar, y ahora mismo pisan tierra firme, donde una gran muchedumbre les está esperando. En Capernaúm, Jesús fue recibido con gozo, como Lucas nos dice; por ello la muchedumbre había ido a su encuentro para esperarle.

De repente se acerca un hombre que tiene prisa. Todos le ceden el paso, porque todo el mundo le conoce, por ser el jefe de la sinagoga, a la que asisten cada sábado. Al llegar al lugar donde está Jesús, Jairo se postra de rodillas a los pies del gran profeta de Nazaret.

Jairo se había alejado del lecho de muerte de su hija al enterarse de la llegada de Jesús. Había comprendido que una

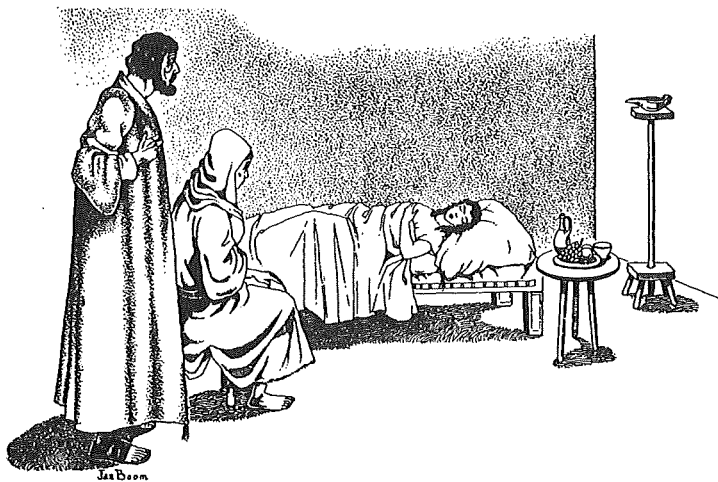
entrevista con Jesús era el único remedio para salvar a su hija.

Quizás Jairo también estuvo presente cuando los ancianos de los judíos preguntaron a Jesús si quería sanar al criado del centurión romano, al cual el capítulo 26 de esta Historia Bíblica se refiere. Entonces habían solicitado el auxilio de Jesús para otra persona.

Pero ahora Jairo decide solicitar la ayuda del gran Profeta para su propia hija; y le vemos corriendo por las calles de Capernaúm con impaciencia, para estar ante Jesús tan pronto como le sea posible. Corre aprisa, porque la hija puede fallecer de un momento a otro.

Y ahora está a los pies de Jesús. Como jefe de sinagoga quizás no se hubiera postrado nunca ante Jesús, pero ahora que la vida de su hija está en riesgo, se decide a hacerlo.

“Mi hija está agonizando; ven y por las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá”.



Jairo con su esposa ante el lecho de muerte de su hija

Jairo cree a Jesús capaz de sanar a su hija, pero... Jesús mismo tiene que poner las manos sobre ella para que viva. ¡Qué diferencia, en comparación con la actitud del centurión romano que dijo: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará!". El centurión romano estaba, pues convencido de que Jesús podía salvar de la muerte a su criado pronunciando solamente la palabra de poder. Es probable que Jairo lo haya oído también. Pero aquí el jefe de la sinagoga solicita de Jesús que le acompañe a su casa. Por lo visto el centurión romano tenía más fe que Jairo.

Jesús sin embargo, no tarda en acceder a la solicitud del padre angustiado. Al instante Jesús se levanta para acompañarle. La cosa no pasó desapercibida a los ojos de la gente, de modo que la muchedumbre sigue en pos de Jesús para ver lo que va a suceder. Todos tratan de seguir de cerca al Señor, para luego poder abarcar con su vista la casa de Jairo. Los que le siguen van dando empujones para no perder de vista al Señor; Lucas, en su relato, agrega que la muchedumbre apretaba y oprimía a Jesús.

De todos modos, la inmensa comitiva toma el camino hacia la casa de Jairo. El padre que se consume de angustia, quizás quiere ir más aprisa para no llegar demasiado tarde.

De repente se detiene por algo muy especial que sucede en el camino. Para saberlo conviene leer los versículos siguientes;

Mateo 9:20-22

Marcos 5:25-34

Lucas 8:43-48

Retrocedamos ahora una docena de años, y llegamos a la conclusión de que el nacimiento de una hijita, en la casa del jefe de la sinagoga de Capernaúm, coincidía más o menos con el principio de una grave enfermedad en la vida de una pobre mujer. Para curarse de la enfermedad fue a ver al médico, y

tras gastar todo lo que poseía comprando medicamentos, se sentía aún peor que antes. La pobre permanecía enferma, por lo cual había consultado a los médicos, pero, por mucho que hiciese, nada le procuraba alivio, y mucho menos la curación apetecida.

Al principio, la mujer tenía quizás esperanzas de curarse pero ¡qué desilusión al darse cuenta, años más tarde, de que no sacaba ningún provecho del tratamiento médico! Y lo sacrificaba todo para conseguir la salud, pero todo en vano. Ahora ya lleva doce años enferma.

Unos opinan que el camino hacia la casa de Jairo conducía a Jesús por delante de la casa de la enferma. No cabe duda que desde hacía cierto tiempo la mujer había oído hablar del Señor Jesús, y de las muchas señales y milagros por El obrados.

Pero ¿por qué no va a consultar a Jesús personalmente? ¿Por qué no va a entrevistarse con El para solicitar la curación de su cuerpo?... ¿Acaso no tiene fe suficiente en el poder de Jesús?...

Sí la tiene, pero no se atreve a acercarse a Jesús, porque tiene vergüenza de la enfermedad que padece. La Biblia se refiere al flujo de sangre, a consecuencia del cual se consideraba incluso impura. En virtud de la Ley del Antiguo Testamento no tenía derecho a mezclarse entre el pueblo siendo impura. Sí, cree que Jesús es suficientemente poderoso para librarla de la repugnante enfermedad que tiene, pero por miedo a las consecuencias de la transgresiones no se atreve a personarse delante del gran Profeta.

Pero hoy se entera de que Jesús pasará muy cerca de su casa, acompañado de una gran multitud de gente. ¿Por qué no aprovechar la mayor oportunidad de su vida? Supongamos que tenga el valor de acercarse a Jesús; tendría que decirle todo... Y se enterarían todos los judíos de Capernaúm. Se entabla una lucha interior, pero al final cierra los ojos y acomete... Sale de su casa para luego mezclarse entre el pueblo, de modo que puede marchar en pos de Jesús. Entonces se inclina para tocar el borde del manto del Maestro...

Por parte de la mujer es un acto de fe en el poder de Jesús; ella también cree en la Omnipotencia del Profeta de Nazaret y no duda ni un momento de la potencia de Jesús para salvar y sanar, aunque se limite a tocar el borde de su manto. En esta fe se inclina, aunque tiembla de temor; con su dedo toca el borde del manto de Jesús y experimenta una curación instantánea. Cesa el flujo de sangre y al instante se siente sana de su cuerpo.

Lo que desde hace doce años ha tratado de obtener consultando a los médicos, ahora se verifica en un solo momento. La mujer quiere retirarse para pasar desapercibida. Nadie lo ha visto... pero ¡qué susto! Jesús se detiene de repente diciendo: "¿Quién es el que me ha tocado?".

La mujer sigue callada. No se atreve a decirlo porque, según la Ley, ha hecho algo que no era lícito al mezclarse entre el pueblo estando impura. Además ha tocado al Profeta. A lo mejor se enfadará porque, al ser tocado por un impuro, el propio Profeta se volvería impuro. Concedora de las implicaciones legales, la mujer aún no se atreve a hablar. Pedro, muy asombrado, mira al Maestro para decirle: "¿Señor, cómo puedes Tú hacer esta pregunta; ¿No ves que la gente te aprieta y oprime? A cada momento puede uno entrar en contacto contigo sin querer... ¿Qué te induce a hacer esa pregunta?, ¿Porque en estas circunstancias es lógico que alguien te toque!".

Es verdad lo que Pedro dice; tiene razón. Jesús es apretado y oprimido de continuo.

Pero el Salvador contesta que no se refería al tocar su cuerpo por inadvertencia, sino que entre la multitud había quien le tocó A PROPOSITO. "Alguien me ha tocado; porque Yo he conocido que ha salido poder de Mí" -Así prosigue Jesús.

El Señor, por ser omnisciente, sabe perfectamente bien quién lo tocó, incluso hubiera podido señalar a la persona con el dedo. Pero Jesús no es acusador, sino Salvador de las almas y de los cuerpos, de modo que la mujer se ve obligada a decirle lo que ha hecho y porqué lo ha hecho. Tiene que decirlo para gloria de Dios, por ello tiene que revelarlo. Probablemente

Jesús la mira a la cara al decirlo. De todos modos la mujer se da cuenta de que ante Jesús no valen tergiversaciones, y que delante de Él no puede esconderse más. Se ruboriza hasta las uñas al acercarse a Jesús, y, muy tímida, dice: "Maestro, lo he hecho yo".

A continuación cuenta a Jesús toda la historia de su sufrimiento, y de cómo, hace doce años, había caído enferma. Y que había dado a los médicos todo cuanto poseía para curarse, pero todo en vano. Y que en vez de mejorar, iba empeorando. Pero también dice que al tocar el borde del manto de Jesús, experimentó una curación instantánea.

Hela aquí, ante Jesús, con la vista baja. ¿Se enfadará Jesús?... ¿La reñirá?

¡No, muy al contrario! Porque Jesús no riñe nunca al que se allega a Él arrepentido y en verdad. En tono muy suave de comprensión, el Señor dice:

"Hija, ten ánimo; tu fe te ha salvado; ve en paz".

No ha quedado defraudada la fe de aquella mujer, ni las esperanzas que acariciaba.

¡Cuán grande era su fe! No pidió que Jesús pusiese las manos sobre ella para sanarla; creyó que el solo contacto con el borde del manto del Maestro bastaba para limpiarla y sanarla eternamente, y así fue; ¡que sirva de ejemplo para nosotros!

Mateo 9. 23-26

Marcos 5:35-43

Lucas 8:49-56

Entre toda la muchedumbre hay uno que se consume casi de impaciencia y angustia. Aquél hombre, no es difícil adivinarlo, es Jairo. Iba contento, al principio, de que Jesús no tardase en acompañarle, pero cada retraso podía ser fatal para su hija. ¡Y ahora esa demora! Quizás querría exclamar: "Maestro, por favor no te detengas que llegamos tarde".

Aunque, quizás no haya pronunciado aquellas palabras, así habrá pensado. ¿Cómo irían las cosas en casa? ¿Volvería a ver a su hija viva?... Sabe muy bien que está extremadamente grave, y que no hay tiempo que perder. Y ahora ¡el retraso! Es como si todo fuese a ser desbaratado.

De repente Jairo palidece al ver unos mensajeros de la casa despejar un camino a través de la multitud para traerle un mensaje, mientras Jesús sigue hablando con la mujer. Seguramente la esposa de Jairo los habrá enviado a traerle el más horrible mensaje que uno pueda traer a un padre o a una madre: el de la muerte de un hijo.

“Tu hija acaba de fallecer...”, Esto para Jairo, es un golpe terrible. ¡Demasiado tarde! ¡Ha muerto su única hija!

A tan horrible mensaje los mensajeros agregan la amonestación de no molestar más al Maestro, lo que equivale a decir que ahora el Maestro ya no precisa ir, por ser demasiado tarde... ¡Ya no hay remedio!

El Señor Jesús oye aquellas palabras también, y se complace de Jairo. Por ello pronuncia estas palabras alentadoras: “No temas; cree solamente, y será salva”. Así dice al padre afligido. El conocedor de la Biblia entenderá el amplio significado de estas palabras: Jesús al pronunciar esta breve frase, quiere decir: “No temas Jairo y no te desalientes: Yo soy el Todopoderoso, el Rey de reyes que tiene el dominio sobre la vida y la muerte. Si así crees, tu hija será salva. Para los hombres, ya no hay remedio, pero para Mí nada es imposible. El fin de las posibilidades del hombre marca el principio de las posibilidades de Dios.”

Después, la inmensa comitiva vuelve a ponerse en marcha, y sin más estorbos llegan a la casa de Jairo. Ya a distancia se oyen las endechas en la casa mortuoria. ¿Serían estos los llantos de la madre?

¡Cierto que no! El ser afligido no hace tanto ruido; los que en un entierro ponen el grito en el cielo, serán los primeros en olvidar.

En Tierra Santa tenían la costumbre de contratar plañideras para que llorasen a los difuntos. Con sus endechas ganaban

dinero. Pero no era un luto sincero, sino solamente ficticio. Después del entierro cobraban su sueldo, y no tardaban en olvidarse del difunto cuya muerte acababan de llorar a gritos. Nos parece algo rara aquella costumbre; pero era muy común aun en los días de la peregrinación del Señor Jesucristo en la tierra.

De esta manera nos explicamos la presencia de plañideras en la casa de Jairo.

Pero ahora entra Jairo, acompañado del Señor Jesús. Sólo tres de sus discípulos, es decir Pedro, Juan y Santiago, pueden entrar. Los demás tienen que esperar fuera. Al pueblo también se le niega la entrada en la casa mortuoria.

Al entrar en la casa el Señor Jesús dice a las plañideras que callen: "No lloréis; no está muerta, sino que duerme". Pero ellas se burlan del Señor Jesús; las palabras del Maestro les parecen locura, porque todo el mundo puede ver que la muchacha en realidad ha fallecido...

¿No es, pues, verdad lo que dice Jesús?... ¿Esta durmiendo para volver a levantarse naturalmente?

No, no cabe duda que la muchacha ha muerto. Pero ¿porqué dice Jesús que duerme?... Quiere decir que las plañideras no lloren tanto, porque Jesús es poderoso para resucitar a la difunta. Del mismo modo vosotros despertáis a uno que duerme, "tengo el poder de resucitar a la muchacha. Vosotras pensáis ganar dinero con vuestras endechas, pero ya podéis salir de esta casa, porque aquí no ganaréis nada..."

Pero las plañideras no salen, porque no creen las palabras de Jesús. Por ello se burlan de Él y se niegan a salir.

Como no están dispuestas a salir por sí mismas, Jesús se encarga de echarlas fuera. Si no quieren obedecer voluntariamente, lo harán por la fuerza.

Salidas ellas, la puerta se cierra, de modo que están presentes sólo Jairo con su esposa, y Jesús con tres discípulos suyos.

A continuación el Hijo de Dios se acerca a la cama donde yace el cuerpo de la muchacha, la toma por la mano lívida puesta sobre la sábana, y clama diciendo: "¡Muchacha, levántate!"

Al instante la muchacha abre los ojos y se sienta. Después se levanta y vuelve a andar por el cuarto.

Este es el segundo caso de resurrección en el ministerio mesiánico de Jesús. Al primero que resucitó fue al joven de Naín, y ahora a la hija de Jairo.

Jairo y su esposa quedan atónitos al presenciar el acto de resurrección, y el evangelista Marcos (Evangelio según San Marcos, capítulo 5, vs. 42) se refiere al caso diciendo que “se espantaron grandemente”.

“Dadle algo de comer” -dice el Señor. Es para indicar que la muchacha ha vuelto a vivir verdaderamente.

“¡No habléis a nadie sobre el milagro que acabáis de presenciar!”, manda Jesús.

A continuación Jesús sale de la casa de Jairo con sus tres discípulos, y el pueblo le cede el paso.

Es comprensible, sin embargo, que no se pueda ocultar un milagro de esta clase. Porque las plañideras habrán vuelto a averiguar el efecto de las palabras de Jesús. Ellas habrán podido convencerse de que, en realidad la muchacha vivía. El pueblo también no tarda en enterarse de lo que ha pasado en la casa del jefe de la sinagoga.

En el evangelio según S. Mateo leemos al respecto que “se difundió la fama de esto por toda aquella tierra”. Además Jairo era jefe religioso en Capernaúm, y al enterarse que era precisamente la hija de un dignatario religioso la que resucitó gracias a la intervención directa de Jesús, el pueblo no deja de hablar sobre tan maravillosa señal. El pueblo honra a Jesús y todos le consideran un gran Profeta. Los judíos están atónitos al presenciar tantas señales maravillosas. Pero en cuanto a reconocer en Jesús al Hijo de David, al Mesías y Salvador prometido desde los siglos más remotos de la historia de la humanidad, ¡nunca! Quedan impresionados al ver las obras de Jesús. Pero los paisanos de Jesús son muy olvidadizos, y no tardarán en olvidarse de El cuando, por orden del Sanedrín, ellos mismos griten “¡Crucifícale, crucifícales!”. Por eso Jesús dijo: ¡no habléis a nadie sobre este milagro.

La resurrección de la hija de Jairo era un gran milagro, pero el milagro más grande es que el Rey de reyes vino a esta tierra para dar su vida, para verter su sangre por los pecadores. Por ellos morirá en la cruz del Calvario para librar a sus elegidos de la pena eterna. La resurrección de la hija de Jairo era indudablemente una señal de la gran Resurrección, de la cual dimana nuestra fuerza diaria: Salvos por gracia, Cristo Jesús nos hace más que vencedores en virtud de la Vida Nueva por Cristo inaugurada en la Gran Pascua de nuestro Señor.

Por el pecado de su incredulidad la mayoría de los judíos rechazaban al único Mediador dado para ser salvos.

Queridos lectores. ¿Que hacéis vosotros? ¿Os dáis cuenta que esta misma incredulidad vive en nuestros corazones?. Rueda al Señor que quite la incredulidad y os dé la verdadera fe que os salva de la perdición eterna.

Capítulo 36

== LA FE Y LA INCREDELIDAD ==

Mateo 9: 27-31

Tras salir de la casa de Jairo, Jesús va paseando por las calles de Capernaúm, acompañado de sus discípulos.

De repente ocurre algo que en los países occidentales es muy mal mirado: hay unos hombres que claman detrás de Jesús. Pero no todos los clamores son tan descorteses e ineducados como parece. En este caso, por lo menos, no es así. El relato bíblico se refiere a dos hombres que van en pos de Jesús gritando: "¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!". Y es muy probable que esto lo hayan dicho repetidas veces.

Pero ¿qué quieren éstos hombres?... La Biblia nos dice que son dos ciegos, hombres desdichados, los cuales imploran la misericordia de Jesús. Muy probablemente se habrán enterado de lo que acaba de suceder en la casa del jefe de la sinagoga. A pesar del encargo riguroso del Señor de guardar silencio sobre la resurrección de la hija de Jairo, la fama de las grandes señales de Jesús no tardó en difundirse por todos aquellos parajes.

De este modo los ciegos habían oído hablar sobre el Señor Jesús también. Más aún; a raíz del testimonio de la gente, los dos creían que el Profeta de Nazaret era el Mesías. Están convencidos que puede curarlos si lo quiere. Lo llaman "Hijo de

David". Los ciegos sabían, pues, que por ser el Mesías, Jesús tenía poder divino para sanar a los enfermos, incluso a los incurables como ellos.

Y al llamar a Jesús "Hijo de David" reconocían que el Señor, en realidad, descendía del linaje de David.

Pero por mucho que los ciegos llamen, es como si Jesús no quisiera escuchar. Por lo visto, les hace caso omiso. Una gran desilusión para ellos, pero, a pesar de ello, perseveran en llamar y gritar..

Al final Jesús se dispone a entrar en una casa. Hay quienes opinan que debía de ser la casa del apóstol Pedro, aunque el relato bíblico no nos facilita este detalle. Al entrar en la casa, los dos ciegos que lo han seguido hasta allí, de repente se encuentran en presencia de Jesús, para volver a implorar la misericordia divina, para ser curados de la ceguera.

Jesús les pregunta: "¿Creéis que puedo hacer esto?".

Y no vacilan en contestar: "¡Sí, Señor!".

Es una manifestación de fe genuína; más de una vez lo han probado perseverando: confesión de fe en el mesiazgo y poder de Jesús. Una fe verdaderamente ejemplar.

Jesús sabe que, en realidad, han creído en su poder divino para curarlos de la ceguera. Porque Jesús mismo, por su Espíritu, ha sido el Autor de su fe.

A continuación el Señor toca los ojos de los ciegos, los cuales -como en los casos precedentes- experimentan una curación instantánea. Los ciegos ven gracias a la intervención del Hijo de Dios.

Pero antes de que salgan de la casa, Jesús les prohíbe terminantemente la difusión de la noticia de su curación. "¡Mirad que nadie lo sepa!".

Los dos se van, pero no pueden guardar silencio sobre lo que acaban de experimentar. A quienquiera que sea dicen cuán grande obra Jesús les ha hecho, de modo que se difunde aún más la fama del Salvador por aquellas tierras.



Mateo 9: 32-34

He aquí, otro desdichado es traído ante Jesús. Una vez más es un endemoniado que, además de estar dominado completamente por Satanás, es mudo. Pero, gracias a Dios, a los ojos de Cristo no hay casos imposibles, El hijo de Dios, por ser Triunfador del imperio de Satanás, echa fuera al demonio y... el mudo se pone a hablar.

La gente se maravilla al presenciar el espectáculo y exclama; "¡Nunca se ha visto cosa semejante en Israel!". Porque, en realidad, nunca antes el pueblo de Israel había presenciado tantas señales como en los días de la peregrinación de Jesús en este mundo.

Los fariseos están presentes también. Como los demás, ellos han presenciado el milagro, pero también se dan cuenta de la reacción del pueblo ante las obras de Jesús y de la admiración reverencial que le profesan. Todas aquellas palabras salidas de las bocas de los espectadores molestaban a los fariseos. No toleran que el pueblo tribute tanto respeto a Jesús, en vez de tributárselo a ellos. Y para incitar al pueblo a apartarse del Profeta de Nazaret, vuelven a blasfemar la propia obra de Dios. Y con el mismo descaro de siempre, se ponen a burlarse de Jesús diciendo: "Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios"

Al decirlo atribuyen al príncipe de las tinieblas las obras de Jesús, como si Jesús estuviese al servicio de Satanás. En su ciega maldad, los fariseos no se paran en barras.

¿No se arrepentirán, pues, nunca? Parece que la palabra arrepentimiento no existía en el vocabulario de los jefes religiosos de los judíos; arrepentimiento, sí, mientras toque a los otros arrepentirse, pero como ellos mismos no podían equivocarse nunca, ¿por qué, creyéndose justos, tendrían que arrepentirse?

Es la peor condición de mente y ánimo que uno pueda tener; sin arrepentimiento sincero delante de Dios, no hay perdón ni salvación.

Mateo 13: 53-58

Marcos 6: 1-6

¡Volvamos una vez más en nuestro pensamiento a Nazaret! El silencio del sábado reina en el pueblo donde había residido nuestro Señor anteriormente. Los nazarenos se disponen a ir a la sinagoga, según su costumbre semanal. La sinagoga no tarda en llenarse. Nada extraño, porque el mensaje del culto matinal estará a cargo de Jesús.

Será ésta la segunda predicación en Nazaret. De la primera nos acordamos con disgusto, ya que los propios vecinos del pueblo quisieron echar a Jesús por un despeñadero. En su furia quisieron asesinarle, de modo que el Maestro no habrá guardado un grato recuerdo del referido culto religioso. (Capítulo 16 de estas historias bíblicas)

Al cabo de unos meses Jesús ha vuelto a predicar en la misma sinagoga. Tras salir de Capernaúm, ha ido caminando de una ciudad a otra y de un pueblo a otro. Y como su itinerario había incluido a Nazaret también, le tocó a Jesús predicar en el culto de la mañana.

Muy tranquilo, el Maestro transmite su mensaje a la congregación. Pero ¿qué les parece su predicación? El evangelista Marcos dice que "muchos, oyéndole, se admiraban...". Admirarse al oír su predicación, sí, pero creer en Él, ¡no! Les convenía a los nazarenos pedir perdón por la mentira indigna en que habían actuado hacía unos meses. Pero, en vez de pedirle perdón, se escandalizaban diciendo: "¿No es éste el carpintero, hijo de María?"

Para ellos es un enigma. Es como si dijeran: "¿De dónde saca toda esa sabiduría? El hombre no representa nada especial, un simple carpintero, hijo de María..."

Aquí dicen "hijo de María"; antes dijeron "hijo de José". ¿Por qué? Es probable que José haya muerto, porque el relato bíblico ya no vuelve a referirse a José. Los nazarenos parecen conocer a Jesús muy bien, porque toda su familia vive en Nazaret. En el Evangelio según Marcos, leemos que Jesús era

hermano de Jacobo y José, de Judas y Simón, y que además tenía hermanas. Por ello no entienden el origen de la sabiduría de Jesús... y se escandalizan. Los nazarenos no muestran ni la más remota señal de respeto... ¿Crear en Él? ¿Crear en el mesiazgo del hijo de María? ¡Ni hablar!

Jesús mismo dijo que uno no puede ser profeta en su propia tierra, en su propio pueblo, donde todo el mundo le conoce. Esta vez los vecinos de Nazaret guardan el dominio de sus nervios. Ya no echan a Jesús de la sinagoga y no hacen tentativas de echarle por el despeñadero. Pero de un vistazo puede uno darse cuenta del espíritu de OPOSICION que los anima.

Porque la incredulidad, en los corazones de sus vecinos, es tan grande que incluso el Señor Jesucristo no llega a obrar milagros. ¿Por qué no?... ¡Muy sencillo! No trajeron a Él a los enfermos y desdichados del pueblo, y ni siquiera querían que Jesús los tocara. La mayoría de los enfermos se quedan en casa y por mero espíritu de odio se niegan a implorar la intervención del Salvador a favor de sus propios familiares enfermos. No lo hacen por no querer tributar a Jesús la honra de curar a los nazarenos que precisen esa intervención benéfica.

Hasta tal punto va el odio de los nazarenos que Jesús está asombrado de la incredulidad que ellos Le profesan.

Hay, sin embargo, unos pocos que acuden al Señor para verse curados por El, y ellos volverán a casa en buenas condiciones de salud física... y muy probablemente mental y espiritual también. Los demás nazarenos también lo habrán visto, Se habrán dado cuenta del poder de Jesús para salvar y curar, pero han endurecido sus corazones para no entrar en contacto personal con el despreciado Vecino, por muy grande que sea su poder.

Esta es la segunda vez que los nazarenos rechazan a Jesús.

Capítulo 37

LA MUERTE DE JUAN EL BAUTISTA

Mateo 14:1-12

Marcos 6: 14-29

Lucas 9:7-9

Inocente como millones de testigos de Cristo después de él, Juan el Bautista pasa tiempo en el calabozo. En el capítulo 28 de esta historia Bíblica hemos explicado la razón de su reclusión; por la sencilla razón de haber reprochado al cruel Herodes la vida de pecado que vivía. Herodes no se había atrevido a matar a Juan por miedo a la venganza por parte de los judíos. Herodes tenía sobrado motivo para temer una sublevación del pueblo, el cual tenía a Juan por profeta.

Herodías, la mujer que no correspondía a Herodes, sino a Felipe, su hermano, buscaba oportunidad para matar a Juan. Herodías abandonó a su marido, Felipe, para vivir con Herodes, su cuñado.

Juan, al enterarse de lo ocurrido, tuvo el valor de decir al rey Herodes con toda franqueza que no le era lícito tener a Herodías por mujer, y que tenía que devolverla a su hermano Felipe.

Desde aquel entonces, la impía mujer odiaba tanto a Juan el Bautista, que lo hacía todo para incitar a Herodes a que diese

orden de matarlo. Pero hasta entonces Herodes se había opuesto siempre, Juan no fue ejecutado por orden del rey, pero sí permanecía encadenado en la cárcel.

En el capítulo 6 del Evangelio según S. Marcos, leemos que le gustaba a Herodes el escuchar a Juan; probablemente le había invitado repetidas veces para que predicase en su presencia.

En sus mensajes, Juan no sólo se refería a Herodías, sino a otros asuntos también, y parece que la predicación de Juan impresionaba mucho a Herodes. Herodes comprendía que era cierto lo que decía el predicador, y en muchas cosas acataba las solemnes advertencias del Bautista, pero, por desgracia, no a todas.

Cada vez que Juan, en sus mensajes, se refería a Herodías diciendo que era la mujer de Felipe y que por ello, tenía que volver a llevarla a él, Herodes solía menear la cabeza. ¡Eso, no! No quería deshacerse de Herodías, porque la quería. Y por mucho que Juan advirtiese al rey de su mala conducta respecto a Herodías, las palabras del Bautista no tenían ningún efecto al respecto: Herodías permanecía en el palacio real de Herodes.

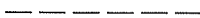
En otros asuntos -aunque no sepamos cuáles-, Herodes sí hacía caso de las advertencias de Juan.

Cada vez que Herodías se enteraba de que Herodes había vuelto a escuchar a Juan, temblaba de inquietud, porque se daba cuenta de que el rey quedaba impresionado de la predicación de Juan. Se daba cuenta de que, tras escuchar a Juan, Herodes permanecía silencioso y pensativo. Tal actitud, por parte del rey, la hacía temblar, por miedo al efecto que la predicación de Juan pudiese producir en la mente del rey, y que algún día podría representar el ser llevada a su marido legal, a Felipe, lo que a toda costa quería evitar. Por encima de todo, quería permanecer en el palacio real.

En situaciones como éstas, apretaba los puños, mientras sus ojos chispeaban de odio... ¡Oh, ese Juan! ¡Que miedo y espanto le producía! En su odio tozudo, le habría asesinado...

Pero no podía ser, porque el rey protegía a Juan y todos sus intentos de influir en la mente del rey no daban resultado.

Pero Herodías abrigaba tanto odio en su corazón que sólo esperaba una buena oportunidad; sólo esperaba el día de dar rienda suelta a su ira. ¿Se cumplirá su deseo algún día? ¿Podrá realizar sus satánicos designios?



¡Que bullicio en las calles! Todo el mundo charla y se ríe. Hay mucha animación. Sobre todo en el palacio real, cuyo salón está lleno de gente. No es difícil entenderlo; es un día de fiesta en la corte. El rey cumple sus años y, como de costumbre, tiene preparado un gran banquete, para el cual ha convidado a los más ilustres del reino.

¡He aquí reunidos a los altos dignatarios y oficiales del ejército! Los más ilustres galileos están presentes también. Hay quien opina que habrán sido los saduceos de Galilea, porque los fariseos no tenían trato alguno con el impío rey pagano. Porque los saduceos, los liberales de antaño, no eran muy estrictos y les gustaba mucho las fiestas, (ya que ellos eran hedonistas que no creían en la resurrección) ¡Comamos y bebamos, porque mañana moriremos!- decían. En todo caso, la sala está llena de gente ilustre. Todos están sentados en sus divanes. Hoy nos sentaríamos alrededor de una mesa, pero en la antigüedad los convidados solían sentarse en divanes y acostarse en almohadas. La comida más suculenta se sirve, y los vinos más caros se escancian. ¡He ahí a los ilustres, cómo apuran los vasos para volver a llenarlos!

Nos damos cuenta de que no es una fiesta para la honra y gloria de Dios, sino más bien una orgía y una bacanal.

Herodes no piensa ni un momento en Dios, que le ha guardado añadiendo un año a su vida. En su corazón no cabe la gratitud; lo que el rey prefiere es divertirse... Así, los convidados están alegres, se ríen y cantan; cuanto más se llenan de vino, más jaleo hacen. Por fin, la fiesta degenera en borrachera.

De pronto, la puerta se abre y entre una muchacha que se pone a bailar. La muchacha se llama Salomé, hija de la reina Herodías..., pero no de Herodes, sino de Felipe, primer marido de Herodías, Salomé era, pues, una sobrina de Herodes, la cual se pone a bailar y danzar para todos esos hombres medio borrachos.

Entre paréntesis, conviene decir aquí que un ambiente tal como el que encontramos en el palacio real, no es un lugar para creyentes; en el corazón de un verdadero creyente no produce alegría, sino más bien tristeza. La juventud, incluso la cristiana, tal vez se deja arrastrar a bacanales de esta clase. Más de una vez ha sido comprobado que los jóvenes cristianos que frecuentan lugares de esta clase -con baile y borrachera- o se apartarán de Dios, o no encontrarán en ellos ningún deleite para sus almas,

No era tampoco el lugar que correspondía a Salomé. Sin embargo, vino a bailar, quizás enviada a propósito por una madre impía como era Herodías.

Al ver a la muchacha bailar, cesa la algarabía en la sala. Todos los ojos están pendientes de los movimientos de la muchacha, e incluso los ojos apagados de Herodes vuelven a brillar de admiración.

Cuando, tras un largo rato la muchacha cesa de bailar, aplauden y palmorean todos los ilustres convidados, lo que agrada mucho a la danzarina.

De repente, el rey dirige la palabra a su sobrina diciendo: "¡Salomé, te recompensaré por tu graciosa manera de bailar! ¡Dime lo que quieras y te lo daré, aunque sea muy caro!". Se lo promete con juramento. "Todo lo que me pidas, hasta la mitad de mi reino...".

Todos están muy interesados por saber lo que pedirá la muchacha. ¿Pedirá una hermosa falda, un collar con diamantes, un brazalete de oro adornado con piedras preciosas?... Salomé vacila un momento antes de decirlo, y de pronto sale de la sala... para pedir consejo a su madre, Herodías. Ella pensará algo bonito para que su hija lo pida.

“¡Mamá, el rey me ha prometido algo muy precioso porque le ha gustado mi modo de bailar! ¡Puedo pedir todo lo que quiera! ¿Tú, que dices, no sabes algo primoroso para mí, algo precioso que me convenga a mí?”. Así la muchacha pregunta excitada e impaciente.

Herodías reflexiona un momento, y luego le viene una sonrisa cruel a los labios. Sus ojos brillan de astucia. ¡Vaya, ahí tiene la oportunidad, tanto tiempo esperada, para dar rienda suelta a su odio disimulado...!

“¡Hija de mi alma! -dice riendo falsamente-, ¿sabes lo que tienes que pedir?... Compláceme una vez pidiendo al rey la cabeza de Juan el Bautista... ¿De acuerdo?”.

Un momento de silencio, quizás. La muchacha habrá mirado a la cara de su madre, pero parece que Salomé entiende el intento de Herodías.

¿Lo hará? ¿Seguirá el cruel consejo de su madre?

— — — — —

Ya está corriendo a la sala de la fiesta, por segunda vez, y se apresura a acercarse al rey, el cual está muy interesado en saber el deseo de la muchacha. Los convidados también están pendientes de sus labios...

“Quiero -le contesta- que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista”.

¿Es posible que una muchacha escuche ciegamente a una madre tan mala e impía como Herodías? ¡Y sin que la madre tenga que ejercer presión en ella! Salomé lo hace voluntariamente. Lo hace de buena gana, sin oponerse ni un momento, porque en la Biblia leemos que entró prontamente al rey. La joven Salomé es, pues, tan mala e impía como su madre. De haber sido un poco menos desalmada que su madre, no lo hubiera hecho. Porque ¿qué provecho saca de la cabeza de un hombre...?

Reina un silencio sepulcral en la sala; todos miran al rey con estupefacción. ¿Accederá al ruego de la muchacha? La sobrina mira a su tío triunfal y descaradamente.

El rey se asusta al enterarse del maléfico deseo de su sobrina y se entristece mucho. El rey Herodes no era un santo, ni mucho menos, pero con esto no contaba. Lleno de confusión, tiene los ojos clavados en Salomé y en los ilustres dignatarios de su reino. ¿Qué hacer? ¿Degollar a Juan el Bautista?... El rey sabe que Juan el Bautista es un hombre justo, un profeta; le teme, pero acata sus palabras. Herodes no toma la decisión con prisa. Le brotan gotas de sudor. Si tan solamente pudiera esperar unos pocos días...; Pero no es posible, porque Salomé exige que lo haga inmediatamente, sin tardanza alguna.

¿Es pues, tan difícil el asunto?. Un hombre que se respeta a sí mismo y que está en su cabal juicio no accede a tal ruego. ¡Verter sangre inocente en el alegre día de su cumpleaños!

Pero... no se atreve a negárselo. Quizás no tanto por cobardía, pero se avergüenza del juramento hecho. Esos solemnes juramentos, sin pensar antes en las consecuencias que acarrearán... ¿Qué pensarán de él los altos dignatarios? No son simples criados, sino los jefes del pueblo. Se burlarán de él, lo encontrarán infantil; para salir de apuros, tiene que tomar una decisión.

Pero ¿cuál será la decisión del rey Herodes? ¿Le remordará mucho la conciencia por la decisión que va a tomar...?

“¡Adelante!... cumpliré tu deseo por habértelo prometido... ¡No quiero faltar a mi palabra!”.

Luego llama a uno de los soldados y le da la orden de traer sin tardanza la cabeza de Juan el Bautista en un plato.

El guerrero, acostumbrado a matar, se inclina y sale para ejecutar la orden del rey.

— — — — —

Pasemos ahora al sombrío calabozo donde está encerrado y encadenado Juan, y donde el rey le había enviado ya hace varios meses. De momento está solo; sus amigos y discípulos no están con él.

Quizás habrá pensado alguna vez en su juventud, cuando, sin preocupación, vivía en casa de sus padres, Zacarías y Elisabet. Acaso pensará en los días de su predicación a orillas del Jordán, cuando el Señor Jesús se acercó a él para bautizarse. No sabemos.

De repente oye pasos ligeros que vienen acercándose por los largos corredores. Juan levanta la cabeza para escuchar. ¿Tendrá que predicar una vez más en presencia de aquél rey impío y ateo? No sabemos.

Los pasos se detienen a la puerta de su calabozo. De un golpe corren los pesados cerrojos. La puerta se abre rechinando y entra un soldado.

No sabemos si el soldado dirigió la palabra a Juan. Ni tampoco sabemos la última palabra de Juan. Pero de pronto el soldado desenvaina su espada y, de un golpe, degüella a Juan. ¿Pobre Juan? ni hablar, ¡Feliz Juan! Porque aquí terminan sus sufrimientos del Precursor del Mesías. Ya no tiene que sufrir en aquel horrible calabozo, privado de luz y mohoso, donde los presos caían siempre enfermos. De ahora en adelante experimentará la FELICIDAD ETERNA; muerto Juan, el impío Herodes ya no puede causarle daño alguno, ni Herodías tampoco. Herodes pudo matar el cuerpo, pero el alma de Juan está con Dios en las alturas. Juan, feliz y librado de los pesares de este mundo, canta a la gloria de Dios..., mientras Herodes no duerme bien aquella noche. Atormentado por el remordimiento y la mala conciencia, la vida de Herodes no habrá sido feliz, ni la de Herodías tampoco.

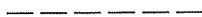
A continuación, el verdugo pone la cabeza en un plato y aligera el paso para volver al salón, donde el rey y los nobles del país esperan el regreso del soldado.

“¡Aquí está la cabeza de Juan el Bautista, según su majestad ha ordenado!”.

El verdugo entrega a la muchacha el plato con su horroroso contenido.

Herodes se pone a temblar al ver la cara pálida de Salomé y sus ojos cerrados, y ni él mismo se atreve a mirar. Ya no quie-

re ver nada. Se estremece como un enfermo sobrecogido de fiebre. Sus manos tiemblan y sus rodillas flaquean. Salomé recibe el horrible regalo y se apresura a entregarlo a su madre, Herodías, la cual puede estar contente ahora. En lo sucesivo, nadie volverá a advertir a Herodes de las consecuencias del pecado. La boca de Juan, en verdad, no volverá a hablar, y con los ojos llenos de odio mira el rostro pálido del profeta y ríe cruelmente...



Sí, lo grandes de este mundo pueden degollar a los molestos profetas y predicadores, pero no llegarán nunca a acallar la voz de su conciencia. Tarde o temprano, cesará toda risa falsa. Delante de Dios darán cuenta de sus actos, y allí mismo serán declarados culpables de la sangre inocente que han vertido, que los seguirá por toda la eternidad. Dios castiga severamente a los pecadores.

No sabemos si la bacanal duró mucho tiempo más, pero una cosa es cierta: Herodes se habrá acordado siempre de ese cumpleaños, marcado por su tontería de prestar juramento y el subsiguiente asesinato de un profeta que tenía el valor de decirle la verdad. Le remorderá siempre la conciencia, irremisiblemente, porque no podrá nunca borrar de su mente la horrorosa visión de la cabeza presentada en el plato. La sangre de Juan el Bautista le perseguirá por siempre.

Y al oír la fama de otro gran Profeta, capaz de obrar milagros por el Poder de Dios, Herodes se asusta con el recuerdo del profeta por él mismo degollado: "Juan el Bautista ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes". Herodes ya no tiene descanso, porque siempre le acusaba su conciencia. Ojalá que el Señor os salve de los remordimientos de conciencia.

El gran Profeta, cuya fama se difundía por toda Palestina, no puede ser otro que el Señor Jesucristo. Herodes no lo sabe; pero muerto el precursor, se ha levantado Uno mucho más

poderoso aún. Juan no hizo acepción de personas; incluso a Herodes dijo lo que pensaba de él. Jesús no hace acepción de personas tampoco, y al más grande de este mundo le dirá lo que opina de él.



Los amigos de Juan, muy afligidos, vienen a tomar el cuerpo de su preceptor para sepultarlo. Por lo visto, no han tardado en enterarse del suceso.

Lo más horrible, para ellos, no habrá sido la sepultura, sino el verse privados de su preceptor. ¿A quién pueden ir en lo sucesivo?

Para los discípulos de Juan, amantes de la verdad, hay uno a quien pueden acudir en momentos de gran apuro: el Señor Jesucristo del cual Juan el Bautista, cuando predicaba a orillas de Jordán, dijo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo...".

Jesús consuela a los discípulos de Juan, y de ahí en adelante muchos de éstos siguen a Jesús. Y gracias a Dios que nosotros también podemos acudir al Hijo de Dios y Salvador para ser salvados, porque El está siempre vivo y nos escucha. Pero ¡Hay de Herodes y Herodías que murieron sin arrepentirse!

Capítulo 38

LA MISIÓN DIVINA DE JESÚS Y DE SUS SEGUIDORES Y LA ALIMENTACIÓN

===== DE LOS CINCO MIL =====

Mateo 9:35-38

Mateo, capítulo 10

Mateo 11:1

Marcos 6:7-13

Lucas 9:1-6

Tras caminar por los pueblos y aldeas de la tierra de Israel, los discípulos vuelven a ver al Señor Jesús.

Según los informes facilitados en los Evangelios, el Maestro les había enviado de dos en dos, para que predicasen a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

En uno de los capítulos anteriores, ya nos referimos a la elección de los doce discípulos, a los cuales, debidamente adoctrinados e investidos con poder, los envió para que predicasen la venida del reino de los Cielos.

Antes de enviarlos, les dio órdenes muy claras: les instruyó para que no fuesen a predicar a los gentiles ni a los samaritanos, sino únicamente a los judíos. Por añadidura, les dio

poder y autoridad para predicar y obrar milagros; de ahí en adelante, tenían poder para sanar enfermos, limpiar leprosos y librar de los espíritus inmundos a los endemoniados.

Porque por su propia fuerza e inteligencia no podían hacerlo, sino sólo y únicamente en el nombre de Jesucristo. Así, pues, partieron los discípulos de dos en dos, por toda Galilea, y en todos los sitios se ocupaban en predicar y en sanar enfermos, cualquiera que fuese su dolencia. Ignoramos cuál ha sido el período de sus actividades, pero es muy probable que lo hayan hecho durante varias semanas. Y ahora vuelven a ver al Señor Jesús entusiasmados, tras actuar según los mandamientos de El mismo recibidos. Los enfermos están sanos de cuerpo, los leprosos limpiados y los endemoniados librados de los espíritus inmundos que les oprimían. Quizás los discípulos se han enorgullecido un poco del éxito realizado en su obra; esto, por los menos, es innato en la naturaleza humana. Con entusiasmo están diciendo al Señor Jesús todo lo que han hecho. Nos imaginamos el gozo que los discípulos habrán experimentado.

Mientras Jesús desarrolla sus actividades en compañía de sus discípulos, se acercan a El hombres que carecen de entusiasmo. Están afligidos, de luto. Ya lo hemos leído en el capítulo anterior: son los discípulos de Juan, que vienen a informar a Jesús de la muerte de su Precursor. Por los Evangelios sabemos que la noticia del degüello de Juan el Bautista tocó muy de cerca a Jesús. Ya lo sabía por ser Dios omnisciente, pero como hombre ahora se conmueve. Por lo visto, Jesús quiere apartarse por algún tiempo del mundo que le circunda. Jesús se va, pues, en una barca con destino a un lugar desierto. A los discípulos dice: "Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco".

Porque mucha gente iba y venía, de manera que ni siquiera tenía tiempo para comer. Además, sabemos que muchas veces Jesús buscaba la soledad para orar, para estar a solas con el Padre.

La muchedumbre no tarda en enterarse de la partida de Jesús con sus discípulos, pero ¿a dónde van ahora?

Mateo 14:13-14

Marcos 6:30-34

Lucas 9:10-11

Juan 6:1-4

Esta vez no pueden volver al lado opuesto del mar de Genesaret, para no desembarcar en el mismo lugar donde Jesús sanó al endemoniado de Gadara. Por ello, zarpan rumbo a un lugar enteramente desierto y solitario al pie de un monte. El rumbo escogido ahora será más oblicuo.

Pero cuando, al final, Jesús llega con sus discípulos al lugar que presumían desierto y se disponen a desembarcar, se dan cuenta que dicho lugar es todo menos solitario. Miles y miles de judíos le están esperando allí. Los mismos judíos, de los cuales el Señor se despidió al otro lado del mar, en Capernaúm, se habían fijado bien en la dirección en que navegaba la barca. Y al darse cuenta, del rumbo escogido, la gente -que conocía bien los contornos- llegó a ese mismo lugar a pie. Partieron todos juntos desde Capernaúm y caminaron por tierra alrededor del mar. Y mientras caminaban, más y más gente se juntaba con ellos de los pueblos y aldeas por donde pasaban.

El lugar del encuentro distaba varias horas de marcha de Capernaúm. Pero no notaban el cansancio porque tenían ganas de oír la predicación de Jesús. La comarca que iban atravesando era cada vez más estéril y desierta, inhospitalaria en gran manera, pero nadie volvía hacia atrás. Tras una larga jornada, llegaron al fin al lugar donde suponían que Jesús llegaría. Nos basta un vistazo al mapa para darnos cuenta de la distancia, de modo que tuvieron que aligerar mucho el paso para llegar antes que Jesús, que iba atravesando el mar en la barca.

Y cuando Jesús está a punto de desembarcar, la multitud viene a su encuentro, saludándole muy alegre. Pero no es para esto que Jesús ha hecho el viaje, sino para estar sólo con sus discípulos, para descansar y, en fin, para pasar largos ratos a solas con Dios.

¿Qué hará Jesús? ¿Volverá a zarpar para ir a otro lugar? ¿Tratará de huir de toda esa gente?

¡No! Eso es algo que el Señor no hará nunca; por el contrario, tiene compasión de ellos, porque son como ovejas descarriadas que no tienen pastor. Porque los escribas y fariseos, que, en virtud de su oficio, debían ser sus pastores, no se cuidaban de ellos. Jesús conoce el estado mísero de la gente y no quiere despacharla con finas palabras vacías de sentido.

Jesús va a hablar a la gente sobre el Reino de Dios, haciendo uso de los poderes y fuerzas de dicho Reino. Allí también se dedica a sanar enfermos y a restablecer la salud mental y espiritual de los que lo precisan.

Por horas enteras, el Señor Jesús predica. Se empeña en enseñar a la multitud. La predicación de Jesús no cansa, de suerte que el pueblo se olvida tanto del tiempo como el cansancio que le produjo la marcha.

Mateo 14:15-21

Marcos 6:35-44

Lucas 9:12-17

Juan 6:5-15

Mientras Jesús está hablando, sus discípulos Le advierten que es tarde diciendo: "Maestro, despide a la gente para que vayan a las aldeas y campos de alrededor, y se alojen y encuentren alimentos; porque aquí estamos en lugar desierto. Además ya no podrán volver a sus pueblos y aldeas para hacer compras, porque está ya muy avanzada la hora"

La gente no se ha fijado ni siquiera en la hora, porque todos estaban pendientes de los labios de Jesús. Porque nadie jamás ha vuelto a predicar como Jesús, con tanta gracia y con tanta compasión para con la gente.

Y vosotros, cuando estáis en la iglesia ¿Escucháis con ese mismo interés cuando el predicador explica la palabra de

Dios? ¿O, os aburrís y estáis anhelando el fin del culto?.

En todo caso, la gente no se aburría al escuchar a Jesús, ni tampoco esperaba con impaciencia el fin del sermón. Y cuando los discípulos advierten al Señor, inmediatamente termina su predicación, pero no para despedir a la gente sin más ni más. ¿Cómo podría despedir a la gente hambrienta?... Jesús tiene compasión de ellos, porque piensa en todas las necesidades de la vida.

“No es necesario que se vayan para comprar pan -les contesta Jesús- ¡Dadles vosotros de comer!”

Atónitos miran al Maestro. ¿Dar de comer a tanta gente?... ¿Aquí en este lugar desierto?... ¡Imposible! ¿Dónde encontrarían comida para tantos?

Felipe razona diciendo: “Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco”

En la antigüedad, un denario correspondía más o menos al jornal de un obrero, La cantidad de doscientos denarios mencionada por Felipe, representaba una suma bastante considerable. Felipe se refiere a tan considerable cantidad de dinero para hacer ver lo imposible de lo que Jesús acaba de proponer.

Pero al decir cosas al parecer imposibles, Jesús persigue algún fin educativo. Hace muy poco, los discípulos regresaron para decir a Jesús cuántos milagros y señales habían sido hechos por conducto de ellos. ¿Verdad?... Entonces, ¡que hagan un milagro más ahora! Jesús está probando a sus discípulos, los cuales tienen que comprender que por sí mismos no pueden hacer nada. Ellos no tienen fuerza alguna, fuera de la que les es comunicada por Jesús, no tienen ninguna razón para enorgullecerse, porque sólo gracias al don de Dios que les fue impartido podían sanar a los enfermos.

“¡Dadles vosotros de comer!”.

Parece tan necio y carente de sentido lo que Jesús dice. Sin embargo, lo dice a propósito. De otro modo, no hubiera preguntado: “¿Cuántos panes tenéis?”, Quiere que averigüen si entre la muchedumbre hay quienes tengan un poco de pan y otros víveres.

Porque ellos mismos no tenían nada en absoluto.

Por muy raro que les parezca, los discípulos obedecen. Van a ver si alguien se ha provisto de vituallas antes de salir de casa. Andrés no tarda en averiguar que hay allí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos.

"Pero eso no es nada para tanta gente". Así razona Andrés, y quizás así hubiéramos razonado nosotros mismos. Andrés tiene razón; con cinco panes de cebada y dos pececillos no se puede dar de comer a tanta gente. Un pan de estos que tenía la forma de una torta plana, apenas bastaba para un solo hombre.

Pero Jesús, sin dejarse desconcertar, dice: "Hazme el favor de traer los panes y los pececillos...".

A continuación Jesús instruye a sus discípulos que hagan recostar a la gente. Y miles y miles de personas se sientan en el césped, sin comprender el por qué. Se sientan en grupos de cincuenta. Cuando todo el mundo esta quieto y callado, el Señor Jesús se levanta.

Reina un profundo silencio. He aquí que el Señor Jesús levanta sus manos hacia el cielo, para pedir la bendición celestial sobre los alimentos que todos van a comer. El Señor Jesús ora en alta voz, de modo que todos pueden entenderle.

Porque, ¿cómo sería posible la comunión espiritual, en la oración, sin comprenderse mutuamente?

Mucha gente ni siquiera piden la bendición de Dios antes de comer, y cual animales se sirven... Pero el mundo es ingrato. ¿porque quién les da la fuerza e inteligencia para ganarse el sustento? Por ello conviene a los cristianos -grandes y pequeños- pedir la bendición de Dios, sin avergonzarse en presencia de los incrédulos.

Y tras pronunciar el "amén", Jesús toma uno de los panes para partirlo. Pero -¡qué maravilla!- el Señor sigue partiendo pan, interminablemente. Según parece los discípulos recogen los pedazos de pan en cestos para luego repartirlos entre la gente reunida. Cada uno puede tomar cuanto quiera, y podemos imaginarnos que todos tienen ganas de comer.

Ya ha pasado la hora de la comida, y no cabe duda que nos encontramos aquí en medio de una multitud hambrienta.

¡Qué comida más sabrosa! Pan y pescado, en abundancia. Al cabo de un rato todos han saciado su apetito. ¡Hay de sobra! Había cinco mil varones, sin contar a las mujeres ni a los niños. Todos ellos han comido -hasta saciar el apetito- con cinco panes de cebada y dos pececillos. No nos extraña, pues, que la muchedumbre haya quedado impresionada de tan singular milagro.

Es cierto que en la historia de Israel no es el primer milagro de esta clase. Cuando Elías estuvo en Sarepta la harina y el aceite de la viuda no menguaron en aquél período de sequía y hambre. En Sarepta había comida para tres personas, pero en el caso de nuestro relato estamos frente a un milagro mucho más grande.

El Señor Jesús hace milagros en enfermos, endemoniados y otros desdichados, pero aquí tenemos un milagro en beneficio de los que están sanos de cuerpo.

Al final termina la comida; todo el mundo está harto, todos han comido, y aún hay de sobra. Pero Jesús no deja que nada se pierda y manda a los discípulos que recojan en cestos todo lo que resta. El precioso pan, tan nutritivo, no es dejado atrás para ser pisoteado.

Hoy por desgracia, hay muchos que tiran al cajón de la basura lo sobrante de las comidas. Esto, a la luz de lo que hemos visto más arriba, ha de calificarse de acto de impiedad que merece el castigo de Dios. Porque Dios no nos concede alimentos para que tiremos lo que sobra de nuestras comidas. Esa gente ya no se acuerda del hambre pasada durante las guerras ni de lo que pasan actualmente muchos pueblos del Tercer Mundo.

Jesús, que aplica normas muy distintas de las nuestras, manda recoger los restos de la comida, que era el producto de la multiplicación milagrosa de los panes de cebada y de los pececillos. Los discípulos vuelven a pasar por donde están sentados los vecinos de Capernaúm y alrededores, y al final traen

a Jesús doce cestas llenas; mucho más que los cinco panes y los pececillos que tenían al principio.

Maravillados los judíos miran a Jesús. Los ojos de la gente allí reunida revelan un profundo respeto hacia el Hijo de Dios; ellos han conocido la verdadera identidad del profeta de Nazaret. Han creído que Jesús es el Mesías y Rey prometido.

Un rey como este les conviene; si Jesús es proclamado Rey de Israel, el pueblo no pasará hambre. Una cosecha perdida ya no acarreará inmediatamente el hambre, porque el Rey tendría el poder necesario para sacarlos de apuros multiplicando los sacos restantes de trigo y cebada... Ellos mismos han sido testigos de lo ocurrido.

Pero Jesús no tarda en entender lo que ellos quieren hacer; quieren proclamarle Rey. Quieren armarse para una marcha histórica a Jerusalén en pos de Jesús, donde le coronarán Rey de Israel... Encabezados por Jesús se desembarazarían de los poderosos romanos, porque encabezados por Jesús serían ellos los vencedores. De este modo ahuyentarían a las legiones romanas con júbilo, gracias a la intervención de Jesús... Sus ojos brillan al pensar en la victoria y en el restablecimiento del Trono de David. Y caso de que Jesús no se muestre dispuesto a proclamarse rey, sería proclamado rey por la fuerza.

Pero Jesús sabe muy bien lo que pasa en sus mentes. Sabe que quieren hacerle rey por la fuerza. Jesús no va en busca de la gloria militar, ni del honor que sus compatriotas le quieren tributar. En vez de enorgullecerse, Jesús está muy triste. Triste, porque sabe que los judíos quieren un reino terrenal; un rey que, con fuerzas militares o sin ellas los libre del yugo romano. En vez de un Salvador, quieren un poderoso rey político. No quieren al Rey poderoso para salvarlos del poderío que el diablo ejerce sobre ellos. No quieren un Salvador capaz de liberarlos del poder del pecado. Porque no saben que Jesús dejó los cielos para desempeñar su divino ministerio en este mundo maldito, con el fin de salvar al mundo de la maldición.

Sabedor de todas estas cosas, Jesús da por finalizada la gran reunión al aire libre, y despide al pueblo. Aunque quisiesen proclamarle rey al instante, tiene que marcharse... No se atreven a desobedecer al Señor Jesús, que a continuación sube a la montaña solo, para estar en comunión con su Padre Celestial.

Capítulo 39

== JESÚS ANDA SOBRE EL MAR ==

Mateo 14:22-36

Marcos 6:45-56

Juan 6:16-21

Al anochecer una barca pesquera va atravesando el mar de Genesaret. Se ha puesto el sol y los discípulos del Señor Jesús, sentados en la barca, se encuentran muy tristes y descontentos. Es como si la oscuridad de la noche reinase en sus mentes.

¿Tristes y desconfiados?... ¿Por qué?... Los pobres acaban de experimentar una gran desilusión. En el capítulo anterior leímos el relato de la multiplicación milagrosa de los panes de cebada y de los pececillos, señal tan singular como maravillosa que indujo al pueblo agradecido a proclamar a Jesús rey de Israel.

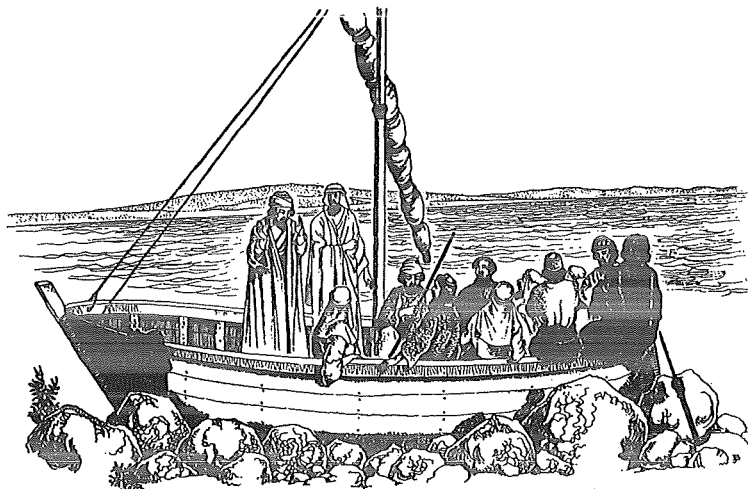
Los discípulos se han dado cuenta de ello e incluso han oído lo que los judíos decían entre ellos. Al ver a su Maestro aceptado a los ojos del pueblo, se habían puesto muy contentos y, como es natural, hubieran respaldado al pueblo en su intento de coronar a Jesús. Ellos figurarían como unos gallitos; los primeros en encargarse de la proclamación. Ellos, no cabe duda alguna, han sido los primeros seguidores de Jesús, por lo cual, una vez coronado Jesús, ocuparían los primeros puestos en el reino de Israel restablecido.

La impaciencia se apodera de sus mentes; ahora, según ellos, Jesús no tardaría en ocupar el trono vacante de David. Los discípulos tenían la ilusión de marchar pronto hacia Jerusalén, para ahuyentar al cruel Pilato y a los odiados soldados romanos.

Pero la ilusión no se desenvuelve como ellos habían pensado. Jesús pone fin a sus ilusiones al obligarlos a subir en la barca y atravesar el mar.

Al final los discípulos zarpan a regañadientes. No les conviene apartarse cuando, de un momento a otro, su Maestro puede ser proclamado rey de Israel. Por esta razón podemos imaginarnos su estado de ánimo.

Pero la Biblia dice que Jesús "hizo a sus discípulos entrar en la barca", lo que en realidad quiere decir que los obligaba a hacerlo. Sin querer oponerse a la orden del Maestro, suben en la barca y zarpan. A lo mejor vacilaron un poco antes de hacerse a la vela, esperando que, quizás Jesús volvería a llamarlos...



Los discípulos, obligados por Jesús a entrar en la barca vacilan en hacerse a la mar.

Pero la orden del Maestro es irrevocable y definitiva, por lo cual no se atreven a desobedecer. he aquí, pues, la razón de su tristeza y descontento.

Aquí tenemos un punto más donde el pensamiento de Dios es distinto al hombre. Dios no razona como razonamos nosotros. Ni los discípulos tampoco, tras vivir tanto tiempo con Jesús. Ellos no llegan a comprender por qué Jesús está malogrando tan excelente oportunidad de hacerse rey... Pero, si Jesús es el Mesías de Israel, ¿no sería su rey también?

Una lástima, sí, a los ojos de los que esperaban un reino terrenal. Los discípulos abrigaban esperanzas de ver la liberación de su nación por la intervención, quizás milagrosa, de Jesús. Ellos también creían que algún día Jesús se desharía de los romanos. Aún no habían comprendido el por qué de la venida de Cristo.

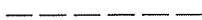
¡Pobres discípulos! Para comprenderlo, tendrán que aprender muchas cosas aún. Pero antes de comprender la divina lección, están desilusionados y ahora, en plena oscuridad de la noche, navegan hacia otro lugar. No sólo les incomoda la oscuridad, sino que también el viento es contrario. Por ello no pueden izar la vela, para no ser empujados hacia atrás. No hay más remedio, tienen que remar para avanzar. Se esfuerzan por alcanzar el otro lado del mar. El viento va haciéndose más y más impetuoso y las olas azotan la pequeña barca tan ligera que en vez de adelantar flota parada...

Por mucho que se esfuerzen por remar, los elementos son más fuertes que los hombres. En vez de avanzar, retroceden. Y el hombre, ante la sensación de la inutilidad de sus fuerzas, se acobarda. A la desilusión de verse obligados a zarpar por orden del Maestro se añade ahora el ímpetu de los elementos desencadenados.

Se habrán acordado del horror de la tempestad que se declaró mientras navegaban rumbo a Gadara. También estaban en peligro de muerte, pero entonces, por lo menos, Jesús estaba a bordo. Es cierto que Jesús dormía tan profundamente que no se despertó pese a la violencia de los elementos desencadena-

dos. En caso de peligro, por lo menos, los discípulos podían despertar al Maestro.

Pero ahora están solos, sin poder implorar la ayuda de Jesús. La ausencia de Jesús, en estas circunstancias, los vuelve temerosos. Porque el viento se hace cada vez más fuerte y las olas azotan impetuosamente la barquilla que está a punto de hundirse en plena oscuridad de la noche.



En aquella noche sombría, un hombre solitario está expuesto a los elementos desencadenados, allá en la montaña. Este hombre, ya lo sabemos, es el Señor Jesucristo, arrodillado en oración delante de Dios. Acaba de despedir a la muchedumbre excitada, y tras ordenar a sus discípulos zarpar, Jesús subió a la montaña en búsqueda de la soledad, en donde el Hijo, tras rechazar la proclamación para ascender al trono de David, se entrevistó con el Padre eterno y Rey de reyes.

El reinado terrenal de Israel no era el objeto del ministerio de Jesús, quien no quería erguirse en jefe político y militar para vencer a los romanos. La misión divina de Jesús era celestial y no terrenal. Antes de tener un libertador político, el pueblo necesita a un Salvador. Pero ¿quién, en Israel, buscaba la salvación, el perdón de sus muchos pecados? Muy pocos israelitas, porque casi nadie parecía pensar en sus propios pecados, ni en los del pueblo. Hacían caso omiso de la ira de Dios, provocada por sus pecados. No se daban cuenta de la fuerte opresión que Satanás ejercía en ellos a causa de la prevaricación del pueblo de Israel contra Dios, ya que, por no querer humillarse y arrepentirse ante Dios, Satanás logró apoderarse de sus mentes. La mayoría de ellos estaban espiritualmente ciegos, de modo que no tenían la más remota idea de la miseria en que vivían. Ellos sólo buscaban un reino terrenal, para vivir en sus deleites fuera de la ocupación militar y política de Roma, pero nadie pensaba en la salvación, ni en la vida eterna. El pueblo no buscaba la verdadera paz para con Dios; en sus corazones no cabía el Salvador.

Por ello Jesús rechazó la dignidad real en Israel. Es cierto que Jesús era poderoso para deshacerse de los romanos. Jesús tenía toda la potestad para librar a Israel de sus opresores. Pero Jesús se negó rotundamente a hacerlo. No era el objeto de su misión; para ello no había venido Jesús a este mundo.

Pero ahora Jesús está solo en las montañas. Por horas enteras permanece postrado en oración, para pedir al Padre celestial que le dé las fuerzas necesarias para enfrentar la amarga Pasión. Porque Jesús no sólo sufrió los dolores de la crucifixión, sino que todo el tiempo de su peregrinación en este mundo fue para El un continuo calvario lleno de amargura. Nadie le comprendía, ni siquiera sus propios discípulos. En su lucha estaba solo, sin auxilio por parte de nadie. Vino para pagar el precio del pecado vertiendo su propia sangre. No fue obligado a hacerlo. No lo hizo a regañadientes, sino voluntariamente, por amor hacia su pueblo.

Allá en la soledad más absoluta, Jesús ora por su Iglesia. Allí mismo ora por sus elegidos, no sólo por los de Israel, sino también por los gentiles que creerán en Dios por Jesucristo.

¿Es que Jesús ora también por nosotros? Así será si somos suyos. Ojalá que muchas veces oremos al Señor para que nos salve para hacernos hijos suyos. Recordemos que el Señor nos incita, diciendo: "Buscad al Señor mientras puede ser hallado."

Allí mismo ora por sus discípulos que están en peligro de muerte, en medio de la tempestad.

Terminada la oración, Jesús se levanta, porque sabe lo que pasa en los corazones y mentes de sus discípulos. Porque Jesús se compadece de los suyos. Por ser Hijo de Dios es omnisciente y conocedor de las angustias de los hombres y de nuestros pensamientos más secretos. Él sabe nuestras intenciones, buenas y malas. Pensemos un momento en el ojo de Dios que todo lo ve, porque pensando en el Dios que nos ve, dejaremos de cometer una multitud de pecados. La omnisciencia de Dios, para nosotros, puede ser un espanto, o una bendición.

¡He aquí, al Señor Jesús! Con sus ojos carnales Jesús no puede ver a sus discípulos, porque alrededor de El, todo está

envuelto en la oscuridad. Pero con sus ojos espirituales, divinos, lo ve todo. Los discípulos se creen solos, pensando que nadie los ve. Pero se equivocan.

El corazón de Jesús esta lleno de misericordia, y sabe cómo los discípulos se esfuerzan por hacer avanzar a la barca pesquera. Jesús acude en socorro de los atribulados, pero ¿podrá salvar a sus discípulos en pleno mar agitado por los vientos?

¿Hay algo imposible a los ojos del Señor? ¡Cierto que no!

Así, pues, desciende de la montaña para acercarse a la orilla y sin detenerse ni un momento, los pies de Jesús pisan la superficie de las aguas. Y Jesús por ser el hijo de Dios, vive por encima de las leyes de la naturaleza y va andando sobre el mar. Nuestro relato bíblico no sólo se refiere al andar sobre el agua como si fuera tierra firme, sino que también dice que Jesús andaba sobre el agua a despecho de la tempestad. Ante un milagro de esta clase a nosotros sólo nos resta estar silenciosos, llenos de admiración frente a la manifestación de la omnipotencia de Dios.

¡Volvamos a ver a los discípulos! Durante toda la noche han tratado de avanzar remando, pero en vez de adelantar flotan en mitad del mar. Está a punto de amanecer, pero los albores del nuevo día no parecen traer la calma. Las olas asaltan la barca..., hasta que de repente los discípulos se llevan un gran susto al ver una figura humana que viene acercándose a la barca. Como pasmados se agarran a la borda, mirando la extraña silueta de la figura que se acerca.

“¡Un fantasma!” -dicen los discípulos-, pero al instante Jesús les habla diciendo: “¡Tened ánimo, yo soy, no temáis!”

Fantasmas no quiere Jesús; El Señor no espanta a nadie. El diablo sí quiere espantarnos con fantasmas, de los cuales la literatura -medieval y moderna- está llena. El diablo se deleita en espantar a los seres humanos. El poder de Satanás es siempre negativo.

Al ver a sus discípulos espantados, Jesús no tarda en intervenir: "No, soy Yo!". Bendita tranquilidad; cuando Él está presente se disipan todas las dificultades. La propia presencia del Señor brinda consuelo, y los discípulos atribulados recobran ánimo.

El Maestro viene a visitar a los suyos cuando están acongojados. El Maestro no abandona a los suyos a la suerte, al hado, Jesús no es fatalista.

El primer discípulo que reacciona ante la aparición, es Pedro: "Señor, si eres Tú, manda que yo vaya a Ti sobre las aguas"

Pero ¿por qué esa pregunta? ¿Quiere hacer un ensayo también?...

¡No, no vayamos tan lejos...! Jesús está presente, y los discípulos se sienten seguros. Ahora todas las cosas son posibles. Pedro quiere estar en presencia de Jesús cuanto antes y cobra ánimo al ver a Jesús, porque los discípulos estaban a punto de ahogarse.

A distancia Jesús llama a Pedro: "¡Ven!".

Pedro no vacila en salir de la barca y... ¡Sí! Pedro anda sobre la superficie del agua también, porque cree en el poder que Jesús tiene para mantenerle firme sobre las aguas.

Pero en vez de mirar a Jesús. Pedro se fija en las furiosas olas. En vez de seguir confiando en Jesús, Pedro mira al impetuoso viento, y de repente tiene miedo y comienza a hundirse.

Y lo que Pedro temía ocurre ahora. Los elementos desencadenados parecen más fuertes que la fe de Pedro, aunque ya iba andando sobre el mar.

En su angustia Pedro grita: "¡Señor, Sálvame!" Pedro hará proezas de fe más tarde, pero de momento, Jesús extiende su fuerte mano para sacar a Pedro de las embravecidas aguas. - "¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?" Así Jesús reprocha a Pedro su falta de fe, como si quisiese decir: "¡Hombre!, ¿Por qué dudaste un sólo momento de mi poder? ¿Por qué tienes miedo, No ves que estoy contigo?".

Los dos se acercan a la barca, y suben a ella. Para Pedro habrá sido una lección. Se habrá avergonzado.

No termina aquí nuestra historia. Ocurre mucho más aún; en este momento preciso calma el viento. La tempestad no calma paulatinamente, sino que de un golpe todo queda tranquilo.

Esta es la segunda vez que las fuerzas de la naturaleza obedecen a la palabra que Jesús pronuncia con divina autoridad. Y una vez más los discípulos están impresionados al presenciándolo. Llenos de admiración dicen: "¡Verdaderamente eres Hijo de Dios!". Es esta la confesión de su fe en Jesús; se disipan la duda, la angustia y las congojas. De este modo es corroborada la fe vacilante.

Para ser apóstoles del Señor, testigos de las hazañas del Mesías, es preciso creer en Él sin reserva alguna. Para ello, conforme a las promesas dadas en el Antiguo Testamento. Jesús da a sus discípulos las pruebas de su mesiazgo, para demostrar que es en realidad el Hijo de David. Aunque las cosas se desenvuelvan de un modo distinto del que habían pensado, han comprendido una cosa que no deja lugar a dudas; Jesús es el Hijo de Dios.

Calmado el viento, no tardan en llegar al otro lado del mar; Juan, en su evangelio, dice que la barca llegó enseguida a la tierra donde iban.

De madrugada desembarcan, y al salir ellos de la barca, la gente reconoce a Jesús. Y de todas partes traen al Salvador enfermos acostados en lechos. El evangelista Marcos agrega que los enfermos rogaron a Jesús "que les dejase tocar siquiera el borde de su manto; y todos los que le tocaban quedaban sanos". No residía el poder de Jesús, en el manto, sino que lo tocaron creyendo que Jesús tenía poder para curarlos.

Por desgracia muchos creyeron en Él, sólo por haber presenciado los milagros que hacía. Sólo creían en el poder de Jesús para ser curados de sus enfermedades y dolencias, pero sin creer que Él era verdaderamente el Mesías y Salvador prometido. Carecían por completo de la fe para salvación.

El que no se sabe salvo por gracia, no es hijo de Dios, ni cristiano, por mucho que haya escuchado a los mejores predi-

cados del mundo, y experimentado quizás la curación de alguna enfermedad. Esto puede, en realidad, impresionarnos por cierto tiempo, pero Dios tiene que obrar en los corazones el querer como el hacer, según su beneplácito. La fe no es resultado de la educación cristiana, sino de la obra del Espíritu Santo en los corazones y en las mentes. Y el primer fruto de la referida obra es el arrepentimiento del hombre, de la mujer, del joven que se reconozca culpable delante de Dios. La respuesta de Dios será el perdón de los pecados en virtud de la obra expiatoria de Jesús en el Calvario.

Esta historia nos enseña algo muy importante. Nos enseña que podemos orar a Jesús para ayudarnos en todas las dificultades de nuestra vida. Él tiene poder para quitar dificultades que a nuestros ojos son insolucionables. El Señor nos da en su Santa Palabra muchas pruebas de su omnipotencia.

Pero hay que recordar que no nos basta si el Señor nos ayuda en una enfermedad o en un problema, aunque es una bendición muy grande y debemos agradecer al Señor su ayuda. Pero esta ayuda no nos salva de la ruina eterna.

Sólo la fe genuina nos salva por toda la eternidad. Orad al Señor con insistencia que obre en nosotros, por su Santo Espíritu, la fe genuina para ser hijos e hijas de Cristo.

Capítulo 40

¿QUERÉIS ACASO == IROS TAMBIÉN VOSOTROS? ==

S. Juan 6:22-71

Grande era la desilusión entre los judíos que habían participado de la alimentación milagrosa. Visto el poder infinito que Jesús desplegó allá en las montañas, el pueblo quería proclamar a Jesús rey de Israel. Y de no mostrarse dispuesto a asumir el reinado de Israel inmediatamente, la coronación se impondría a Jesús por la fuerza.... Pero... Jesús, según ellos pensaban, ha malogrado los más nobles intentos de sus compatriotas.

Jesús, tras despedir a la multitud, se fue lejos de ella al anochecer, para que ya no pudiesen buscarlo en el monte. Sin embargo muchos judíos habían dormido en las cercanías, esperando volver a encontrarle por la mañana. Todavía abrigaban esperanzas de que, tras rechazar el ofrecimiento de la dignidad real la noche anterior, consentiría en aceptarla al día siguiente. Sabían que Jesús había quedado atrás, tras obligar a sus discípulos a partir solos. No había en las cercanías, otras barquillas de modo que Jesús debía de permanecer en los contornos.

Pero cuando, al amanecer, van a buscarle por todo el monte, Jesús está fuera de su alcance, ¿Dónde, pues, ha ido Jesús?...

El que ha leído el capítulo anterior, ya lo sabe. Pero los judíos que habían dormido allí, no sabían que durante la noche Jesús había atravesado el mar andando sobre las aguas, a despecho de la tempestad. Algo muy insólito a los ojos del mundo pero para Dios nada es imposible.

Por ello los judíos estaban perplejos al no encontrar al Profeta de Nazaret allá en la montaña. Y tras buscar mucho tiempo en vano, los judíos se decidieron a cruzar el mar rumbo a Capernaúm, en unas barcas arribadas desde Tiberias. Porque ya que Jesús se les había escapado no valía la pena esperar más...

Llegados a Capernaúm, van a buscar a Jesús por todos los sitios, hasta que, al final, le encuentran en la sinagoga, y atónitos le preguntan: "Rabí, ¿cuándo llegaste acá?".

Pero Jesús no dice de que manera realizó el cruce del mar; no les dice que de manera maravillosa atravesó el mar andando sobre las aguas. Porque el Hijo de Dios sabe muy bien por qué le están buscando; Jesús sabe que no tienen el corazón sincero. Ellos buscan a Jesús por causa de los panes. Y el señor, preocupado por estos falsos pensamientos de la gente, les dice sin rodeos ni reparos:

"Vosotros me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis".

Aquellos judíos no precisan para nada a Jesús como Salvador; están llenos de la idea de un reino terrenal. Ellos quieren un rey que sea capaz de multiplicar panes.

"Trabajad" -agrega Jesús- "no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece". Como si el Señor quisiese decir: "No os bastará el pan ordinario y terrenal, que sólo llega a saciaros por poco tiempo. Ese pan perecerá y vosotros volveréis a tener hambre. El don de Dios, que es celestial, este sólo permanece".

Los judíos se extrañan al oír la respuesta de Jesús y no entienden nada en absoluto.

- "¿Qué, pues, tenemos que hacer?" - le preguntan.

Y la contestación de Jesús, es muy clara y contundente:

“Vosotros tenéis que creer en El que Dios envió”. Con esto Jesús quiere decir que los judíos tienen que creer en Jesús como en el Mesías prometido en el Antiguo Testamento.

“Vosotros tenéis que creer que he venido como el Salvador enviado por Dios Padre”

Sí, le aceptarían muy gustosos como rey, jefe político con toda las dignidades que quiera, pero en cuanto a creer en Él y en su mesiazgo, ¡eso nunca! Y descaradamente dicen: “¿Qué señal, pues, haces Tú para que veamos, y Te creamos? ¿Qué obras haces? Si eres el Hijo de Dios, ¡pruébalo!”.

Es espantosa aquella incredulidad. Se atreven a pedir una señal más, tras comer los panes de cebada y los pececillos multiplicados milagrosamente.

¡Peor aún! Se atreven a denigrar y ridiculizar el milagro de la multiplicación de los peces diciendo: “Nuestros padres comieron el maná en el desierto”.

Es como si quisiesen decir: “¡Vaya! Claro que comimos de tus panes, pero Moisés hizo una obra mayor que la tuya. Por cuarenta años Moisés dio el maná a nuestros antepasados, no una sola vez como Tú, sino por cuarenta años consecutivos. Como está escrito: Pan del cielo les dio a comer”

Con la referida declaración los judíos manifiestan no creer en Jesús. Además de mostrarse ingratos tras comer los alimentos milagrosamente multiplicados por Jesús, se muestran enemigos de Jesús cuando el Señor se refiere a su divina descendencia, al declarar, que Dios es su Padre.

Jesús, muy tranquilo, les contesta: “No os dio Moisés el pan del cielo, más mi Padre os da el verdadero pan del cielo” No cabe aquí el referirnos a todo lo que Jesús dijo a los vecinos de Capernaúm, pero lo importante, en este sentido, es que Jesús se refiere a otro pan que descendió del cielo.

Al final de la conversación Jesús declara: “Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y

el pan que Yo daré es mi carne, la cual Yo daré por la vida del mundo”

Ahora desencadena la contienda entre los judíos que empiezan a burlarse de Jesús. Lo que El dice aquí no lo entienden, ni tampoco lo creen.

“¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? ¡Es una barbaridad!” así razonan los que querían coronar a Jesús por la fuerza.

“Aunque no lo entendáis, es cierto, sin embargo, que mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida”. Al decirlo el Señor se refiere al misterio de la salvación, y que, para adquirírnosla tiene que morir por nosotros en el madero.

Peró en lo concerniente a la expiación el hombre de la antigüedad no era mejor que el moderno: al hombre natural le molesta cualquier referencia a la muerte expiatoria, por estar en pugna con la ética filosófica y religiosa.

Dichas estas cosas, los primeros judíos se apartan encogiéndose de hombros. La multitud ya no quiere estar con El. Por mucho tiempo había seguido a Jesús para acompañarle hasta los más remotos pueblos y aldeas de Galilea. Habían ido a verle para entrevistarse con El cuándo tenían un rato libre para conversar con ellos. Habían presenciado muchos milagros y señales, incluso habían oído su predicación, pero ahora... ¡todos se apartan de Él! Sus palabras escandalizan. Por mucho que Jesús hiciese por ellos, en la hora decisiva le abandonan.

Porque todas las palabras del Señor son interpretadas a la manera humana, material y terrenal. ¿Cómo podremos comer su carne y beber su sangre literalmente? El sentido literal está excluido. Lo encuentran una barbaridad, una necedad y se apartan de Él.

El que tenga los más mínimos conocimientos de la Palabra de Dios, comprenderá que Jesús no quiso decir eso. Y ahora, antes de terminar éste capítulo, que marca también el fin del presente opúsculo, pasamos a aclarar el significado bíblico de las palabras de Jesús. Al referirse a su cuerpo y sangre, califi-

cándolos de comida y bebida para el creyente, Jesús se refiere a la Cruz del Calvario, donde verterá su sangre en rescate del pueblo de Dios, para el perdón de sus pecados. La expiación cruenta que nos libra de la ira de Dios, con tal de que nos la apropiemos a nosotros. Por la caída de Adán nos hemos constituido culpables delante de Dios, y reos del justo juicio de Dios. Todos los que en verdad creen, no perecerán sino heredarán vida la eterna, gracias a la herencia que Cristo adquirió. Salvos por gracia, cantarán a la gloria y honra de Dios en los cielos más excelsos.

El Señor Jesucristo, en su discurso, quiere decir en realidad: "¡Oh judíos, pueblo mío, creed que he venido para padecer y morir por el pecado, Yo sacrificaré mi carne y mi sangre por los pecadores perdidos!".

Pero hacen caso omiso de la más solemne advertencia del Señor Jesús. Se oponen a ella y se van... Abandonan al que habían seguido.

Ahora el Señor Jesús está solo. ¿Solo? ¡No! Los doce discípulos han permanecido a su lado. Ellos no le han abandonado. De repente el Señor Jesús les dice: "¿Queréis acaso irnos también vosotros?" A lo cual Pedro responde espontáneamente: "Señor, ¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente".

A esa pregunta del Maestro, Pedro siente que sin Jesús no puede vivir; quiere y ama de todo corazón a su Maestro. No puede apartarse de Él, porque fuera de Jesús ya no tiene nada en este mundo. De ahí tan terminante declaración por parte de Pedro.

Al proclamar su confesión de fe, Pedro piensa que los demás discípulos coinciden con él. Pedro supone que los otros también creen que Jesucristo es el Hijo de Dios. Pero, por desgracia Pedro se equivoca. Porque en el círculo de los discípulos hay uno que no dice nada y en cuyos ojos no resplandece el amor hacia el Maestro. Ese único también se extrañó al oír las palabras incomprensibles del Señor Jesucristo. Sin embargo,

ese único no se apartó... Y ¿por qué no?... Porque sigue abrigando esperanzas de que se produzca algún cambio. Pero su corazón está lleno de maldad, odio y resentimiento. Pedro lo ignora, pero Jesús lo sabe. Porque el Hijo de Dios escudriña el corazón del hombre.

A continuación Jesús dice: "Yo escogí a doce discípulos, ¿verdad? Sin embargo uno de los doce es diablo, que está entre vosotros, que nos sigue con un corazón falso."

En ese momento los discípulos no lo entienden; más tarde sí lo entenderán. Porque Jesús será traicionado por uno de los doce. De esto hablaremos más adelante, en el relato de la Pasión de Jesucristo.

Este relato se refiere a una tragedia humana: Los judíos que antes simpatizaban con Jesús, ahora le abandonan. Es trágico porque en toda la provincia de Galilea Jesús había sanado a muchísimos enfermos, y su predicación iba acompañada de todas las señales predichas por el profeta Isaías:

"Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos
Y los oídos de los sordos se abrirán.
Entonces el cojo saltará como un ciervo,
y cantará la lengua del mudo". (Isaías 35:5,6)

Los fariseos odiaban a Jesús y procuraban matarle. Y ahora el propio pueblo, que antes estaba pendiente de sus labios, le vuelve la espalda. ¡Buena noticia para los fariseos, la del rechazamiento de Jesús por el pueblo!

Pero no ha sido vana la predicación de Jesús. El Señor ha ido sembrando en los corazones de la gente, sin distinción de clases sociales. La mayoría abandona a Jesús, pero no todos.

En nuestros días ocurre lo mismo. Viven millones de gente en nuestro país, pero la mayoría no se preocupa por Dios, ni por las cosas divinas. Se burlan de las verdades eternas.

Queridos lectores, ¿Qué hacéis vosotros? Muchos jóvenes y adultos ya no quieren escuchar lo que el Señor Jesús nos enseña. Antes escuchaban las amonestaciones de sus padres, de amigos, de un pastor. Pero ahora se van. Ojalá que no sea

así con vosotros. Que Dios os guarde de un mal tal grande.
Recordemos esta verdad solemne escrita en la Biblia:

“Dios no puede ser burlado.” (Gálatas 6:7)

Capítulo 41

LA MUJER CANANEA

Mateo 15: 1-21

Marcos 7:1-24

En el capítulo precedente, al final de nuestro relato sobre la multiplicación de los panes, leímos cómo Jesús escapó de las manos del pueblo que estaba a punto de proclamarle rey de Israel por la fuerza. El relato terminó más bien con una nota negativa, que marcó un jalón en la historia de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo: el pueblo que antes estaba pendiente de sus labios, de repente volvió las espaldas al Señor. El pueblo judío de la antigüedad no sentía la necesidad de que un Salvador lo salvase de la potestad del pecado, de la enfermedad y del diablo, sino que quiso tener un rey que fuese capaz de libertarlos del yugo romano.

El que escudriña las escrituras se da cuenta de que el reinado de Jesús no fue terrenal, para un mundo visible. Jesús, en cuanto a su carne, descendía de David y de Salomón. Pero el ministerio de Jesús abarcó un aspecto más: el de Sumo Sacerdote. Por no haber sido descendiente de Leví e hijo de sacerdote, Jesús no tenía acceso al sacerdocio en Israel, ni al servicio del Templo en Jerusalén.

Según esto, el reinado y sacerdocio de Jesús fue de otro orden espiritual, muy por encima de lo que vemos y palpamos.

Más tarde Jesús dirá a Poncio Pilato: "Mi Reino no es de este mundo..." -¿De qué mundo pues?- Del mundo celestial, del Reino de los Cielos, del Reino de Dios.

Y es a ese Reino celestial de Dios, al que Jesús quiere introducirnos en los pasajes aludidos de los evangelios según S. Mateo y S. Marcos.

En ellos leemos que Jesús, acompañado por sus discípulos, llegó a Sarepta, en donde, muchos siglos antes, había vivido el profeta Elías en casa de una viuda. Jesús fue a desempeñar su ministerio en Fenicia, donde vivían israelitas desterrados desde hacía siglos. Los discípulos no se sentían muy alegres en aquella tierra extraña, y siguieron a Jesús acongojados, porque en Israel todo iba mal. En su propia tierra tanto Jesús como sus discípulos fueron perseguidos, sobre todo en Judá, debido al odio tozudo que los fariseos y escribas Le profesaban. Si a pesar de todo Jesús se atrevía a pisar su propia tierra natal, se exponía a un continuo peligro de muerte. En Galilea, sí, podía moverse el Señor algo más libremente, porque los galileos por algún tiempo estaban pendientes de sus labios, maravillados de los milagros y señales que hacía en presencia del pueblo. Pero también los propios galileos se apartaron de Jesús, máxime cuando los fariseos y escribas venidos desde Judea azuzan al pueblo contra Él.

En tal situación Jesús ya no pudo obrar en Israel y en compañía de sus discípulos se dispuso a caminar por los parajes de Tiro y de Sidón, en donde los paganos, por lo menos, le dejaron tranquilo.

Mateo 15:22-28

Marcos 7: 25-30

Pero aún en tierra extraña no pasan desapercibidos. De pronto, oyen una voz de mujer acongojada. Su acento es monótono y revela un profundo pesar en la persona que está cla-

mando "¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí!" "Mi hija es gravemente atormentada por un demonio..."

Pero, ¿por qué conducto se enteró de quién era Jesús? ¿Quién se lo había dicho...? ¿Quién es esa mujer?

Es griega, sirofenicia de nación, pagana. Unos opinan que era una viuda que vivía sola con su hija. La Biblia no nos facilita ese detalle. Lo único que sabemos es que tenía una hija, pero que, por desgracia, la muchacha estaba enferma. Peor aún, atormentada por un demonio. En otros términos, el espíritu inmundo se apoderó por completo de la muchacha. En vez de ser útil a la madre, la madre estaba obligada a vigilarla de continuo. Lo más terrible que pueda ocurrir en la vida de una madre, es saber que su hija es atormentada día tras día, sin que se encuentre un remedio adecuado para curarla. La pobre mujer acudió a los dioses de su pueblo en busca de ayuda, pero en vano, habrá implorado la ayuda de los ídolos venerados en su tierra, cuyos sacerdotes no pudieron curar a la muchacha. No había pues nadie en Tiro, ni en Sidón, que tuviese poder para intervenir. La pobre madre había vertido abundantes lágrimas, no cabe duda alguna. Impotente frente a la desdicha de su hija, se vio obligada a abandonarla a la rabia del espíritu infernal. ¿No hay más remedio sino el de abandonarla a las garras del maligno que, sin piedad alguna, hiere a quien pueda?

Desde hace algún tiempo la fama del gran Profeta de Nazaret se había difundido también en la región de Tiro y Fenicia. Sin duda alguna la mujer cananita se ha enterado de los rumores al respecto, pero ¿qué hacer? -Jesús de Nazaret predica en Galilea, fuera de su patria. Galilea es provincia palestina que no tiene nada que ver con Fenicia. Pero la pobre mujer también se entera del poder de Jesús para sanar a los enfermos de cualquier dolencia que sufran, y de que el gran Profeta incluso libró a los endemoniados... Ante la palabra pronunciada por Jesús con autoridad divina, huyeron los espíritus inmundos. He aquí los informes que le son facilitados. El corazón de la mujer se llena de respeto y profunda veneración al enterarse de que nada era imposible a Jesús.

Incluso los paganos sabían que algún día se levantaría un Rey poderoso en Israel, el Mesías. La mujer cananea de nuestro relato se había cerciorado del asunto. Cada vez estaba más convencida de que Jesús de Nazaret era en realidad ese gran Profeta y Mesías, Rey de Israel e Hijo de David.

Pero, por desgracia, aquel Mesías era Rey de Israel y no de Fenicia, y por ser cananea pertenecía a una nación enemiga en Israel. Nuestra pobre mujer se da cuenta de que en virtud de ninguna ley natural o política, puede implorar la ayuda del Rey de Israel.

Pero un día acierta a oír que el poderoso profeta está en su tierra. Sabe que, en sí, no es digna de acercarse al Profeta, pero empujada por el dolor de ver a su hija en tan miserable condición, decide ir a ver a Jesús. Para entrevistarse con el Profeta, único remedio que le resta, tiene que dejar en casa a la hija atormentada. El primer paso hacia Jesús requiere por parte suya un acto de fe, el de dejar a la muchacha sola. No duda ni un momento de la eficacia de la intervención de Jesús, ni del poder que tiene de vencer los demonios; la única cosa que no sabe es si el Señor estará dispuesto a ayudarla.

No es nada fácil decidirse a acercarse a tan alto Personaje para presentarle una súplica, máxime cuando es extranjero y, quizás, no de fácil trato. Pero no puede resistir más, y al final la pobre madre acongojada llega a donde está Jesús.

Al verle, aún a distancia, sólo clama diciendo estas pocas palabras: "¡Señor, Hijo de David...!" No son tan solamente palabras que salen de los labios de una mujer, sino que constituyen un verdadero acto de fe. Porque lo que dice lo cree con todo su corazón. Y así sigue clamando mientras Jesús va caminando por aquélla región. Pero por mucho que clame, es como si el Señor no la oyese. Sin juzgarla digna de una sola palabra, Jesús sigue andando. Por lo visto, la deja clamar sin interesarse por lo que la pobre mujer quiere decirle.

Pero la mujer insiste. Sin desalentarse, sigue clamando como una mendiga.

Los discípulos se inquietan, porque de esta manera los habitantes de la región conocerán su identidad. Al contrario quieren guardar el incógnito.

“¡Maestro! -dicen al Señor Jesús-, despídela, pues da voces tras nosotros”. Como si quisieran decir: “Despídela o ayúdala, pero por lo menos haz como Te parezca para que nos deje tranquilos...”

El Señor contesta contundentemente: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”. Eso no deja lugar a dudas, porque Jesús dice que su misión divina consiste en llamar y salvar a los hijos de Israel exclusivamente, y que a los israelitas les dará todo lo que le pidan. Por ello, ¿qué tiene que hacer con aquella mujer pagana?

Por lo visto, Jesús desatiende a la pobre madre, sin prestar atención a lo que ella le dice. Sin responderle palabra, Jesús sigue caminando, hasta que al final se dispone a entrar en una casa con sus discípulos. El evangelista Marcos se refiere a esa casa sin decir cuál era. Habrá sido un hostal para forasteros.

“Menos mal que al entrar en la casa podemos deshacernos de esa mujer intrusa...” Así habrán pensado los discípulos ¡Menudo susto se habrán llevado al ver que la mujer está presente también! Ella no se ha desalentado, sino que ha seguido en pos de los forasteros.

Y por mucho que hasta entonces el Señor no haya prestado atención a los gritos de la mujer, no le ha dicho tampoco que se vaya. Hasta entonces el Señor Jesús no le ha dicho nada, y mientras el Señor no dice nada, la mujer no se considera rechazada.

Con palpitaciones violentas del corazón, la pobre mujer se acerca ahora al Forastero, a quién llama Mesías de Israel, Hijo de David, e hincándose de rodillas delante de Jesús, dice: “¡Socórreme, Señor!”

¡Cuántas lágrimas habrá vertido antes de poder pronunciar esta súplica! Pero no puede volver a casa, porque si vuelve desatendida, ya no habrá esperanzas para su hija. Si Jesús no la sana, nadie podrá hacerlo.

Entonces Jesús la mira diciendo: "Pero, mujer, no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos..."

¿Qué quiere decir el Señor Jesús? Cabe decir, entre paréntesis, que los judíos tildaban de perros a los paganos. El perro, en Canaán, es considerado un animal impuro. ¿Es que en nuestro relato el Señor tilda de perra a la mujer cananea, por ser pagana? No es eso lo que dice el texto bíblico: Jesús dice que no es conveniente echar el pan a "los perrillos". Jesús no menosprecia a la mujer, sino que quiere probarla, por ser ella de origen pagano. Al decirlo Jesús quiere decir: "Pero, mujer, tú eres pagana, mientras Yo vine para mi propio pueblo, el pueblo de Israel, los judíos... Entonces, ¿qué puedo hacer por ti?"

Y ¿qué le contesta la mujer cananea...? ¿Se enfada porque al referirse a su nación, el Señor habla de "perrillos..."? ¿Se va llena de tristeza, pensando que para su hija no había solución...?

¡Ni en lo más mínimo! La cananea se reconoce pagana y ajena a las promesas dadas a Israel, natural de una raza de "perrillos" no herederos de las promesas.

Sin embargo..., la mujer contesta: "Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos..." Como si quisiese decir que no le faltaba más que una migaja de gracia. "Con una migaja hay bastante para salvar a mi hija..."

La contestación tan inesperada de la mujer cananea es humillante para los judíos. Jesús había dicho a los judíos: "Yo soy el pan que descendió del cielo, para que el que de él coma no muera" (Juan 6:50). El pueblo israelita, sin embargo, a quien fue destinado este pan del cielo, lo menospreció y, encogiéndose de hombros, volvieron hacia atrás, menospreciando el Pan divino, el Pan espiritual que el Señor dispensa liberalmente en el Reino de los cielos. Los Judíos desecharon al Mesías. En vez de creer en Él, se escandalizaron del que les fue prometido en el Antiguo Testamento.

Y aquí, en este relato, la mujer cananea no pide un pan entero, sino que se contenta con una migaja del Pan celestial.

La mujer pagana no es orgullosa; ella desde el principio se considera una persona que no tiene derecho a nada.

Jesús, maravillado, contesta; "¡Oh, mujer, grande es tu fe, hágase contigo como quieres!"

Jesús se maravilla de la fe tan grande que una mujer pagana Le profesa. En todo Israel el Señor no había encontrado una fe tan grande.

Tras estar en presencia del Señor Todopoderoso, la mujer antes acongojada vuelve a su casa dando voces de júbilo. Así por lo menos nos lo imaginamos. Tras oír la palabra de autoridad pronunciada por Jesús, la mujer se va en paz sin pedir que Jesús la acompañe. La cananea da crédito a la palabra de Jesús. Creer en el Señor de este modo equivale a honrarle, y en creyentes de esta clase, Dios se deleita.

Acompañemos a nuestra cananea en su camino de regreso a su casa, en donde entra y ve a su hija acostada en la cama. ¿No es, pues, cierto lo que dijo Jesús? Leamos la versión del evangelista Marcos:

"Y cuando llegó ella a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama".

La muchacha estaba sana. El demonio tuvo que salir de ella. Porque el Señor Jesús, Rey de reyes, ordenó a Satanás que saliese de ella y que no volviese a atormentarla más. Hay quienes opinan que el diablo, al dejarla, trato de causarle daño y matarla. Es muy probable, porque sabemos que el diablo ha sido homicida desde el principio (Juan 8:44). Es probable también que por vez primera desde hacía mucho tiempo, la muchacha haya descansado bien. En todo caso, la madre acongojada vio el resultado de su fe cuando, por autoridad divina, Jesús le dijo: "Por esta palabra, ve; el demonio ha salido de tu hija..."

Como consecuencia de la incredulidad de los judíos. Jesús se vio obligado a retirarse de Galilea y de Judea. Así el pueblo judío se privó a sí mismo del beneficio de la obra del Mesías.

En cambio, Jesús pudo atender al ruego de una mujer pagana. Y es que los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros. Que este acontecimiento de la Historia Sagrada nos sirva de advertencia.

Ojalá que no nos privemos de nuestros privilegios. Que no despreciemos los medios de gracia. Que nunca faltemos sin razón a los cultos. Es posible que un día a causa de nuestra indiferencia, quite de entre nosotros su Santa Palabra y nos prive de la posibilidad de asistir a un culto. Oremos con fervor que Dios bendiga en nuestros corazones la lectura de la biblia y la predicación de su Palabra.

Capítulo 42

==== JESÚS EN DECÁPOLIS ====

Marcos 7: 31-37

Lucas 11: 14-15

Tras librar de un demonio a la hija de la mujer cananea Jesús no pudo permanecer por más tiempo en la región de Tiro y Sidón. Porque la noticia del milagro no tardaría en divulgarse por todo el país. Por ello el Señor salió de dicha región para ir a Decápolis, región situada al este del mar de Galilea.

La región de Decápolis es muy montañosa, llena de comarcas estériles y desiertas, es decir, despobladas. Algunas laderas están cubiertas de hierba para el ganado.

Ahora el Señor Jesús va caminando hacia Decápolis, acompañado de sus discípulos. Pero por mucho que quieran guardar el incógnito, cierta gente parece haber reconocido a Jesús con sus discípulos. Porque grandes multitudes de gente acuden a Jesús para escucharle. Pero ¿cómo pueden reconocerlo tan prontamente? Recordemos el capítulo 34 de nuestra Historia Bíblica para la Juventud, el cual relata la liberación del endemoniado gadareno. Allá en Gadara los demonios entraron en los cerdos, y toda la piara se precipitó por un despeñadero al lago, donde se ahogó. Entonces los vecinos de Gadara insistieron en que Jesús saliese de esa región. Jesús se fue con sus discípulos, pero al hombre librado de la legión de demo-

nios no le permitió que entrase en la barca. En cambio, Jesús le dio el encargo de decir en la ciudad cuán grandes obras de Dios fueron hechas por él.

El gadareno obedeció a Jesús. Así lo leemos en Marcos 5:20: "Y se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él"

En la provincia de Decápolis la gente le escuchó detenidamente, y dieron crédito a su testimonio. No se burlaban de él, sino "Todos se maravillaban", según nos dice el referido texto de la Palabra de Dios.

El vecindario de Decápolis supo, pues, que Jesús había estado antes en la región. Todo el mundo supo también quién era aquel hombre. Antes solía alborotar toda la región, pero ahora predicaba el evangelio de la liberación de los presos atormentados por el diablo. Lo que les decía aquel hombre no era mentira, sino la pura verdad. Todo el mundo pudo convencerse de lo ocurrido.

Tras oír el testimonio del que fue librado, y tras convencerse de que él mismo trajo la prueba más evidente de la liberación por ese mismo Profeta poderoso, la gente quiso ver y oír a Jesús. Así, pues, las multitudes acuden de todos los pueblos y aldeas de la región.

Como de costumbre, Jesús sube a una montaña, donde se sentará para predicar el Evangelio.

De pronto traen a Jesús un pobre desdichado, sordo y tartamudo. En Lucas 11:14 leemos que Jesús echó fuera un demonio que era mudo. Los que creyeron al gadareno, ahora creen que Jesús puede librar también a su amigo sordo, que no podía expresarse en lenguaje inteligible.

Jesús ve al sordo y tartamudo que Le trajeron, y lo toma aparte de la gente. Los habitantes de Decápolis, repitámoslo, tenían fe en Jesús. Por ello rogaron al Señor que le pusiera la mano encima. Pero ¿por qué Jesús se levanta para tomar al enfermo aparte de la gente? Es que Jesús no hace alarde de su poder divino; por ello no quiere sanar al enfermo en presencia de la gente. Porque los espectadores fácilmente podrían creer

en Jesús, a causa de los milagros que presencian. Al lado de las bendiciones materiales, el Señor dispensa bendiciones espirituales en las regiones celestiales. Por su muerte expiatoria Jesús iba a adquirir la plena salvación. El Señor Jesús quiere subrayar que las bendiciones espirituales sobrepasan a las bendiciones materiales.

Tras tomar aparte al desdichado, Jesús mete los dedos en las orejas de él, y escupiendo, toca la lengua del enfermo. Pero ¿por qué todos estos gestos y ademanes? En muchos casos bastó con pronunciar una sola palabra para cumplir la obra de sanidad o liberación. Pero esta vez presenciamos un caso especial. Si Jesús hubiera dirigido la palabra al sordo, el enfermo no le habría comprendido. Además, el enfermo era mudo, de modo que no hubiera podido hablar con Jesús. Pero ahora los gestos de Jesús indicaban que algo iba a suceder. Y al considerar los gestos, el enfermo pudo darse cuenta de que Jesús era perfectamente capaz de sanarle de su doble enfermedad.

En la Palabra de Dios leemos una cosa importante más; el Señor levantó los ojos al cielo, gimió y dijo al enfermo; “¡Efata!”, es decir: “¡Sé abierto!”. Al levantar los ojos al cielo, Jesús oró al Padre celestial. Pero Jesús gimió también al ver tanta miseria humana como consecuencia de los pecados. ¡Tengámoslo presente!

Al final el Señor Jesús pronuncia la palabra libertadora diciendo: “¡Efata!” Palabra aramea que, como acabamos de ver, quiere decir: “¡Sé abierto!”

Al instante las orejas sordas se abren y se desata la ligadura de la lengua, de modo que el sordomudo oye y habla... ¡Qué maravilla! Es, en efecto, un doble milagro. Jesús habla con autoridad, y desaparecen todas las dolencias y enfermedades.

A continuación, Jesús vuelve al pueblo, acompañado por el que acaba de curarse, pero por mucho que Jesús mande a sus oyentes que no digan nada a nadie,, lo divulgarán más y más. Porque los hechos de Jesús son tan extraordinarios que los que presencian los milagros y señales del Hijo de Dios no pueden

guardar silencio. Véase Marcos 7:36, donde dice: "pero cuanto más les mandaba, tanto más y más lo divulgaban."

Mateo 15: 29-38

Marcos 8:1-9

Cada vez son más numerosas las multitudes que se reúnen para escuchar a Jesús. No vienen sólo los sanos de cuerpo, sino que ellos traen consigo familiares, amigos y vecinos cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos para ponerlos a los pies de Jesús. Llenos de esperanza acuden al Señor, y El los sana a todos sin hacer distinción. Casi no podemos imaginarnos el gozo y la alegría del pueblo.

Las multitudes se maravillan al ver tantas señales milagrosas. Los mudos hablan, los paralíticos se levantan y andan, los cojos tiran las muletas porque ya no tienen necesidad de ellas, los ciegos ven y nadie tiene que conducirlos por las calles. Miles y miles de personas allí congregadas alaban al Dios de Israel.

Además, Jesús predica a las multitudes. La Palabra de Dios no dice que el Señor haya hecho uso de parábolas. En aquellos lugares apartados quizás no era necesario, porque no había allí fariseos y escribas capaces de burlarse de las palabras de Jesús. Ciertos autores dicen que en aquella región la gente era ignorante. Por ello el Señor habla en términos muy claros y sencillos, para que todos lo entiendan. Porque de otro modo no hubieran comprendido la predicación del Señor.

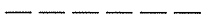
El tiempo pasa. Hora tras hora, las multitudes están pendientes de los labios de Jesús. Palabras amenas, pero cargadas de poder divino, salen de su boca, y la gente no se aburre. En nuestros cultos, por desgracia, es todo lo contrario. Mucha gente, sobre todo los jóvenes con impaciencia esperan que el predicador diga amén. Y al salir de la iglesia muchos se muestran descontentos porque a su parecer el culto duraba demasiado tiempo.

Pero allá, en Decápolis, la gente no se impacienta. No quieren apartarse del lugar donde Jesús predica. Al anochecer, ni siquiera piensan en volver a casa. Los oyentes se acuestan a campo raso; allí puede uno extenderse tranquilamente sobre la hierba verde, porque hace mucho calor en Tierra Santa, por los menos durante los meses de verano.

A la madrugada vuelven a reunirse alrededor del Señor. Sin aburrirse, vuelven a escuchar su predicación. Al anochecer no piensan en volver a casa y vuelven a acostarse en el duro suelo. Incluso el tercer día no quieren apartarse de Jesús. ¡Qué ejemplo más humillante para nosotros! Ellos no piensan en sus casas, ni en su trabajo...

Pero al cabo del tercer día la mayoría de ellos han consumido sus vituallas. Hasta ahora nadie ha tenido hambre ni sed, porque por la predicación del Señor lo han olvidado todo. El Señor Jesús, en cambio, sabe que muchos desmayarían en el camino, caso de que los despidiera en ayunas. De momento no se dan cuenta de nada, pero más tarde tendrán un hambre feroz. En realidad muchos tienen varias horas de marcha antes de llegar a casa.

Gastadas todas sus vituallas, Jesús tiene compasión de la gente y quiere alimentarla antes de despedirla. ¿Alimentarla en aquel desierto solitario? Una vez más, nosotros nos veríamos incapaces, pero nada es imposible para Dios.



Al cabo del tercer día, el Señor Jesús da por finalizada su predicación y llama a sus discípulos para decirles: "Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino".

Los discípulos miran al maestro con gran asombro. Ellos no entienden lo que Jesús les quiere decir. ¿Se habrán olvidado de la otra alimentación milagrosa? Lo que no piensan es que Jesús va a repetir tan sublime señal. Por ello contestan: "¿De

donde tenemos nosotros tantos panes en el desierto, para saciar a una multitud tan grande?"

En tal situación no hay recursos naturales para alimentar a tanta gente. No cabe duda alguna.

Pero Jesús pregunta: "¿Cuántos panes tenéis?" "Siete -Le contestan-, y unos pocos pececillos". "¿Y entonces?" ¡Mirad cómo Jesús manda a la multitud que se recueste en tierra! Con gran sorpresa, la numerosa multitud se sienta en la hierba verde.

A continuación, el Señor se levanta, bendice los alimentos y comienza a repartir panes. Una vez más, los discípulos llevan inmensos cestos de pan y distribuyen los abundantes y sabrosos alimentos. Los pocos pececillos se reparten también. ¡Qué comida más sabrosa y nutritiva; pan y pescado!

La multitud hambrienta se pone a comer. Los alimentos son tan abundantes que nadie tiene que ir a casa hambriento. Después de la segunda multiplicación de pan sobran pedazos, de modo que los discípulos los recogen con esmero. Nada se tira. ¡Qué lección más elocuente para nosotros que no tenemos ningún reparo en tirar ciertos alimentos!

Tras recoger todos los pedazos sobrantes, los discípulos se dan cuenta de que han sido llenadas siete canastas. Se saciaron en aquél día cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. Al final, Jesús despide a la multitud. En el evangelio según S. Marcos leemos que sin tardanza Jesús entró en una barca con sus discípulos para zarpar. Sin tardanza. ¿Por qué...? Es probable que aquella gente quisiera proclamarle rey también. La Biblia no dice nada al respecto,

Capítulo 43

¿QUIÉN DICEN LOS HOMBRES QUE SOY YO?

Mateo 16: 1-12

Marcos 8: 11-21

“Si en realidad eres el Mesías, pues dilo... ¡Haz, pues, algún milagro o muéstranos señal del cielo!”

He aquí a los fariseos soberbios y orgullosos y los saduceos racionalistas, las miradas llenas de envidia y escarnio dirigidas hacia donde está el Señor Jesús, que acaba de llegar en compañía de sus discípulos. En Decápolis alimentó a cuatro mil hombres con pan y pescado, así como a las mujeres y los niños que trajeron. A continuación atravesó el lago en una barca pesquera. Pero a su llegada, los fariseos y saduceos le esperan...

“¡Danos señal del cielo!” En espera de su contestación, Le miran con descaro. Ellos piden señal. Ellos no piden la sanidad de un paralítico, de un ciego o de un mudo. No, porque muchas veces han visto a Jesús sanando enfermos. Eso ya nos les interesa tanto, pero, a pesar de todos los milagros presenciados, no están convencidos del mesiazgo de Jesús. Ahora piden señal del cielo.

¿Qué contestará el Señor Jesús...? ¿Hará bajar fuego del cielo como Elías...? ¿Llamará a las santas miríadas de ángeles...? Por ser Hijo de Dios podría hacerlo, no cabe duda alguna, porque dispone libremente del cielo y de la tierra. ¿Se justificará Jesús?

He aquí al Señor Jesús. Al enterarse del desafío de los impíos, respira. Respira al darse cuenta nuevamente de su malicia y de su corazón lleno de amargura y rapiña. Al final Jesús contesta. Pero no como ellos hubieran pensado. "Vosotros no tendréis otra señal sino la de Jonás, el profeta..." Jonás fue echado al mar. Y ¿por qué...? Porque por encargo de Dios tuvo que ir a predicar a Nínive, para que no cayese sobre la ciudad el juicio de Dios. Pero Jonás no quiso hacerlo. Por ello se embarcó rumbo al occidente con destino a Tarsis. Pero no tenía que predicar en Tarsis, sino en Nínive: por ello toda la tragedia de la tempestad en el Mediterráneo, con la subsiguiente señal de que Jonás tuvo que permanecer tres días en el vientre de un gran pez que Dios dispuso para que tragase al profeta en medio de las aguas impetuosas del mar. Del mismo modo, el Señor Jesús -aunque no por desobediencia suya- pasará tres días y tres noches en el seno de la tierra, el sepulcro.

Pero los fariseos y saduceos no se contentan con esa señal. Ellos quieren algo más espectacular, una señal del cielo. Pero Jesús no les da señal alguna. El Señor no se deja engañar, ni siquiera por los jefes religiosos de su nación.

Además, Jesús no tiene ganas de conversar más con aquellos jefes religiosos tan malos e impíos. El Maestro vuelve a la barca para zarpar, juntamente con sus discípulos. Desde la orilla del lago, los enemigos tan acendradamente religiosos miran a Jesús con odio tozudo. No hay remedio ni tratamiento alguno para cambiar la mente de los fariseos y saduceos tan endurecidos. ¿Por qué? Muy sencillo: después de tanto oponerse al llamamiento de Dios al arrepentimiento y a la salvación, al final los jefes israelitas ni siquiera pueden creer, por mucho que lo quieran.

Marcos 8: 22-26

“¡Señor, ten misericordia de este pobre hombre...!”, le dicen unos judíos al traer a Jesús un ciego.

Jesús se detiene a orillas del mar de Galilea, tras dejar atrás al grupo de fariseos y saduceos, el Señor y sus discípulos han vuelto a cruzar el mar. Desembarcó en las cercanías de Betsaida, lo que vieron unos vecinos del pueblo. Y ahora han aprovechado la oportunidad para traer a Jesús un amigo ciego. Los amigos quedan pendientes de la contestación del Profeta de Nazaret. ¿Lo hará?

El ciego también espera con tensa atención, y de repente percibe que alguien le coge por la mano para llevarlo aparte de la gente. El Señor Jesús nos da aquí no sólo un buen ejemplo de urbanidad al asistir al ciego, sino que también manifiesta no querer hacer alarde de su poder divino. Jesús está dispuesto a ayudar al pobre desdichado, pero para ello no le hacen falta espectadores. Una vez a solas con el ciego, le escupe en los ojos y le pone las manos encima. Luego con acento fraternal, el Señor le pregunta: “¿Qué ves?”

El ciego levanta la cabeza y trata de mirar fijamente: “¡Sí! -contesta-, Veo andando a los hombres, pero los veo como árboles”.

A continuación pone otra vez las manos sobre los ojos del ciego diciéndole: “¡Mira una vez más!”

El hombre mira y... ¡qué maravilla! Los ojos brillan de alegría. Ahora el que era ciego ve, no a medias, sino claro; distingue incluso a la gente que está a distancia.

Una prueba más de la omnipotencia divina. ¡Oh, esos fariseos y saduceos, aquí tenemos una señal más! Pero ellos no han presenciado el acto, y aunque lo hubieran visto con sus propios ojos, no lo habrían creído.

Para curar a este hombre de la ceguera, el Señor Jesús se vale de ciertos medios para que sepa que es Cristo en realidad quien le libró de su enfermedad.

“Vuelve ahora a tu casa”, dice el Señor, y, para evitar toda publicidad, agrega: “No entres en la aldea ni se lo digas a nadie”.

Dicho esto, el Señor no permanece en la cercanía de la aldea, sino que prosigue el camino a lo largo del Jordán, por donde llegará a Cesárea de Filipo. Sus discípulos le siguen, pero los acontecimientos de los últimos tiempos no ofrecen ningún motivo para estar alegres. Ellos habían pensado que todo el mundo tenía que honrar al Señor. Pero en vez de tributar al Mesías el honor debido, todos parecen burlarse de Él. En tal estado de ánimo, puede uno preguntarse cuál será el fin de todas esas cosas...

Mateo 16: 13-28

Marcos 8: 27-38

Lucas 9: 18-27

Juan 6: 66-71

El Señor Jesús vino al mundo para sufrir y morir por su pueblo. Jesús, por cierto, es el Mesías de Israel, y Rey de reyes. Pero antes de manifestar su mesiazgo y reinado tendrá que pasar por la muerte para vencerla, antes de ser elevado a tal dignidad. Nadie Le obligará a morir, sino que El mismo lo hará voluntariamente.

Los discípulos habían pensado que algún día Jesús ocuparía el trono de David, y que los judíos reconocerían a Jesús como el Hijo del patriarca. En vez de ver realizarse sus deseos, resulta todo lo contrario.

La realidad es que los fariseos y la casi totalidad de los jefes del pueblo odiaban a Jesús. El pueblo israelita, por su parte, rechazó a su Mesías, pese a todas las señales y milagros hechos, delante de sus propios ojos. Toda la situación, las circunstancias en las que se desenvolvían, eran adversas y deprimentes. En sus mentes abrigaban esperanzas de experimentar

algún cambio, y que al final Jesús se decidiera a aceptar la corona de Israel. Pero los pobres discípulos se equivocan. Ellos ven las cosas de este mundo y van en busca de la protección tan legítima que todo el mundo busca. Lo que ellos no ven es el plan de Dios en la vida de Jesús y en su ministerio; abundan cada vez más las tribulaciones y adversidades, hasta que al final culminarán en la muerte de Jesús, allá en el Gólgota.

Pero el Señor es un buen psicólogo y se da cuenta de los pensamientos íntimos de los suyos. Por ello, poco a poco, va preparándolos para las cosas que deben suceder irremisiblemente. Jesús sabe que sus discípulos no aguantarían el ser privados del Maestro de un día para otro; por ello Jesús les habla sobre la muerte ignominiosa que sufrirá.

Jesús va caminando rumbo a Cesarea de Filipo, en donde de repente pregunta a sus discípulos: "¿Quién dicen los hombres que soy yo?"

De eso habrán oído hablar varias veces, no cabe duda; "Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros pretenden que eres Elías, Jeremías o algún otro profeta..."

Pero "¿quién decís vosotros que soy?", prosigue Jesús preguntando.

Al oír esa pregunta, los ojos de Pedro se ponen a brillar; el discípulo no vacila en contestar: "¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente!"

Cualquiera que sea la situación, Pedro lo sabe, y lo cree con todo su corazón. Aunque así no parezca a los ojos de la gente, Pedro está convencido de que Jesús es el Cristo. La fe para creerlo le fue dada por Dios.

Muy tranquilo, Jesús responde: "Sí, lo soy en realidad. Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y por esa fe no te salvarás a ti solamente, sino que se salvará contigo todo el pueblo de Dios",

A continuación citamos un texto que en el curso de los siglos dio a muchas controversias entre teólogos:

“Y Yo (Cristo) también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella” (S, Mateo 16:18).

Tenemos aquí un juego de palabras muy común en la palabra de Dios. Los profetas, en el Antiguo Testamento, para aclarar ciertos temas espirituales, se valían de juegos de palabras. Y aquí Jesús, en su conversación con Pedro, alude al nombre de Cefas que le fue dado con ocasión de su llamamiento: véase Juan 1:42. Cefas es palabra aramea, que corresponde a petra en griego, de la cual deriva la palabra castellana “piedra”.

Traducido al lenguaje moderno, Jesús dijo a Pedro; “Tú eres una piedra, y sobre ella edificaré...”

¿Edificar qué? En ese contexto, la iglesia se ve como imagen de un templo. Por primera vez se refiere aquí a “mi iglesia”. Es decir, el pueblo de Dios, el verdadero Israel espiritual. Como el apóstol Pablo dirá más tarde: “No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino los que son hijos según la promesa son contados como descendientes” (Romanos 9:8). Son esos hijos de la promesa, que no son necesariamente descendientes de Abraham según la carne, los que constituirán la santa congregación de los creyentes, es decir, la Iglesia de Cristo, la cual en realidad reconoce a Jesús como Cristo y Salvador. Y Pedro, quien hace aquí su confesión de fe personal en nombre de los demás discípulos, es comparado con el fundamento. Cristo, sin embargo, nos dice que Pedro, o la confesión de fe del apóstol, sea el fundamento, sino que Pedro es colocado dentro del cuadro de la revelación divina en su conjunto. Y esa piedra, ese fundamento, es la revelación de Jesús como Hijo de Dios. Tal revelación constituye para Cristo el fundamento sobre el que puede construir y edificar su Iglesia. En este juego de palabras, Jesús alude al nuevo Israel, que, en ciertas ocasiones, se compara con un edificio. El mismo fundamento es comparado con la familia espiritual de Dios en el pasaje de Mateo 12:48-50. De lo que precede sacamos la conclusión de que la Iglesia de

Cristo no es organización, sino organismo: el Cuerpo de Cristo del que Jesús mismo es la cabeza.

Al final, la puerta del infierno, en este texto, puede identificarse con el poderío de Satanás. Una ciudad fortificada con puertas, en las que estaba concentrada la fuerza. Una fortaleza que sólo produce muerte y destrucción, pero que no prevalecerá nunca contra el poder del Espíritu Santo que obra en la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo.

Jesús sigue caminando con sus discípulos. De repente Jesús revela su intención de ir a Jerusalén para ser entregado en manos de los fariseos y saduceos, y donde tendrá que morir. Es ahora la primera vez que, en sus conversaciones con los discípulos, Jesús se refiere a su pasión y muerte. Al referirse al asunto, el Maestro quiere prepararlos mentalmente, agregando, sin embargo, que al cabo de tres días resucitará de entre los muertos.

Los discípulos se asustan al oírlo. ¡Oh, no, Señor, eso no puede ser! Y Pedro se franquea con Jesús y comienza a reconvenirle, diciendo: "¿Señor, ten compasión de Ti, en ninguna manera eso te acontezca?"

Al hablar de tal modo, Pedro quiere decir: "¡Quédate aquí y no vayas a Jerusalén, para que no te prendan y te maten!"

Pero entonces Jesús se vuelve y dice a Pedro: "¡ Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres".

Al conocer superficialmente este suceso podríamos decir que, con una reacción menos fuerte, habría podido convencer a Pedro también. Porque, al fin y al cabo, Pedro abrigaba las mejores intenciones para con su Maestro. El apóstol, en realidad, quería al Señor, no cabe duda. Por ello no admitió la idea de que Jesús tuviera que morir a manos de impíos. Sin embargo, Pedro se equivocó. Porque fue precisamente para morir para lo que vino el Salvador. Jesús tuvo que sufrir y morir para honrar a Dios, cumpliendo perfectamente la Ley de Dios. Su

muerte fue imprescindible para sus escogidos, para que ellos tengan vida eterna. Jesús, a la verdad, se entregará voluntariamente, por amor hacia el pueblo de Dios.

Si en realidad Jesús hubiera escuchado a Pedro, ningún hombre se salvaría, ni Pedro tampoco. Por medio de la muerte expiatoria de Jesús, el pueblo de Dios vivirá eternamente. Pedro, en realidad, quiso que Jesús tuviese compasión de sí mismo, lo cual hubiera sido una victoria de Satanás, porque en tal caso el Hijo de Dios se hubiera negado a morir. En ese caso, Dios hubiera perdido la batalla, Y el propio Hijo de Dios habría dadoa ventaja al diablo. Lejos de querer afrentar y deshonar a Dios en lo más mínimo, Jesús obedeció hasta lo sumo, hasta hacer el sacrificio supremo en la cruz.

Ahora comprendemos el porqué de la severidad de Jesús frente a Pedro. Vista la reacción del Maestro, todos los discípulos pudieron convencerse de la firme resolución de Dios frente a la muerte de su Hijo unigénito. Jesús no pudo detenerse ante los sentimientos humanos. ¡Gloria a Dios porque Cristo estuvo perfectamente dispuesto a cumplir el firme propósito de Dios para la salvación.

Es por sus sufrimientos y muerte que Jesús ha ganado la salvación. Los hombres no podemos ganar la salvación. Nosotros solamente podemos pecar. Pero no es menester que ganemos la salvación. Es Jesús quien la ganó. ¿Para quienes? No para todos los hombres. Es para todos los que, obrado por el Espíritu Santo, reciben un corazón nuevo.

¿Será para vosotros también? Orad a Dios con fervor que os dé un corazón nuevo. ¡No aplazad vuestra conversión! Esto es muy peligroso, porque no sabemos cuando moriremos. Y si morimos sin corazón nuevo, eternamente estaremos bajo la ira de Dios. El Señor nos dice: "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón." (Salmo 95:7-8)

Capítulo 44

UNA NOCHE MEMORABLE

Mateo 17: 1-13

Marcos 9: 1-13

Lucas 9:28-36

Al anoecer cuatro hombres suben a una alta montaña. Pero ¿qué tienen que hacer en la montaña a una hora tan insólita? Porque pronto se verán envueltos por la oscuridad. Tres de los cuatro no lo saben. Ellos fueron invitados a ir sin saber el porqué. Se llaman Pedro, Jacobo y Juan, discípulos del Señor Jesucristo.

A los demás discípulos el Señor les ordenó que se quedasen al pie de la montaña y que esperasen hasta que regresaran los cuatro. No sabemos exactamente el porqué de la selección entre los discípulos antes de realizar la ascensión. Pero Jesús, que sabe todas las cosas, a lo mejor no juzgó a los demás aptos para comprender lo que Pedro, Jacobo y Juan van a presenciar. Al final llegan a la cumbre, cansados, no cabe duda.

Jesús se adelanta unos pasos y se pone a orar.

He aquí a los tres discípulos que no saben lo que pasa. Porque hasta ahora el Señor ha tenido la costumbre de apartarse para orar, para estar a solas con Dios. Ahora se ven rodeados de oscuridad y pasan el tiempo al parecer ociosos. Pero no se atreven a molestar al Señor.

A muy altas horas de la noche se asustan. Se maravillan, porque alrededor de ellos todo está envuelto en la oscuridad de la noche, mientras ellos mismos se ven inundados de una luz muy clara. Algo que no habían visto nunca antes.

Llenos de admiración, miran al Señor Jesús. ¿Es en realidad su Maestro...? Es Jesús, no cabe duda. El Hijo de Dios, pero ahora es como si dejase de ser hombre para transformarse en Dios. Algo que no podemos imaginarnos, pero, gracias a Dios, los tres primeros evangelistas del Nuevo Testamento nos dejaron una descripción muy acertada del suceso.

Mientras Jesús está orando, cambia la apariencia de su rostro y sus vestidos se hacen blancos y resplandecientes como la nieve..., tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. Una luz celestial.

No nos aventuremos ahora en conjeturas inútiles al respecto. Pero podemos imaginarnos que los tres discípulos, hombres sencillos, habrán quedado atónitos al presenciar tan insólito espectáculo. Sin embargo, Jesús no lo hace para espantar a los discípulos que ama.

De repente aparecen dos personajes más: Moisés y Elías, que se ponen a hablar con Jesús.

Moisés, gran legislador del Antiguo Testamento, y Elías, profeta que cumplió dicha Ley. Los dos ayunaron por cuarenta días. Porque Moisés pasó cuarenta días con sus noches en el monte Sinaí sin tomar alimento alguno, mientras Elías ayunó cuarenta días y noches cuando huyó de Jezabel, reina impía de Israel, rumbo al monte Horeb. Jesús también permaneció cuarenta días y noches en el desierto, para ser tentado por el diablo.

Tanto Moisés como Elías experimentaron un tránsito maravilloso para estar con Dios. Moisés murió en el monte Nebo, y fue sepultado por Dios en el valle, en la tierra de Moab.

En cambio, Elías subió al cielo en un torbellino, sentado en un carro de fuego con caballos de fuego.

He aquí, pues, los dos personajes más destacados del Antiguo Testamento en presencia de Jesús, con sus cuerpos transformados, es decir, celestiales.

El evangelista Lucas nos facilita unos detalles más: El tema de la conversación celebrada con Jesús. Moisés y Elías hablan con Jesús sobre su partida, que irá a cumplir en Jerusalén. ¿La partida de Jesús?

Para los discípulos es un enigma, cuyo significado conocerán a continuación. Los dos líderes del pueblo de Israel se refieren a la pasión y a la muerte del Señor Jesucristo. Esto implica el arresto de Jesús en Jerusalén, en donde será condenado a muerte por los jefes del pueblo para lograr su crucifixión.

Pedro, Jacobo y Juan escuchan con atención. ¿Pasión y muerte de Jesús? Hace una semana el Señor les dijo exactamente lo mismo, allá en las cercanías de Cesarea de Filipo, cuando por primera vez Jesús se refirió a su muerte. Entonces no pudieron creerle; espantados, se negaron a creerlo.

Y ahora, en aquella noche, con los cuerpos resplandecientes de gloria, Moisés y Elías están hablando con Jesús sobre este mismo particular. ¿Es que en los cielos saben que Jesús va a morir? ¿Oyes Pedro...? Hace una semana tú dijiste: "¡En ninguna manera eso te acontezca!" Pero al final acontecerá, porque Moisés y Elías hablan de la partida de Jesús también.

A pesar de todo, los tres discípulos del Señor aún no entienden el significado de estas palabras. Sin embargo, sus corazones se llenan de admiración. ¡Eso es! ¡Que así permanezca el Maestro! En ese cuerpo glorificado, Jesús tendrá que permanecer eternamente en presencia de sus discípulos... En tal estado quieren permanecer para siempre, por muy temerosos que estén.

De repente, Pedro interrumpe el silencio de la noche, diciendo: "Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí. Si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías"

Simpatizamos mucho con Pedro. Una separación, cualquiera que sea, es siempre dolorosa. Horrible causa es perder a un ser querido, máxime cuando se sabe que el fin se acerca.

El sólo pensamiento de la muerte del Maestro llenó a Pedro y a los demás discípulos de un vivo dolor. Por ello, piensan que, en vez de morir, Jesús debería glorificarse allí en la montaña. Y para mantenerlo así, Pedro quiere hacer enramadas. Pero Moisés y Elías, en sus cuerpos celestiales, no tenían necesidad de enramadas. Pero Pedro aún no sabe el significado de todas estas cosas.

Ni Jesús, ni Moisés, ni Elías, se ofuscan ante la ignorancia de Pedro. Nuestra reacción, ante tan singular apariencia, no hubiera sido mejor.

Pero viene un desenlace para ellos imprevisto. La apariencia luminosa de los hombres es cubierta por una nube que les hace sombra. Moisés y Elías desaparecen en la nube. Una nube de luz, llena de resplandor celestial. Y desde la nube oyen una voz que dice: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a Él oíd".

Al oír esta voz, los tres discípulos se postran sobre sus rostros, llenos de temor.

Pero cuando un ser querido desmaya en la presencia de la gloria divina, el Señor no lo deja postrado en tal estado, casi podríamos decir de parálisis. Así Jesús se acerca a ellos para tocarlos, diciendo: "¡Levantaos, y no temáis!"

Y cuando alzan los ojos, no ven a nadie sino a Jesús solo. Para ellos habrá sido una noche inolvidable. Pero también una gran experiencia. Durante un breve rato, han visto la verdadera identidad de Jesús. Ante ellos ha resplandecido la Divinidad a través de su cuerpo humano.

Por cierto que los discípulos no se han equivocado. Por mucho que los fariseos, saduceos y escribas quieran deshacerse de Jesús, aunque toda la nación vuelva la espalda al Maestro, Jesús es el Cristo e Hijo unigénito de Dios. Los discípulos creyeron a Jesús, y durante esta noche tuvieron el privilegio de ver lo que habían creído. La visión nocturna les habrá impresionado en gran manera.



Al amanecer el sol vuelve a aparecer, disipando las tinieblas de la noche. De madrugada, Jesús vuelve a bajar de la montaña, en compañía de sus discípulos. Pero mientras descienden, Jesús les manda que no digan a nadie la visión. Más tarde, después de la resurrección de Jesús, podrán publicarlo por doquier. Pero de momento tienen que callar. Y no dicen ni una palabra.

En ese mismo cuerpo glorificado volverá Jesús algún día. Y todo ojo Le verá, incluso los que Le traspasaron. Los redimidos se acercarán a Él con voces de júbilo, y temblarán los que Le habrán desechado. Ojala Jesús sea el Redentor de todos nosotros, porque si no puede ser nuestro Salvador ahora, más tarde será nuestro Juez.

Capítulo 45

JESÚS LIBRA DEL PODER DE SATANÁS

Mateo 17: 14-21

Marcos 9: 14-29

Lucas 9:37-42

Volvamos a ver en nuestro pensamiento a los nueve discípulos que permanecían en la falda de la montaña, mientras Jesús subía con Pedro, Jacobo y Juan. Allí han pernoctado, y ahora están esperando al Maestro en compañía de los compañeros que han estado arriba.

Mientras están esperando, se acerca a ellos una gran multitud. En circunstancias como éstas, es concebible que hayan preferido estar solos.

De pronto se adelanta un hombre con su hijo totalmente desfigurado. Un muchacho desgraciado, como hay muchos en este mundo. En este caso se trata de un lunático.

Se le nota que padece mucho. Los ojos se le ponen en blanco. Muchas veces cae en tierra echando espumarajos y convulsionándose. En resumidas cuentas, son síntomas que nos hacen pensar en la epilepsia. Hoy en día tenemos manicomios, en los que se hospitalizan los casos más graves, y nadie habla

más de ellos. Sólo los padres y demás familiares sufren al pensar en la desdicha de su desgraciada familia.

El padre, muy afligido, pensaba encontrar allí al Señor Jesús. Pero, en vez de encontrar al Maestro, sólo ve nueve discípulos de Jesús, el hombre se dirige a los discípulos, pensando que a lo mejor ellos tendrían poder suficiente para sanar a su hijo.

La conclusión del hombre nos parece muy acertada. Porque, tras estar tanto tiempo con el Maestro, los discípulos deberían tener el poder espiritual para enfrentarse a casos como éste, máxime cuando pensamos en el ministerio ya cumplido en el pasado, cuando, por encargo de Jesús, pasaron por la Tierra Santa de dos en dos, curando enfermos y echando fuera a los demonios. El Señor Jesús, en realidad, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos.

¿Dónde está ahora dicha autoridad? Quizás habrán dudado de su divina misión. El que duda no tiene fuerza, y de los muchos casos de endemoniados descritos en los Evangelios, concluimos que, para enfrentarse a los espíritus satánicos, el que ejerce tal ministerio carismático no debe dudar ni un momento ni de su fe, ni de su misión divina. Muchos se acobardaban al verse enfrentados a casos tan graves. Esto habrá ocurrido con los nueve discípulos. Ante tal actitud por parte de los creyentes, la reacción del mundo es negativa. Porque el mal, cuando se presenta, hay que combatirlo. Mientras un problema no se soluciona, mientras el mal no es quitado de raíz, persisten la enfermedad, la congoja, la incertidumbre o lo que sea.

Aquí también el padre del muchacho lunático se aflige al darse cuenta de la flaqueza espiritual de los nueve discípulos.

Los discípulos se habrán avergonzado mucho. Pero, sobre todo, se han expuesto al escarnio del pueblo. Entre la muchedumbre hay unos escribas también. Con sonrisa sarcástica, se acercan. Ahora, por lo menos, pueden ridiculizar a los discípulos del tan odiado Jesús de Nazaret. En la Biblia leemos que los escribas disputaban con los discípulos.

A lo mejor, les han dicho: "¿No sois capaces de hacerlo, verdad?" "Si vuestro Maestro en realidad es el Hijo de Dios, el Mesías, ¿por qué no lo asiste ahora?" "¿Por qué no os da a vosotros el poder para ayudar a este muchacho tan desgraciado?" "¿Veis como todo es mentira y engaño?" "¡Ahora lo vemos, os hemos desenmascarado!"

Ahora los escribas están contentos. Ahora pueden ridiculizar a los discípulos e incluso infamar al Señor Jesús. ¿Tienen acaso compasión del pobre muchacho? ¿Qué va! Ni siquiera piensan en él. Con tal de que puedan cebar su ira. Helos ahí, los jefes del pueblo. Indignos triunfalmente miran al pueblo, con sonrisa altanera en sus labios.



Los escribas disputaban con los nueve discípulos.

Pero de repente la conversación toma otro rumbo. Algo que los escribas no habían pensado. Ahora se acerca el Señor Jesús acompañado por sus discípulos Pedro, Jacobo y Juan.

Están atónitos al ver al Maestro, porque no saben de dónde ha venido. Todos van a su encuentro para saludarle.

Los discípulos, por su parte, lanzan un suspiro de alivio. Porque por el hecho de no haber podido sanar al muchacho lunático se han visto en un lance muy apurado. No cabe duda. El Señor Jesús no tarda en darse cuenta de que ha ocurrido algo. Sin más ni más, se acerca a los escribas para preguntarse por qué disputaban con los discípulos. Ellos no responden nada. Porque tras pronunciar propósitos tan poco inteligentes, no habrían podido contestar inteligentemente tampoco. Tal gente religiosa, con corazones como piedras, habría preferido ver al pobre padre desatendido. En fin, ¿qué les interesa el estado de salud mental y física de este muchacho?

Porque el caso del padre desatendido habría producido mala fama para Jesús y la causa del Reino de Dios que vino a anunciar. Eso, a los ojos de los escribas, habría venido como pintado.

Los escribas, por su parte, no dicen ni una palabra. Pero el silencio es interrumpido de repente por la voz del padre del muchacho lunático: "Maestro, te traje a Ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo..."

De la frase citada del Evangelio según S. Marcos concluimos que el padre trajo al muchacho a Jesús personalmente. pero que, en ausencia del Maestro, acudió a los discípulos. Porque así prosigue hablando: "Lo he traído a tus discípulos, pero no lo han podido sanar..."

Ante esa declaración, el Señor reacciona diciendo: "¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? ¡Traédmelo acá!"

Fue ésta una censura muy dura que Jesús dirigió a sus discípulos, pero al pronunciarla también censuró a los escribas y puso fin a todas las contiendas.

A continuación, el muchacho es traído a Jesús. Pero cuando el muchacho esta en presencia del Maestro -el Evangelio según S. Marcos dice textualmente: "Cuando el espíritu vio a Jesús"-, el espíritu inmundo sacude con violencia al muchacho,

que, como ocurre con frecuencia, cae en tierra y se revuelca echando espumarajos.

¡Pobre chico! Es que los espíritus malignos son una realidad y no dejan tranquilas a sus víctimas.

Jesús no se pone nervioso. Porque no tiene miedo del demonio. Muy tranquilo, el Maestro pregunta al padre del muchacho: "¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?" Al hacer esta pregunta, Jesús hace ver a todos, incluso a nosotros, que se trata aquí de un caso desahuciado por los médicos. No sólo por los médicos de la antigüedad, sino por la medicina moderna también. Para curar casos inveterados como éste no hay medicamentos.

Y el padre contesta: "Desde niño".

A continuación, el padre dice cuánto han sufrido en casa como consecuencia de la enfermedad del hijo. Era además el hijo único de dicho matrimonio, muy feliz, al principio, de tener un hijo. Pero la enfermedad no tardó en manifestarse: el niño era lunático, con accidentes frecuentes e intolerables. El niño solía portarse como un demente. Cuando el demonio actuaba en el hijito, nadie estaba seguro en casa ni un momento. Porque el demonio solía agitarle con violencia cada vez que le daba la gana. El padre y la madre se veían obligados a vigilarle de día y de noche, porque de un momento a otro el diablo -quien para colmo de desdichas le había vuelto sordomudo- echaba al niño en el fuego o en el agua. El diablo es extremadamente cruel. Porque la única cosa que quiere es la destrucción y la muerte. Jesús mismo le llamó "homicida desde el principio..."

Tras decir todo eso, viene el desahogo: "Pero si Tú puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos..."

El pobre hombre no sabe que Jesús es el Cristo, y por ello omnipotente. Por esta razón dice: "Si puedes hacer algo". Abriga dudas en cuanto a la omnipotencia de Jesús para intervenir en el caso de su hijo. ¡Ojalá el caso no se presente demasiado grave! Desde el punto de vista humano, es comprensible.

Pero ante la incertidumbre del hombre Jesús le da la lección que precisa en ese caso particular, Por ello el Señor contesta: "Si puedes creer..., al que cree todo le es posible".

Es cierto que la fe del pobre hombre pasa una prueba enorme, minada, quizás, por la incapacidad de los discípulos. Desde el punto de vista humano, hay que conocer bien las Sagradas Escrituras para saber que Dios, por Jesucristo, lo obra todo con el beneplácito divino, y para comprender que el Salvador quiere siempre salvar. El diablo es destructor y homicida; Cristo por el contrario, murió para salvar. Cristo no nos quiere oprimidos por el enemigo; por ello extiende sus manos para bendecir y salvar al que acude a Él. Pero el padre en nuestro relato ve a su hijo tendido en el suelo. Creer la victoria, en una situación como ésta, no es costumbre del hombre natural, sino que es un don de Dios.

Sin tardanza alguna, el padre del muchacho clama diciendo: "¡Creo, ayuda mi incredulidad!" Es una confesión de fe. Aunque titubeante. Pero al mismo tiempo el hombre confiesa su falta de fe, suplicando al Señor que destruya las dudas que abriga en su corazón.

Hasta aquí ha reinado el silencio entre el pueblo, que ha escuchado la conversación con tensa atención.

El Señor Jesús sabe todas las cosas. También conoce la lucha tremenda entre fe y duda que ahora arde en el corazón del padre acongojado.

Cuando Jesús ve que la multitud se agolpa, reprende al espíritu inmundo, diciéndole: "¡Espíritu mudo y sordo, Yo te mando, sal de él y no entres más en él!"

Aquí habla el Rey de reyes, Jesús no suplica al espíritu inmundo que tenga a bien salir del muchacho y dejarle tranquilo en lo sucesivo. Aquí Jesús manda, y los espíritus satánicos tienen que obedecer. El demonio tiene que salir al instante y no se atreve a oponerse a Jesús, quien incluso manda al espíritu inmundo que no entre más en él. Aquí Jesús sella al muchacho. Porque la obra de Jesús es perfecta y eterna; Jesús no libró al muchacho para cierta temporada solamente, sino para toda su vida.

¡Qué derrota más humillante para el príncipe de las tinieblas! Es cierto que tiene que salir del muchacho, pero antes de salir el diablo quiere matarlo. El diablo no se niega a sí mismo. Es homicida desde el principio, y toda su obra consiste en engañar, destruir y matar.

En el Evangelio según S. Marcos leemos que el espíritu inmundo salió gritando y sacudiendo al muchacho con violencia, de modo que cayó a tierra como muerto. Muchos creían que estaba muerto.

Pero la gente se equivocaba. Porque Jesús no libró al muchacho para dejarlo morir. Por ello Jesús lo toma de la mano y lo endereza. Y, ¡gloria a Dios!, el jovencito se levanta, libre, por primera vez en su vida, de toda opresión satánica. De sordomudo que era, ahora oye y habla, totalmente restablecido gracias a la poderosa intervención de Jesús. Y en mejores condiciones de cuerpo, Jesús devuelve al muchacho a su padre. Y la gente se admira de la grandeza de Dios.

Ahora el padre marcha. Y el muchacho marcha a su lado. ¡Qué alegría hay en el corazón del padre, al ver a su hijo libre de toda opresión! Ahora ya no tiene que tenerle firme por la mano, para que no caiga en el fuego o en el agua. En lo sucesivo, podrá dormir tranquilo, porque el diablo ya no podrá causar daño a su hijo. ¡Cuál habrá sido el gozo en aquel hogar!

Al final se marchan también los escribas. ¿Están contentos tras presenciar tan señalada victoria del Señor sobre el diablo? ¡Todo, menos contentos! Los jefes, iracundos, consultarán sobre la manera de prender a Jesús para matarle. Sobre todo, al darse cuenta de lo que el pueblo opina de Jesús.

Tras llegar a casa los discípulos, maravillados por lo que acaban de presenciar y sobre todo por causa de su incapacidad de sanar al muchacho, preguntan a Jesús aparte: “¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?”

“Por vuestra poca fe, les contesta el Señor. En vuestros corazones habéis dudado. Habéis confiado demasiado en vuestras propias fuerzas. Con una fe como un grano de mostaza basta para decir a un monte: Pásate de aquí allá, y se pasará. Y nada os será imposible”



*El muchacho lunático totalmente sanado por Jesús,
vuelve a casa con su padre.*

En la conversación con sus discípulos, Jesús hace entrever un aspecto de su vida victoriosa, cuando dice: “Este género no sale sino con oración y ayuno...” En los evangelios leemos varias veces que el Hijo de Dios estuvo en comunión con el Padre celestial en oración. Tal comunión continua e interrum-

pidamos nos conviene para vencer como Cristo venció. Por lo demás, Cristo solía abstenerse de todo lo que, en la vida del creyente, puede servir de estorbo. Porque el ayuno bíblico no se refiere precisamente a los alimentos, sino a muchas cosas que pueden ser distintas en la vida de cada cual. Cristo, al referirse al ayuno, no piensa en mortificación de la carne, la cual muy a menudo degenera en ayuno carnal.

La Biblia nos propone más bien un ayuno espiritual. En este sentido, el apóstol Pablo nos da cierta pauta en la epístola a los Romanos (cap. 12, vs. 1): "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional".

Esta historia nos enseña, entre otras cosas, cuán potente y cuán cruel es el diablo. En realidad, cada hombre, cada mujer y todos los niños y jóvenes estamos sujetos al príncipe de las tinieblas. Sólo el Señor Jesús puede librarnos de ese poder satánico. Jesús es más potente que todos los diablos juntos.

Pero, ¿Sabéis una cosa? Lo peor es que no nos damos cuenta de que somos esclavos del diablo. ¡Que Dios os abra los ojos ciegos espiritualmente, para ver el peligro de muerte en que estáis!

No sirváis más al pecado, pedid al Señor que os libre del poder del pecado. Jesús pudo salvar al muchacho lunático. Sabed que tiene poder para salvarnos a vosotros de la perdición eterna.

Capítulo 46

¡PERDONÁOS LOS UNOS A LOS OTROS!

Mateo 17: 22 y 23

Marcos 9: 30-32

Lucas 9: 43-45

El Señor Jesús ha vuelto a Galilea. Antes, al regresar a su tierra, las multitudes no tardaron en reunirse alrededor de Él. Y delante de una muchedumbre así reunida solía predicar. Y tras predicar, hizo milagros y señales. Pero esta vez Jesús parece buscar más bien la soledad, porque en Marcos 9 leemos que “no quería que nadie lo supiese”.

En compañía de sus discípulos atraviesa por última vez la tierra de Galilea. Los discípulos, por lo visto, siguen esperando el establecimiento de un reino terrenal, en el que Cristo reinaría. No dejan de esperar que algún día Jesús será coronado Rey de Israel. Los tres discípulos que estuvieron con Él en el monte de la transfiguración se acuerdan de la glorificación de Jesús. ¿No oyeron, pues, la voz de Dios? Por ello, en sus corazones abrigan la esperanza de que algún día Jesús se mostrará dispuesto a aceptar la corona de David. Pero son pensamientos erróneos de los discípulos. Jesús se empeña ahora en quitarlos

de sus mentes, lo cual Le costará muchísimo trabajo, como hemos visto ya en el caso de Pedro.

De repente, el Señor les dice que el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres. Peor aún, los hombres en cuyas manos será entregado, matarán a Jesús. Al referirse a hombres, no es difícil adivinar quiénes quieren matar a Jesús.

Es ésta la segunda vez que Jesús se franquea con sus discípulos diciéndoles que tendrá que padecer mucho. La primera vez los discípulos ni siquiera comprendían las alusiones que Jesús hizo a su muerte. Y es cierto que esta vez no lo entienden tampoco.

Incluso cuando Jesús les dice que, después de muerto, resucitará al tercer día, los discípulos se afligen sobremedida. "Se entristecieron en gran manera", como dice Mateo. Prefieren no decir nada al respecto, ni pensar en ello en lo más mínimo. A los ojos de esos hombres, es demasiado horrible. Al solo pensamiento de la muerte de Jesús, se desmayan. Ante lo triste, lo espantoso, callan. Se dan cuenta de que algo horrible va a suceder, pero tienen miedo de pedirle más aclaraciones a Jesús.

Mateo 17: 24-27

En la antigüedad, el Templo dominaba toda la ciudad de Jerusalén. El Templo era el centro religioso de la nación israelita y debía ser conservado a toda costa. En caso de deterioro de alguna parte de la Casa del Señor, se emprendían inmediatamente trabajos de reparación y conservación. Es lógico, además, que un edificio frecuentado por tanta gente muy a menudo requiera reparaciones costosas. Lo mismo ocurría en Jerusalén.

Para la continua reparación del Templo convenía, pues, recaudar fondos. Por ello todo varón israelita mayor de edad pagaba cierta cantidad de dinero, año tras año. Los dineros que

se pagaban se llamaban impuesto del Templo. En todos los sitios de Palestina había funcionarios encargados de cobrar el impuesto, porque la obligación de pagar dicho impuesto no gravitaba solamente sobre los judíos residentes en Judá, sino también sobre los de Galilea y los de allende el Jordán. Nadie estaba exento de pagar el impuesto del templo. Tanto el pobre como el rico, tenían que pagar.

Cuando Jesús vuelve a Capernaúm, los funcionarios se empeñan en cobrar el impuesto. Y cuando ellos ven a Pedro, le preguntan si su Maestro no pagaba las dos dracmas que corresponden al impuesto del Templo.

Los funcionarios curiosos por saber lo que Pedro contestará. Porque ellos opinan que, como cualquier judío, Jesús tiene que contribuir con su parte al servicio del Templo.

Pedro no vacila en contestar afirmativamente, Jesús cumple sus deberes. Es probable que Pedro no haya nunca pensado en ello, pero ahora que los funcionarios se lo preguntan, está convencido de que el Maestro es formal en el cumplimiento de sus deberes cívicos.

Entrando en la casa donde está Jesús, se lo pregunta al Señor directamente. Es éste un asunto que convine discutir con Él. Pero antes de que Pedro pueda decir una palabra al respecto, Jesús le pregunta: "¿Qué te parece, Pedro, cuando los reyes del mundo necesitan dinero, de quiénes cobran tributos o impuestos? ¿De sus hijos o de los extraños?"

Sin vacilar, Pedro contesta: "Claro que lo cobran de los extraños".

"Entonces los hijos están exentos: ellos no están obligados a pagar tributos ni impuestos". Así suena, pues, la contestación de Jesús. Con esto Jesús quiere decir: "Pedro, a los funcionarios dijiste que Yo debo pagar el impuesto del Templo también, aunque en realidad no tengo ninguna obligación de hacerlo. Yo, como Hijo de Dios, en efecto, no tendría que pagar el impuesto para la casa de mi Padre"

Claro que ante tal argumento Pedro no tiene contestación. Porque el dictamen de Jesús es cierto.

Sin embargo, Jesús agrega: "Pero porque de otro modo los judíos se ofenderían, Yo también pagaré las dos dracmas. Ve, pues, al mar y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómallo, y al abrirle la boca hallarás un estatero; tómallo, y dásele por Mi y por ti..."



Pedro saca el pez con el estatero en la boca

El relato bíblico se limita a estas palabras de Jesús. Pero no cabe duda de que Pedro se apresuró a ir al mar para echar el anzuelo. Y no cabe duda tampoco de que el primer pez llevó en la boca un estatero, moneda correspondiente a cuatro dracmas, de modo que pudo ser pagado el impuesto del templo. Porque Jesús, Rey de un mundo que no vemos nosotros, por ser carnales, puede disponer cualquier cosa, por rara que nos parezca. A cada paso Jesús nos hace ver algo de su omnipotencia, omnisciencia y grandeza.

Mateo 18: 1-22

Marcos 9: 33-50

Lucas 9: 46-50

Un día Jesús va caminando por Galilea, acompañado por sus discípulos. Pero esta vez están discutiendo en el camino. Sin vociferar, desde luego, pero las miradas pueden tal vez ser elocuentes también. ¿Hay pleito? Sí, por desgracia, como ocurre en las familias más sanas del mundo.

Es sabido que Jesús tuvo tres discípulos a quienes a veces permitió cosas que a los demás no les concedió. Por lo visto, los tres se han creído algo más que los otros, e incluso pensaban que Jesús los quería más. Tal actitud ha dado lugar a celos entre los discípulos, y ahora disputan para saber cuál de los doce es el más importante de todos.

Al principio Jesús hace como si no se diera cuenta de nada. Sigue andando como si todo estuviera en orden. Las controversias y las desavenencias entre los discípulos no parece interesar al Señor.

Pero tras sentarse en algún lugar, Jesús de repente pregunta: "¿Qué disputábais entre vosotros en el camino? ¿Qué paso?"

Los discípulos callan, porque no habían contado con una pregunta como ésta. Ahora tienen vergüenza y no se atreven a

decírselo. El Señor sabe muy bien que hay celos entre sus discípulos.

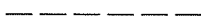
“¿Hay disputas entre vosotros para saber quién ha de ser el mayor? En un reino terrenal, el dueño es más que el siervo, pero en el Reino de los Cielos no hay graduaciones superiores ni jerarquías. No penséis en vuestro propio honor, sino en el honor de Dios”.

Después Jesús llama a un niño para ponerlo en medio de ellos, diciendo: “Os conviene ser como este niño, porque un niño no piensa en su propio honor, porque es aún inocente y no piensa en esas cosas. Que nadie se juzgue a sí mismo superior al otro. Vosotros tenéis que servirlos mutuamente, en amor. Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos y el servidor de todos”

Este relato tiene una lección para todos nosotros. Porque de este mal estamos contaminados todos. Cada uno piensa en términos de jerarquía y quiere ser de alto rango, respetado por todo el mundo. Todo el mundo tiene que acatar nuestros dictámenes e incluso ordenes. ¿Por qué? ¡Nada más sencillo! Queremos ser honrados. Queremos que nuestros compañeros, nuestros colegas, nos respeten.

Nos conviene ser siempre el gallito, ser el primero; la modestia es muy buena virtud, y el orgullo es pecado.

Jesús no sólo se refiere a la modestia, sino también a la humillación. En el Reino de Dios no hay cabida para el orgullo terrenal. Cristo, al venir a este mundo, se humilló también. Por su propia humillación, el Rey de reyes tiene ahora el derecho a decir: “Cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los Cielos. Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como éste, a Mí me recibe”



En vez de tener pleitos entre vosotros, conviene perdonaros mutuamente. Ahora interviene en el tema del perdón, ya

que, para poder perdonarnos a nosotros, Dios no escatimó a su propio Hijo amado, sino que Le entregó a la potestad de la muerte: En virtud de la sangre derramada de Jesús, la gracia y el perdón de Dios nos pueden ser propicios.

Entonces Pedro se acerca al Señor para preguntarle: "Señor, ¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí...? ¿Hasta siete?"

"¡Pedro! No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete". Esto quiere decir que no nos conviene contar las veces, sino que tenemos que perdonar de continuo. Este es nuestro deber de cristiano. Dios lo exige por parte nuestra.

Para ilustrar el tema del perdón Jesús propone la parábola de los dos deudores, para que sus discípulos saquen de ella una lección espiritual:

Mateo 18: 23-35

"El Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus súbditos. Pero al hacerlas, resultó que uno de sus siervos le debía diez mil talentos. Una enorme cantidad de dinero" "¡Venga acá ese siervo!", ordenó el rey.

Algo más tarde entró el siervo en el palacio real.

"¡Págame inmediatamente lo que me debes!", dijo el rey muy severo.

Pero ¿qué pasó? El siervo palideció, porque no tenía dinero para pagar su deuda.

"¡Pagarás sin tardanza alguna!", dijo el rey muy airado.

"Pues, si no tiene dinero, vendédle a él, su mujer e hijos, y todo lo que le pertenece, para que pague la deuda"

Ante tal sentencia, el siervo se postró delante del rey para implorar su misericordia. "Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo"

El siervo pudo muy bien prometerlo, pero no tenía medios a su alcance para cumplir la promesa. La deuda era demasiado grande.

El rey lo sabía muy bien, pero al ver a su siervo postrado a sus pies, fue movido a misericordia y contestó: "Te libero, pues, de la obligación de pagar ese dinero. Te perdono la deuda. ¡Vete a tu casa, libre de toda obligación!"

Entonces el siervo se levantó, habiendo quedado en paz.

Pero tras salir del palacio real se encontró con uno de sus conservos, que sólo le debía cien denarios. Nada en comparación con la deuda de la que acababa de ser absuelto.

Al instante el primer siervo pensó que era el momento oportuno de pedir el dinero que su consiervo le debía.

Sin miramientos, se acercó a su consiervo para decirle que pagase inmediatamente la cantidad de dinero que le adeudaba.

El consiervo se asustó sobremanera y contestó: "Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo"

El primer siervo, sin embargo, no quiso esperar más y mandó encarcelar a su consiervo.

Al enterarse de la crueldad del siervo a quien había perdonado toda su deuda, el rey se irritó mucho y, lleno de indignación, hizo llamar por segunda vez al siervo a quien había absuelto porque tuvo compasión de él.

"¡Qué hombre más malo e ingrato!" Con estas palabras fue acogido ahora por el rey. "A ti te perdoné toda esa aplastante deuda, porque me rogaste. ¿No debías tu también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? ¿Cómo tú no perdonaste la deuda de tu consiervo, máxime siendo insignificante en comparación con la tuya? Ahora, por haberte mostrado tan cruel e impaciente frente a tu prójimo, tú me pagarás toda la deuda"

Entonces el rey, enojado, mandó encarcelar a su siervo por causa de su ingratitud y crueldad hacia su prójimo, hasta que le pagase el último maravedí.

Fue a sus discípulos que el Señor Jesús contaba esta parábola. ¿Por qué? ¿Cuál era su intención?



"¡Págame lo que me debes!"

Bueno, los hombres debemos mucho a Dios. Por nuestros muchos pecados enojamos al Señor. En realidad nuestra culpa ante Dios es tan grande que nunca podremos pagarla. Pero si el Señor quiere perdonar esa culpa enorme a todos los que se lo pidan verdaderamente, ¿No nos impone la obligación de perdonarnos el uno al otro?

¡Cuántas veces, en vez de perdonar, recurrimos a la venganza!

¿Perdonar algún agravio? ¡Ni hablar!

Pero nuestro deber es perdonar. No de una manera indecisa, sino con todo nuestro corazón.

Capítulo 47

JESÚS, EN SU VIAJE A JERUSALÉN PARA CELEBRAR LA FIESTA DE LOS TABENÁCULOS

Mateo 19: 1,2

Juan 7: 1-9

“Si, pues, quieres que el pueblo te conozca como Mesías, ¿por qué Te quedas en Galilea...? ¡No, Te equivocas, Te conviene ir a Judea, a Jerusalén, a la capital, donde viven los jefes más destacados del pueblo!”

“¡Vete de aquí rumbo a Judea!” “¿Por qué insistes tanto en permanecer en esta despreciada Galilea?” “Si quieres ser honrado por el pueblo y sus líderes, Te conviene hacer los milagros en Jerusalén, en vez de hacerlos aquí. Acaso el pueblo creará en Tí...”

Esta vez no son fariseos ni escribas los que Le afrentan, sino los propios hermanos del Señor Jesús, sus propios familiares. Ellos no comprenden por qué está en Galilea en vez de coronarse rey de Israel.

En realidad, creen que Jesús no se atreverá a hacerlo. Le tildan de cobarde, embustero, impostor y embaucador... En el pasaje de Juan 7, leemos “que ni siquiera los hermanos de Jesús creían en Él”

“¿Qué pasa...? ¿Jesús el Mesías...? ¿El Hijo de Dios? ¡Qué va! ¡A mí no me vengas con cuentos!” Así opinan los hermanos de Jesús, así Le desafían. Que muestre las pruebas de su Mesiazgo. En Jerusalén tendrá mil y una oportunidades para manifestarse en la fiesta de los Tabernáculos, a la que acudirán miles y miles de judíos de muchas partes del mundo.

La fiesta de los Tabernáculos es la fiesta conmemorativa del paso del pueblo de Israel por el desierto. Por ello la celebraban en chozas, o tabernáculos, hechos de enramadas. En ella festejaban el fin de la cosecha desde fines de septiembre hasta principios de octubre. Porque en esos meses de otoño solían recoger no sólo el trigo y la cebada, sino también todas las frutas del campo. En la fiesta, los judíos agradecían a Dios las bendiciones terrenales que les concedió durante el año.

Después del Día de la Expiación, en el calendario litúrgico de los israelitas, venía la fiesta de los Tabernáculos, la fiesta de la alegría.

“Entonces - Le dicen sus hermanos-, ¡ven con nosotros! Iremos todos juntos en compañía de los demás galileos, y allí, en la fiesta, Tú mostrarás tu poder...”

¿Qué contesta Jesús a los desafíos que Le hacen? El Señor se da cuenta de la incredulidad de sus hermanos, y sabe exactamente lo que opinan de Él. ¿Se defenderá...? No, ni en lo más mínimo, sino muy tranquilo el Señor contesta: “Subid vosotros a la fiesta; Yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido” Y se queda en Galilea.

Encogiéndose de hombros, los hermanos se marchan rumbo a Jerusalén. “¿Ves cómo no se atreve a acompañarnos? Si fuera el Mesías, haría exactamente lo que le proponemos”. Y cuando miles y miles de galileos se disponen para ir de viaje, forman la gran comitiva de gente. Pero Jesús se queda en Galilea con sus discípulos.

Lucas 9: 51-56

Ciertos lectores no comprenderán por qué Jesús no fue a Jerusalén con sus hermanos. ¿Acaso no se atrevía a ir porque los fariseos y los escribas procuraban matarle en Judea?

Los motivos de Jesús no son humanos; el Señor solía pensar "en otra longitud de onda" con la que el ser humano, sobre todo el incrédulo, no puede sintonizar. Jesús vivía en el Reino de los Cielos, y en él funcionaba. Además, no vino para ser honrado por los hombres. No fue tal su motivo al hacer milagros; Jesús vino a servir y ayudar en caso de necesidad. El Señor acudió en auxilio de los que Le buscaban con sinceridad. Lo hizo movido por la compasión hacia los pobres desdichados, pero no lo hizo para que el pueblo judío Le ofreciese una corona terrenal y percedera. El Señor Jesús no iba en busca de su propia gloria y honra, sino que vino para salvar a los pecadores, incluso los más miserables.

Unos días más tarde, Jesús va a la fiesta también. No en compañía de tanta gente, sino a escondidas.

Los galileos solían ir hacia el este, pero Jesús escogió un camino más corto, a través de Samaria. Algo que los judíos evitaban a toda costa; antes preferían dar un rodeo enorme para no tener que pasar por territorio samaritano. Para saber los motivos, léase el capítulo 14 sobre la mujer samaritana.

Jesús, pues, va caminando por tierra samaritana, acompañado por sus discípulos. Al anochecer quieren entrar en una aldea. El Maestro envía unos mensajeros para hacer los preparativos para pernoctar. Pero los samaritanos se niegan a recibirlos.

Pero ¿por qué? Por la sencilla razón de que iban caminando rumbo a Jerusalén. Porque, según los samaritanos, el verdadero templo no era el de Jerusalén, sino el de Samaria. Los samaritanos estaban convencidos de ello, y, por tanto, no quisieron recibir ni a Jesús ni a sus discípulos. Es siempre el mismo odio tozudo, el odio religioso que llena los corazones de ira y rencor.

Los discípulos enviados a la aldea vuelven a donde está Jesús y Le dicen lo que les ha ocurrido. No ocultan su desilusión y disgusto. ¡Qué mal genio tiene aquella gente!

Los discípulos quieren vengarse de tan desagradable actitud por parte de los habitantes de dicha aldea samaritana. No pueden soportar más, y llenos de amargura preguntan: "¡Señor!. ¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? ¡Destruyase esa aldea y consúmanse esos aborrecibles y antipáticos samaritanos por una lluvia de fuego!..."

Los discípulos, enfurecidos, quieren que Jesús se lo permita. Un incendio como nunca han presenciado. De este modo quieren vengarse, con una venganza cruenta.

Pero el Maestro, en vez de permitirselo, reprende a Juan y a Jacobo, diciendo: "Vosotros no sabéis de qué espíritu sois... Yo no he venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas"

Con estas palabras el Señor ha reprendido duramente la crueldad de los hombres, por mucho que hayan sido discípulos suyos.

Así es el hombre, cruel y vengativo. Si con nuestros pensamientos y palabras pudiéramos matar a nuestros prójimos, seríamos los peores asesinos del mundo. Dios, en cambio, requiere por parte nuestra que amemos a nuestros enemigos. El amor hacia los enemigos nos parece extremadamente difícil por lo depravados que somos. Esos movimientos diabólicos del alma humana no se manifiestan tan solamente en los adultos, sino incluso en los niños pequeños. El Señor Jesús, quien perdona incluso los peores transgresores, nos dé la fuerza por su Espíritu Santo para vencer en nuestros corazones tan mala inclinación.

Lucas 17: 11-19

Probablemente durante este mismo viaje ocurrió que el Señor Jesús hizo un milagro extraordinario. Porque al acercar-

se a una aldea en compañía de sus discípulos, vinieron a Jesús diez leprosos. La lepra, en aquel entonces, era una enfermedad temida e incurable, contagiosa en alto grado.

Los diez leprosos por lo menos vivían juntos. Una horrible alianza en la desgracia. Impuros, estaban obligados a vivir fuera de una sociedad humana, apartados de sus familiares. De esta forma, podían sostenerse mutuamente.

Pero al enterarse de que Jesús se acercaba, salieron de su escondrijo. A pesar de todo, no se atrevían a acercarse, porque la Biblia dice que se pararon de lejos. Además, la Ley del Antiguo Testamento les prohibía el acercarse al pueblo por estar impuros.

Helos ahí, pues, llamando todos juntos: “¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!”

Se habrán enterado, quizás, de que el Profeta de Nazaret había sanado a otros leprosos y razonaban entre sí: ¿Por qué no podría limpiarlos a ellos también...? Están convencidos de que Jesús puede curarlos, por ello claman: “¡Ten misericordia de nosotros!”

Jesús los ve desde lejos. Diez desdichados, repudiados por sus familiares como consecuencia de aquella horrorosa enfermedad. El Señor se da cuenta de la angustia en aquellas caras desfiguradas, y ve el gran deseo que sus ojos manifiestan. Jesús tiene compasión de ellos. ¡Cuán graves y horrorosas las consecuencias de la caída de Adán.!

“¡Id y mostraos a los sacerdotes!” Así ordena Jesús, sin decirles que están en realidad sanos y limpios. Porque la Ley de Moisés decía que el leproso limpiado tenía que mostrarse al sacerdote, quien debía hacerle un reconocimiento concienzudo. Y de ser, en efecto, hallado limpio por el sacerdote, era declarado puro y limpio.

Fiel a la ley de Moisés, Jesús ordena a los leprosos que vayan a mostrarse al sacerdote. Ellos tienen que creer las palabras del Señor; y para obtener la salud tienen que manifestar su fe en lo que Jesús les dice. Jesús los prueba.



"¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!"

Y ¿qué hacen? No vacilan en obedecer. Los leprosos se ponen en marcha para ir a ver a los sacerdotes. No dudan ni un momento de la veracidad de la palabra de Jesús, cuya autoridad reconocen sin titubeos. Y por haber creído, no salen frustrados.

Mientras ellos van, dejan de estar leprosos. Lo sienten en su cuerpo. Se saben curados.

Uno de los diez se detiene; los demás se apresuran a ver a los sacerdotes. Ese único vuelve atrás, no por incredulidad sino para agradecer al Señor tan insigne intervención en su cuerpo enfermo. En presencia de Jesús, el hombre glorifica a Dios y se postra rostro en tierra a sus pies, dándole gracias...

Pero ¿quién es ese hombre? ¡Mirad bien lo que está escrito! Es... un samaritano, uno de esos extranjeros, mientras los demás, muy probablemente, eran judíos auténticos. Ellos no vuelven atrás. Una vez sanados y limpiados, ya no piensan en agradecerse al Señor. Ya no necesitan a Jesús.

En cambio, el samaritano, el extranjero, no puede pasarse sin Jesús. Por ello vuelve atrás, glorificando a Dios en alta voz y agradeciéndole de todo corazón.

El Señor Jesús dice: "¿No son diez los que fueron limpiados...? Y los otros nueve, ¿dónde están...? ¿No hay, pues, ninguno de los nueve que vuelva y dé gloria a Dios sino este extranjero?"

¡No, por desgracia! Sólo este samaritano.

"Pues levántate y vete; tu fe te ha salvado..." Así dice Jesús al súbdito de una nación enemiga de Israel.

Y el samaritano se levanta y se va, lleno de alegría, a raíz de la bondad de Dios con él.

De la respuesta de Jesús concluimos que el Salvador se afligió mucho al ver la ingratitud de los nueve; ellos, cuando estaban enfermos, llamaron: "¡Jesús, Maestro!" Mientras están afligidos y acongojados, Dios, sí, puede ayudarles.

Si estamos enfermos, muchas veces oramos al Señor que nos sane. Y una vez sanados, ¿qué hacemos? ¿No agradecemos al Señor por su bondad inmerecida?

¡Ojalá que no nos parezcamos a los nueve leprosos ingratos!

Capítulo 48

JESÚS, EN JERUSALÉN, EN LA FIESTA DE ===== LOS TABENÁCULOS =====

Juan 7: 10-13

Volvamos a Jerusalén, en donde se reúne mucha gente. No es nada extraño, porque miles y miles de judíos han venido a la capital para celebrar la fiesta de los Tabernáculos. Así, pues, en cada casa, en las cercanías del Templo, en las calles, en toda la ciudad, hay gente divertida, alegre.

En todos los sitios de la ciudad los judíos están juntando enramadas para hacer chozas, es decir, tabernáculos, en donde vivirán durante la fiesta. Sus antepasados vivieron en tiendas mientras atravesaban el desierto de Sinaí. Y ahora, en conmemoración de este hecho, pasan una semana al año en chozas.

Hay un enorme vaivén durante toda esta semana, sobre todo en las cercanías del Templo. La gente trae muchos sacrificios. Tras recoger la cosecha, cada uno honra a Dios, quien les bendijo sobremanera. ¿Cómo no iban a traer sacrificios de agradecimiento a Dios?

Todas esas chozas de enramadas debían de dar un aspecto muy alegre, muy agradable, a la capital. En realidad, la fiesta de

los Tabernáculos era una fiesta de gozo y alegría. Pero esta vez es como si los judíos estuviesen esperando a un personaje especial, a quien parecen esperar con ansia. Porque muchos habían pensado que Jesús, el Profeta de Nazaret, vendría a Jerusalén también. Pero, por lo visto Jesús no ha venido todavía. Han llegado ya los galileos pero Jesús parece estar ausente.

Muchos lo sienten de veras, porque les hubiera gustado escuchar la predicación de Jesús y presenciar las señales y milagros que en otras ocasiones hacía.

Algunos se empeñaban en buscarle, pero en vano. ¡Qué lástima! Todo el mundo pregunta por el gran Profeta que hace milagros. Pero, por lo visto, los judíos no parecen estar de acuerdo entre ellos. Unos Le llaman un Profeta; otros Le llaman un impostor, un intruso que seduce a las multitudes. Reina la confusión entre los judíos en torno a la persona de Jesús. Pero cuando acierta a pasar algún fariseo o escriba, todo el mundo calla de repente. En presencia de los jefes del pueblo, nadie se atreve a aprobar a Jesús, por miedo a las represalias por parte de los altos dignatarios religiosos.

Los fariseos, en efecto, se habían concertado para matar a Jesús, y ¡ay del hombre o de la mujer que defienda al Profeta de Nazaret! Porque los grandes del pueblo amenazaban con echar de la sinagoga a los que tuvieran el descaro de decir buenas cosas acerca del odiado Profeta.

De todas formas, Jesús tarda en venir...

Juan 7: 14-53

“¡Aquí está...! ¡Llegó, aunque unos días más tarde” exclaman muchos el cuarto día de la fiesta.

“Pero ¿dónde esta?. Preguntan otros.”

“¡En el Templo!”, dicen los que se enteraron de su llegada. Muchos se apresuran a ir al Templo. Al final hay allí una muchedumbre congregada alrededor de Jesús.

Como dijimos en el capítulo anterior, Jesús no se juntó a la gran comitiva de galileos que viajaban rumbo a Jerusalén, sino que tardó unos días en partir. Además, nos referimos a los acontecimientos que se produjeron durante el viaje. Y ahora, tras llegar a Jerusalén, Jesús está en el Templo, donde la muchedumbre Le está escuchando. Todos parecen escucharle con tensa atención; Jesús predica con autoridad, de lo cual el pueblo puede convencerse una vez más.

Muchos se admiran de la predicación del Señor y de los conocimientos que Él tiene de las Escrituras Sagradas. "¿Dónde las aprendió; ¿Cuál fue la escuela teológica?"

Nadie lo sabe.

Si Jesús fuera escriba, es decir, intérprete de la Ley, entonces, sí, los judíos comprenderían el origen de su sabiduría. Pero sabedores de que Jesús no fue nunca alumno o discípulo de ningún doctor destacado, todo les parece un enigma.

El Señor Jesús les habla de su divina misión y de que, por ser enviado de Dios, pregona la Verdad de Dios.

De repente, Jesús les pregunta: "¿Por qué queréis matarme?" Muchos están atónitos al oír esa pregunta. "¿Matar a Jesús...? ¿Quién intenta hacerlo...?" Los judíos no saben ni siquiera que sus propios jefes religiosos se consultaron sobre la manera de prender y matar a Jesús. Por ello claman, indignados: "¡Demonio tienes...! ¡Qué locura...! ¿Quién quiere matarte?"

Jesús, sin embargo, tiene toda la razón. Porque los líderes del pueblo quieren tender una emboscada a Jesús, y sólo esperan el momento oportuno para deshacerse de El.

Mientras Jesús está predicando, muchos son inducidos a pensar: "¿No será Él el Mesías?" "Puede uno equivocarse mucho, pero ¡Ese debe ser el Mesías!"

Así, por lo menos, discuten los judíos entre ellos. Unos fariseos se enteran y no tardan en comunicárselo al Sanedrín, consejo supremo de los judíos, en el que juzgaban asuntos tocantes al Estado y a la religión. En él se reunían los setenta fariseos y saduceos más destacados.

Los altos dignatarios del consejo supremo se ponen furiosos al oír que Jesús está predicando en el Templo, y que incluso muchos judíos opinan que es en realidad el Mesías. No pueden tolerarlo más y se creen obligados a poner fin a las actuaciones de Jesús.

No vacilan, pues, en enviar alguaciles al Templo con el cargo de prender a Jesús. Los alguaciles se inclinan ante los principales sacerdotes y doctores de la religión, y se marchan. Tras llegar al atrio del Templo, no se acercan inmediatamente al Señor para cumplir su encargo, sino que esperan un rato para escucharle. Y ¿qué pasa? Los propios alguaciles están cautivados por las palabras de Jesús, hasta tal punto que se olvidan del encargo que recibieron. Sin prender a Jesús vuelven al Sanedrín.

“¿Dónde está Jesús?”, les preguntan furiosos e impacientes “¿por qué no le habéis traído?”

“No hemos podido actuar de otro modo...”, contestan los alguaciles desconcertados. “¡Nunca ha hablado hombre así!”

En realidad, desde la fundación de este mundo no hubo un hombre como Jesús que hablase con tanta autoridad. No se atreven a prenderlo. Los fariseos, escribas y principales sacerdotes, furibundos, se ponen a chillar, diciendo: “¡Que sea bueno o malo ese hombre, lo decidiremos nosotros!”

“¡Nosotros no creemos en Jesús, ni en su Mesiazgo, y con esto basta; si nosotros no creemos en El, vosotros no debéis creer en El tampoco! Es embustero, impostor, y el pueblo ignorante Le escucha”. Y “¿por qué Le escuchan...? ¡Porqué no conocen la Ley...! Ellos no saben lo que hacen. ¡Malditos!”

Así se siguen expresando hasta que, con mucha cautela, uno de los doctos miembros del consejo pregunta a sus colegas: “¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye y sabe lo que ha hecho?”

“¿Estáis seguros de lo que decís?” el que así pregunta es... Nicodemo, el que de noche fue a visitar a Jesús. Por lo visto, se ha acordado de la conversación que tuvo con el Profeta; por

ello, en vez de burlarse de Jesús como los demás, Nicodemo intenta defenderlo.

Pero, llenos de odio, los jefes religiosos miran a su colega, diciendo con soberano desprecio: "¿Eres tú también galileo...? ¡Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado Profeta!"

Y sin querer discutir más con Nicodemo, todos se van a casa...



Durante la fiesta de los Tabernáculos, tenía lugar una ceremonia cada mañana. Unos sacerdotes, con un numeroso séquito de judíos, solían ir juntos al estanque de Siloé, ubicado al pie del monte encima del cuál estaba el Templo.

Llevaban un cántaro de oro para llenarlo de agua del estanque. Luego volvían al Templo con regocijo, trayendo el cántaro. Tras llegar al Templo, vertían el agua lentamente, en conmemoración del agua que brotó de la peña, allá en el desierto de Sinaí, cuando todo el pueblo de Israel tenía sed.

La fiesta duraba siete días, y durante estos siete días, el pueblo vivía en chozas, es decir, en tabernáculos. Y en siete mañanas consecutivas se vertía agua en el Templo. Pero el octavo día los judíos salían de sus chozas para traer sacrificios a Jehová. El octavo día, que formaba parte integrante de la fiesta, era el día conmemorativo de la entrada del pueblo de Israel en tierra de Canaán. Por ello, en el octavo día, el último día de la fiesta, no se vertía agua.

Y precisamente en ese octavo día de la fiesta el Señor Jesús volvió a aparecer en el Templo, y alzando la voz, dijo: "Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba"

Por siete días consecutivos, los judíos celebraron ceremonias conmemorativas del agua que brotó de la peña en el desierto, pero ahora Jesús se refiere a otra agua: El agua viva que brota de la Peña que es Cristo. En otras palabras, Jesús se refiere a la gracia.

Es como si dijera que, si entre el pueblo hay gente deseosa de salvación, que acuda a Cristo Jesús para conseguir el perdón de los pecados. "Yo llevaré el castigo de vuestros pecados, y os daré un corazón nuevo..."

Muchos, por no entender las palabras de Jesús, no obedecen al llamamiento del Maestro. Muchos incluso se burlan de esta invitación bondadosa. Sin embargo, la voz del Salvador se dirige a todos los que están en el Templo; cada uno es individualmente responsable de sus actos: Dios quiere que todos crean, pero, por no dar crédito a las palabras de Jesús, su pecado subsiste.

La voz del Salvador se dirige a nosotros también. Hoy en día, Jesús nos llama, por ser aún día de gracia.

"El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva..." Vez tras vez el Señor nos invita ir a Jesús con nuestros pecados. Sabemos que no podemos ir. Pero incluso no lo queremos. Rogad al Señor que quite de vuestros corazones la incredulidad y la enemistad. Rogadle que os dé, por su gracia, un corazón nuevo para que podáis servir y honrar al Señor.

Juan 8: 1-11

"¡Maestro, aquí Te traemos una mujer muy mala e impía! Porque cometió algo horroroso; un enorme pecado que merece la pena capital por medio de la lapidación, según dice la ley de Moisés, ¿Qué tenemos que hacer con ella?"

Los ojos de los escribas y de los fariseos chispean de falsedad.

El día después de la fiesta, Jesús fue al Templo muy de mañana. Tras llegar allí, los jefes religiosos, esa "buena gente", traen a Jesús una mujer sorprendida en el acto mismo de adulterio, para que el Señor decida lo que ha de hacerse con ella.

Los escribas y fariseos esperan una contestación. Si el Señor dice: "¡matadla!", tendrá muy malas noticias por parte

de los romanos, porque para ejecutar una sentencia de muerte los judíos tenían que pedir permiso a los romanos. Pero si, en cambio, Jesús dice: "¡Dejadla vivir!", entonces podrán acusarle de haber transgredido la ley de Moisés.

Pero Jesús no dice nada, sino que, inclinándose hacia el suelo, escribe en tierra con el dedo.

Con eso, claro, los jefes del pueblo no se dan por satisfechos, sino que insisten en que Jesús conteste.

Y se miran triunfalmente. "¡Ahora Le tenemos en nuestra red; ya no se nos escapará el pez! ¡Ahora sí que no tiene salida!"

De repente, Jesús se endereza, diciendo: "El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella"

No habían contado con tal contestación, y, atónitos, miran a Jesús, quien sigue escribiendo en el suelo.

"¿Sin pecado?" "Sin pecado no estoy..." Así lo tienen que admitir primeramente los más viejos entre los fariseos, y todos se apartan, desde los más ancianos hasta los más jóvenes, dejando a Jesús solo con la mujer. Desaparecidos todos los piosos acusadores, la mujer queda pendiente de la respuesta de Jesús.

Al final Jesús se endereza, diciendo: "Pero, mujer, ¿dónde están todos esos fariseos...? ¿Nadie ha arrojado piedras contra tí? ¿Nadie te condenó?"

"No, Señor, nadie", contesta la mujer.

"Entonces Yo no te condeno tampoco; vete, y no peques más. Que esto te sirva de advertencia"

Juan 8: 12-59

¡Qué jaleo en el atrio del Templo! Una vez más, los jefes del pueblo están vociferando contra Jesús. Pero esta vez toman piedras para arrojárselas. ¿Por qué tanta furia?

Es porque Jesús se dijo a Sí mismo Hijo de Dios. Por lo visto, los fariseos, no exentos de pecados para poder apedrear a la mujer adúltera, han vuelto a ver a Jesús, esta vez para refutar los dictámenes y preceptos del Señor.

En su predicación, Jesús alude a un tema que no ha dejado de ser de actualidad: la libertad. Todos los libros de historia están llenos de biografías de libertadores. Casi cada nación del mundo parece venerar a algún libertador político. Los judíos contemporáneos de Jesús no eran libres tampoco. Porque la Tierra de Promisión estaba ocupada por los romanos.

A los ojos de los judíos, el ser del linaje de Abraham equivalía a ser libres, dueños de sí mismos, de sus casas y sus familias. "¡Jamás hemos sido esclavos de nadie!" Una mentira, quizás dictada por su mala conciencia. Porque los judíos sabían muy bien quienes eran los ocupantes de su tierra, y ante todo sabían que la ocupación romana era una consecuencia de su propia infidelidad hacia el Dios de Israel. La propia culpa es siempre la que duele más.

Jesús, al hablar en el templo, no se refiere ni al destierro en la época de Nabucodonosor, ni a la ocupación de Palestina por los romanos, sino a la esclavitud del pecado. El pecado es un poder avasallador. En Jesús, sin embargo, tenemos un gran Libertador. El único que ha vencido el poder del pecado y de Satanás, autor de todo pecado y trasgresión. "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres". Nadie puede ser Libertador si no es vencedor al mismo tiempo. Jesús es el único hombre verdaderamente libre que haya vivido en este mundo.

Más tarde Jesús declara: "El que guarda mi palabra, nunca verá la muerte". En realidad, Cristo es el Verbo, la Palabra de Dios. El que la guarda tiene vida eterna. La muerte terrenal y física, por ser pasajera, no influye en nada en la vida espiritual.

Pero los líderes religiosos de Israel no entienden el lenguaje de Jesús. Y cuando el Hijo de Dios se refiere a su eterna preexistencia, diciendo: "Antes que Abraham fuese, Yo soy", hiere el orgullo nacional de los judíos...

Ahora los fariseos se enfadan y, muy furiosos, tratan de apedrearle. Sin pedir permiso a los romanos... ¡Fuera!

Pero el evangelio según S. Juan dice que Jesús se escondió. Sí que Jesús morirá, pero no como ellos quieren, sino como sacrificio expiatorio para el mundo entero. Jesús no sufre martirio, por ello no logran apedrearle. Jesús morirá VOLUNTARIAMENTE. Cuando venga su hora, se entregará para ser juzgado y crucificado, y sufrirá la muerte ignominiosa de la cruz del Calvario.

Tras este suceso, Jesús sale del Templo, y, atravesando por en medio de los judíos, se va...

Pero antes de salir de Jerusalén, Jesús no deja de hacer un señaladísimo milagro, como veremos en el capítulo siguiente.

Capítulo 49

UN CIEGO DE NACIMIENTO, ===== SANADO POR JESÚS =====

Juan 9: 1-12

A poca distancia del Templo, está sentado un mendigo que pide limosna. Es ciego, ya de nacimiento, y por no poder trabajar, está reducido a la mendicidad. En aquél entonces no había talleres para ciegos donde, por los menos, pudiesen trabajar para ganarse el sustento y para alcanzar una condición de vida menos humillante que la de mendigar.

Un hombre abandonado a su suerte, que desde su niñez ha vivido aislado del resto del mundo, sin ver un rayo de luz. La ceguera es incurable, sobre todo la congénita. No había es ese siglo tan lejano cirujanos capaces de trasplantar la córnea ni genios como los actuales.

Los vecinos de Jerusalén conocen al pobre desdichado, por que, año tras año, cada sábado, le han visto sentado cerca de la entrada del Templo, porque pasaba por allí mucha gente. Todo el mundo está acostumbrado a verle sentado allí. En la mañana de aquél sábado, después de la fiesta de los Tabernáculos, el mismo ciego está allí mendigando, como de costumbre. De repente salen unos hombres del Templo; el Señor Jesús con sus discípulos. Detrás de ellos, los fariseos y

escribas, furibundos, están vociferando porque Jesús había dicho que, como Hijo de Dios, había existido antes de que naciera Abraham.

Jesús sale del Templo para evitar la lapidación. Pero Jesús no huye corriendo por miedo a la muerte, sino que, muy tranquilo, se va, y pronto está en presencia del ciego.

“¡Rabí! -preguntan los discípulos- ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?”

“No - contesta Jesús-; ese hombre no sufre el castigo por haber cometido ningún pecado extremadamente grave, sino que nació ciego para que las obras de Dios se manifestasen en él”

El Señor, por lo visto, no cree en el apostolado de la enfermedad, sino que ve en ella una anomalía que se introdujo en el género humano a raíz de la caída de Adán en el pecado. Por ello Jesús prosigue hablando: “Me es necesario hacer las obras del que Me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Entretanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo”

Tras pronunciar estas palabras, Jesús se acerca al ciego, escupe en tierra, hace lodo con saliva y unta con el lodo los ojos del ciego.

No tratemos de razonarlo científicamente. Porque, según los preceptos de la medicina moderna, la saliva mezclada con el polvo de la calle no es colirio, ni medicamento de ninguna clase. Lo que hace Jesús es de otro orden, fuera de toda ciencia humana.

El Señor no obra con ceremonias solemnes tampoco; y, sin más ni más, dice al ciego que vaya a lavarse en el estanque de Siloé. Aquí, quizás, descubrimos algo de gran misterio de la curación, pues reside en la fe y obediencia del ciego. El hombre hubiera podido decir a Jesús: “¿Qué cosa tan sucia estás aplicándome a los ojos...? ¡Vete de aquí!” Si tal hubiera sido su actitud, habría permanecido ciego hasta la muerte.

El ciego no discute, sino que al instante va al estanque para lavarse, y no tarda en regresar... viendo. Para bajar tenía que ir palpando, pero tras lavarse hizo uso del sentido de la vista por

primera vez en su vida. Por primera vez admira el cielo azul y sereno, por primera vez admira el imponente edificio del Templo y el color verde de los árboles. Se produjo lo imposible: El ciego ve.

A continuación, el mismo hombre pasa por las calles de Jerusalén. Vuelve a casa, muy probablemente. Al entrar en la calle donde viven sus padres, los transeúntes están sorprendidos al ver a su vecino totalmente transformado.

“¿No es este el ciego que se sentaba y mendigaba?” Nadie puede explicar tal transformación.

Unos dicen; “Él es”. Otros piensan que se parece al ciego. Pero el que fue ciego, lleno de alegría y con ojos brillantes, afirma: “Yo soy”.

¡Incomprensible! Pero: “Explícanos, ¿cómo te fueron abiertos los ojos?” Así preguntan los que le encuentran en la calle. “Bueno, si lo queréis saber, aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: Ve al estanque de Siloé y lávate. Y fui, me lavé y recibí la vista...”

“Pero ¿dónde esta Jesús?”, quiere saber la gente. El dichoso hombre no ha vuelto a ver a Jesús después.

“Entonces, vamos a ver a los fariseos para decirles todo lo que ocurrió” Y, sin tardanza, van hasta donde se reúne el Sanedrín.

Juan 9: 13-34

He ahí, una vez más, a los ilustres dignatarios del pueblo judío. Delante de ellos está el hombre que fue ciego de nacimiento, pero que ahora ve. Ha venido acompañado por sus amigos y vecinos. Los fariseos, escribas y principales sacerdotes le miran de reojo para examinar lo que ocurrió,

“¡Dinos cómo te abrió los ojos!” “¿Cómo conseguiste la vista?” “¡Dinos lo que te hizo!” Porque los jefes quieren cerciorarse del asunto.

“Muy sencillo -dice el hombre-, Jesús hizo lodo y me lo puso en los ojos, y a continuación fui a lavarme los ojos en el estanque de Siloé por orden de Jesús, y volví viendo”

Tras escuchar un relato tan sencillo, reina el silencio. No pueden negar que algo extraordinario ha pasado.

“Pero ese hombre -dicen los fariseos refiriéndose a Jesús- no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo”. Sobre todo este punto, sin embargo, hay disensión entre ellos.

“¿Qué pasó...? ¿No guardó Jesús el día de reposo...? Pues, ¿qué clase de trabajo hizo?” Así se preguntan muchos. Los fariseos eran unos quisquillosos, porque, según ellos, Jesús trabajó por el mero hecho de hacer lodo.

Otros se encogen de hombros diciendo: “Pero ¿cómo puede un hombre pecador, y que no guarda el sábado, hacer tan insignes milagros?”

Los propios jefes del pueblo no coinciden en su juicio acerca de la persona de Jesús. Al final preguntan al que fue ciego de nacimiento: “Y ¿tú que opinas de Él?”

El hombre no vacila en contestar; “¡Es Profeta!”

Es interesante observar aquí que, en presencia de sus amigos y vecinos, dijo: “Aquél hombre que se llama Jesús...” mientras ahora dice: “Es Profeta”. De la conversación acerca de Jesús, el hombre saca conclusiones respecto a la identidad del que le sanó.

Tras tanto discutir, los fariseos no están de acuerdo todavía.

De repente, uno de los fariseos dice: “¿Es éste en realidad el ciego de nacimiento que pedía limosna en la puerta del Templo?”

El Sanedrín quiere cerciorarse del asunto. Los jefes religiosos quieren saberlo exactamente. Aún dudan de la identidad del que está delante de ellos.

“¡Llamad, pues a sus padres, que lo confirmen!” Así lo ordenan.

Los padres no tardan en llegar, sin saber lo que ha ocurrido. No saben lo que los fariseos podrían preguntarles, porque ellos no solían hablar tanto con la gente del pueblo.

“¿Es éste vuestro hijo?”, preguntan en tono muy severo. “Y si en realidad es vuestro hijo, ¡decidnos por qué él, que nació ciego, ahora ve!

Los pobres padres, de humilde condición, no saben lo que tienen que contestar. No se atreven a decir la verdad, por miedo a los fariseos. Y ¿por qué? Es un hecho patente, que ellos no ignoran tampoco, que los jefes del pueblo han amenazado con echar de la sinagoga al que creyera y confesara que Jesús de Nazaret es el Mesías. El ser echado de la sinagoga equivalía a ser excomulgado. Y al excomulgado no volvían a admitirle en la sinagoga, lo cual, para el judío ortodoxo, era un castigo horrible.

Por ello contestan con mucha cautela, diciendo: “Es verdad que éste es nuestro hijo, ciego de nacimiento, pero no sabemos cómo obtuvo la vista...” “Hay que preguntárselo a él mismo. Edad tiene, él hablará por sí mismo”

¿Qué os parece? ¿En realidad, sus padres no sabían cómo fue sanado su hijo...? ¡Cierto que sí! Pero no se atrevían a decirlo por miedo a los fariseos, escribas y sacerdotes.

Al oír el testimonio de esa gente, el Sanedrín no se da por satisfecho. Ahora, en presencia de sus padres, llaman al que era ciego.

El hombre obedece. “¡Escúchanos bien!” -le dicen ellos-, “El que te sanó no fue Jesús, porque siendo hombre pecador no puede sanar a nadie. ¡Da gloria a Dios...! ¡Aquel Jesús no tiene poder alguno!”

“¡Ese hombre!” Hablan acerca de Jesús con soberano desprecio ante lo cual el hombre reacciona con cierto rencor, diciendo: “Si es pecador, no lo sé, una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo”

Entonces vuelven a preguntarse: “Pero ¿qué te ha hecho...? ¿Cómo te explicas el que habiendo tú sido ciego

ahora veas?" Es que solo buscan argumentos y excusas para restar valor a la obra de Jesús, para poder burlarse de aquel nazareno. Una vez más preguntan por el milagro, esperando encontrar un argumento para atacar. Quizás el hombre se contradiga...

Pero con tanto más valor, el hombre contesta: "Ya os lo he dicho, y no habéis querido oír... ¿Por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?" El que antes se sentía reducido a la mendicidad por no haber podido ocupar un lugar más alto dentro de la sociedad humana, se da cuenta ahora del estado de ánimo y de la falsedad de esos hombres con apariencia piadosa.

Pero los que antes tenían la osadía de mirar de reojo al hombre de humilde condición, ahora le contestan furiosos: "¡Tú eres su discípulo...! ¡Nosotros, no...! ¡Nosotros somos discípulos de Moisés...! Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés, llamándole desde la zarza ardiendo. Pero, respecto a ese Jesús, no sabemos de dónde sea"

Ante tantos insultos proferidos contra el que le sanó, el hombre ya no aguanta más, y haciendo caso omiso de las consecuencias de sus palabras, contesta: "¡Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea... y a mí me abrió los ojos!"

Al testificar de este modo, cobra más y más aliento, hasta decir: "Sabemos que Dios no oye a los pecadores, pero si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, a ése oye..."

"Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego; si éste no viniera de Dios, nada podría hacer..."

Arde más y más la discusión en el Sanedrín, pero el hombre antes miedoso ahora se convierte en valeroso testigo de Jesús. Al final estalla la bomba: "¡Qué te atreves a decirnos...! Tu naciste en el pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?"

"¡No faltaba más!" Y le expulsan de la sinagoga.

Para los altos dignatarios del Sanedrín, una tremenda lección que no aguantan, y a la voz de su propia conciencia impo-

nen el silencio. No permiten que alguien diga una palabra favorable acerca de Jesús. Se dejarán guiar más bien por el odio, que es un mal consejero. Y no quedarán sin falta de castigo, sino que lo lamentará toda la nación judía.



El ciego de nacimiento -sanado por Jesús- expulsado de la sinagoga

Juan 9: 35-41

Al final vemos al hombre plantado en mitad de la calle, expulsado de la sinagoga. Lo peor que pueda ocurrir en la vida de un judío piadoso. Puesto al margen de la sociedad siendo

ciego, reducido a la mendicidad, ahora, tras recibir la vista, se ve expulsado una vez más del lugar donde los observadores de la Ley de Dios suelen congregarse cada sábado. Ahora que puede ver y que está en condiciones de aprender a leer los libros sagrados para tomar parte en los cultos, se ve privado de ese privilegio. Así anda el mundo, muy cruel, por supuesto, incluso el religioso.

En medio de sus congojas, ve un punto luminoso, por saberse expulsado -no a causa de su mala conducta-, sino por haber defendido al que le sanó milagrosamente: Jesús.

Mientras pasa por las calles pensando en lo ocurrido, de repente Jesús le ve. El Señor, en realidad, se ha enterado de su expulsión por los doctores, escribas y fariseos.

Una vez más, nos damos cuenta de la compasión del Señor por los suyos; El no sólo atraviesa el país sanando a los enfermos y librando a los endemoniados, sino que les enseña también. La sanidad, nuestra salud física, a la verdad, no constituye garantía alguna de nuestra salvación. El Señor, durante todo su ministerio, hizo señales para demostrarnos las fuerzas que se manifiestan en el Reino de los Cielos, Reino que Jesús vino a establecer.

No cabe duda de que el diálogo entre Jesús y el hombre sanado ha sido más extenso de lo que leemos en el referido texto citado del evangelio según S. Juan. Pero, en resumidas cuentas, leemos lo que Jesús le ha dicho.

Digámoslo una vez más: el hombre no encontró a Jesús, sino que Jesús encontró al hombre. Jesús intervino en su vida sanándole y preparándole para recibir su Palabra, su Mensaje. El buen Pastor busca a la oveja perdida, incluso la oveja desechada por otros pastores. Porque Jesús vino para salvar lo que se había perdido.

Sin embargo, Jesús no viene con fuego oratorio, sino que con toda sencillez pregunta al hombre: "¿Crees tú en el Hijo de Dios?"

"¿Quién es el Hijo de Dios...? ¿Quién es, Señor, para que crea en Él?"

A continuación Jesús contesta: "Pues Le has visto, y el que habla contigo, Él es..."

Ahora el que fue ciego anteriormente ve al Autor de su vista. Le ve cara a cara, un momento sublime. "¡Creo, Señor!"

La fe que se concibe, nos mueve a adorar. Y aquél evangelio nos dice que el ciego sanado adoró al Señor. Jesús no abrió solamente los ojos carnales del hombre, sino también los ojos de su alma, para que viese y comprendiese lo que el Señor le quiso enseñar. El hombre dio crédito a la Palabra de Jesús, y su alma se llenó de celestial alegría.

No habrá pensado más en el odio de los fariseos, ya que su corazón se ha llenado de una paz tan sublime, tan profunda, que ningún jefe del pueblo podía volver a quitársela. Es ésta la paz que Dios da a su pueblo, a sus redimidos, a sus elegidos.

El hombre nacido ciego fue expulsado por los fariseos, pero recibido por Cristo con los brazos abiertos. Así el mendigo ciego no sólo recibió la vista, sino que fue salvado también de la ceguera espiritual, para ser salvo por toda la eternidad.

¡Qué dicha es la de tener un Señor como éste! Que nos quiere y nos ama, y nos llena de alegría.

¿Conocéis esta paz, esta alegría en el corazón?

¿No?

Rogad al Señor Jesús que os abra los ojos ciegos de vuestra alma. Rogadle que os dé la misma paz que recibió nuestro ciego. Jesús vive. Puede daros la misma bendición que ha dado al ciego.

¡Qué felicidad sería! Una felicidad tanto para la vida terrenal como para la vida eterna.

Capítulo 50

== “YO SOY EL BUEN PASTOR” ==

Juan 10: 1-21

Este capítulo nos sitúa una vez más en Jerusalén, donde Jesús acababa de sanar al ciego de nacimiento. Como hemos visto en el capítulo anterior, en vez de regocijarse con el que recobró la vista, los jefes del pueblo lo expulsaron de la sinagoga.

A continuación el Señor, tras enterarse de lo ocurrido, fue a buscarle por las calles de la metrópoli. Y cuando al final le encontró, y después de una genuina confesión de fe por parte del hombre curado, el Señor Jesús se refirió a una ceguera más grave aún: La ceguera espiritual.

Al oír las palabras de Jesús los fariseos se escandalizaron: “¿Acaso nosotros somos también ciegos?”

Y Jesús sin retractarse de sus palabras, contestó: “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: “Vemos”, vuestro pecado permanece”. Y ahora el Señor les propone una parábola. Esta vez, como lo hizo muchas veces más, el Maestro sacó enseñanzas de la vida cotidiana.

— — — — —

En la tierra de Canaán abundaban los pastores de ovejas, encargados de guardar el ganado. En el Oriente los rediles no

eran más que un recinto abierto cercado por un muro o una valla. Dicho recinto en muchos casos lindaba con una cueva, en la cual los animales podían abrigarse en caso de lluvia o frío. En la parte delantera del muro, o de la valla, había una apertura por donde las ovejas podían salir y entrar. En muchos rediles no había puerta.

¿No era esto peligroso...? ¿No había probabilidad de evasión de animales durante la noche...? ¿No podían entrar fieras para despedazar las ovejas? Peligro no, porque el pastor solía acostarse a la entrada del redil. Nadie -ni hombre ni animal- podía entrar o salir sin pasar por donde estaba el pastor. En otras palabras, el propio pastor era la puerta.



Pastor oriental dormido en la entrada del redil

Cuando se acercaba una fiera o un salteador, el pastor defendía al ganado con mucha valentía, aunque le costase la vida.

Al amanecer el pastor dejaba salir a las ovejas; el pastor pasaba delante y las ovejas le seguían. Cuando una oveja quedaba atrás, el pastor la llamaba por su nombre e inmediatamente la oveja se acercaba a él porque conocía al pastor, e incluso conocía su voz. Cuando en cambio se acercaba un extraño, el animal no le escuchaba, sino que huía de él. La oveja distinguía la voz de su pastor entre miles. Y cuando alguna vez caía una oveja en un barranco, el pastor iba en busca del animalito, y con mucho cuidado la ponía sobre su hombro. Y así volvía a traerla al rebaño, salvándola de la muerte.

Es necesaria la explicación de esta costumbre oriental para comprender el significado de la alegoría que Jesús propuso a los vecinos de Jerusalén.



Cuando el Señor Jesús se entera de la conducta tan mala e impía de los fariseos, dice: "Yo soy el buen pastor; Yo soy la puerta de las ovejas.."

El referido pasaje del Evangelio dice que nadie comprendía lo que les dijo. En la parábola aquí explicada Jesús se compara con un pastor, y al pueblo con las ovejas que el pastor apacienta. Los fariseos no eran pastores buenos, ¡ni mucho menos! A ellos no les importaban las ovejas. Ellos no se esmeraban en consolar a las almas acongojadas, sino que, por el contrario, echaban fuera a los que acudían a ellos para cualquier asunto de la vida. En realidad los fariseos se parecían más bien a los lobos y salteadores del rebaño, en vez de actuar como pastores.

En cambio el Señor Jesús es el buen Pastor.

El mendigo ciego de nacimiento, sanado a raíz de la poderosa intervención de Jesús, fue expulsado de la sinagoga. Pero el Señor Jesús fue a buscarle. El Señor Jesús es en realidad el gran Pastor de su santo rebaño, del pueblo redimido de Dios. El Señor cuida de su pueblo y lo guarda durante su peregrinaje terrenal. Ni una sola oveja se perderá.

Los enemigos intentarán asaltar al pueblo de Dios, pero sus ataques resultarán fallidos. El Señor Jesús defiende a los suyos, porque Él conoce a sus ovejas y las llama por su nombre, y ellas conocen la voz de Jesús. En realidad el pueblo de Dios se desenvuelve en un mundo lleno de enemigos.

El mayor enemigo de los redimidos del Señor, es el diablo, que siempre trata de arruinar a los redimidos.

En cambio Jesús, el buen Pastor, vela por su rebaño y lo defiende poderosamente.

Como el pastor oriental solía ir delante de su ganado para despejar el camino, así también el Señor Jesús, el gran Pastor de ovejas, va delante de sus redimidos para abrirles el camino por el que tienen que andar.

Como el pastor de ovejas se enfrentó al enemigo, el Señor Jesús se opuso al enemigo (el diablo) y le venció.

El buen Pastor da su vida por sus ovejas. Así también Jesús dio su vida por ellas, muriendo en el madero, para que el pueblo de Dios tenga vida eterna. Jesús en efecto murió una vez para siempre para salvar a la gente perdida.

El pastor israelita prefería sucumbir en la lucha contra los ladrones y contra las fieras, antes que abandonar el ganado y exponerlo al peligro. Prefería sacrificarse por aquellos animales. Así el Señor se entregó a Sí mismo para morir por amor a los suyos. Al comparar los deberes y tareas del pastor con el ministerio de Jesucristo en la tierra, no tardamos en darnos cuenta del carácter pastoral que tenía el ministerio mesiánico de nuestro Señor y Salvador.

Jesús no es tan solamente el buen Pastor de los judíos que se conviertan a El, sino también el de los gentiles que se allegan a Dios por Cristo. En el Reino de Dios ya no se hace distinción entre judíos y gentiles, ni entre el Israel carnal y el espiritual, sino que es una sola manada bajo un solo Pastor, Jesucristo. Porque sin distinción alguna, los creyentes de todas las naciones del mundo siguen en las pisadas de Abraham por haber creído, como Abraham creyó antes de circuncidarse.

Y cuando Jesús se compara con la puerta de las ovejas, comprendemos lo que quiere decir: Jesucristo es el buen Pastor que, a diferencia del mercenario o asalariado, da su vida por su manada. Cristo en realidad sabe quién es el lobo y saltador; lo ve venir de antemano.



El buen pastor busca la oveja perdida

“¡Ay del pastor inútil que abandona el ganado!” . Así dijo el profeta Zacarías, al referirse a los mercenarios, a quienes no pertenecen las ovejas, y quienes las apacientan, sólo para recoger la lana. Pero cuando viene el lobo, ladrón o salteador aligeran el paso huyendo...

Los judíos están escuchando la parábola. Pero al terminar el Señor su enseñanza, muchos de ellos se burlarán de Jesús.

Le insultan, diciendo: ¡Qué tonterías! Demonio tiene. Y está fuera de sí; ¿por qué le oís?

Pero, dicen otros judíos, tonterías no son. Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?

Y vosotros queridos lectores, ¿qué decís?, ¿Conocéis al Señor Jesús? ¿Conocéis su voz en vuestro corazón?

Y por otro lado, ¿Jesús conoce a vosotros?

¿No?

Pide al buen Pastor que, en su gracia os haga una oveja de su rebaño.

Solo entonces serás salvo. Y El se cuidará de ti. ¡qué privilegio tan grande sería!.

Capítulo 51

==== EL BUEN SAMARITANO ====

Lucas 10: 1-29

Antes de la deportación a Babilonia los judíos sirvieron a ídolos paganos. Muchas veces, en la historia de Israel, tenemos el disgusto de enterarnos de la infidelidad de los israelitas para con Dios, y que en vez de servir al Señor, construyeron santuarios en honor a las divinidades paganas, delante de las cuales solían postrarse de rodillas. Representaciones de divinidades extranjeras y paganas, ídolos de piedra y madera; he aquí el culto de los hijos de Abraham... Así fue en la época de los Jueces, y en aquella misma iniquidad perseveraban a despecho de las serias advertencias de los profetas -por ejemplo Isaías y Jeremías- hasta que Nabucodonosor los hizo deportar a Babilonia.

Y en aquel país extraño y pagano vivieron durante setenta años, lejos de su amada patria. Dios, en su misericordia, los dejó volver a su tierra, al fin del tiempo determinado para su destierro.

Fue restaurado el Templo bajo Esdras y Nehemías. Reconstruyeron a Jerusalén, la metrópoli. Así Dios se mostró bondadoso para con un pueblo de dura cerviz, rebelde y culpable, que hizo caso omiso de las advertencias de sus predicadores y siervos del Señor.

Lo peculiar es que después del destierro los judíos no han vuelto a servir a los ídolos, sino que, muy al contrario, se pusieron a estudiar y escudriñar detenida y concienzudamente la Ley de Moisés. Desde entonces trataron de vivir exactamente según los preceptos divinos redactados en la Santa Ley que Dios dictó a su siervo Moisés. Ciertos judíos se empeñaron en estudiar años enteros las leyes y preceptos, y los que estudiaron se llamaban escribas, o intérpretes de la ley.

Por desgracia dichos escribas se creían capaces de ganarse el cielo, con tal de que viviesen decentemente, según las reglas establecidas en la Ley. Y como galardón, Dios tenía incluso que verse obligado a concederles la salvación y la vida eterna, como consecuencia de sus propios méritos. Esto, por lo menos, creían. Y por sus propias obras, buenas, por supuesto, se sentían dignos de alcanzar la gloria divina.



Cierto día un escriba, o intérprete de la Ley, se acerca a Jesús, preguntándole: "Maestro, ¿qué tenemos que hacer para heredar la vida eterna?" En otros términos, el hombre quería saber lo que tenía que hacer para entrar en el cielo después de la muerte.

Si leemos bien, veremos que el docto israelita tenía la intención de tentar a Jesús, esperando poder cazar al Maestro en sus propias redes. Estaba convencido de que Jesús no tenía contestación adecuada.. Por lo visto el hombre se creía muy listo.

Pero por muy bien que conociese la Ley, ahora se equivocaba de medio a medio. Porque inmediatamente el Señor le contesta dirigiéndole otra pregunta: "¿Qué está escrito en la Ley?". En otros términos, Jesús quiere preguntarle si se creía capaz de salvarse a sí mismo por sus propias obras. "Ahora, intérprete de la Ley, ¡dime lo que está escrito en la Ley!"

El escriba es un buen conocedor de la Ley, no cabe duda. Por ello contesta: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu cora-

zón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”

Es una contestación muy acertada. Por ello el Señor le dice: “Bien has respondido”. Y después le dice muy solemnemente: “¡Haz eso, y vivirás!” Es como si el Maestro quisiera decir: “Trata, pues de vivir como tú mismo dices: santo y perfecto, sin mancha ni pecado...”

Por causa de nuestro pecado no podemos vivir para la gloria y honra de Dios, por lo menos no por medio de nuestros propios esfuerzos. Sin embargo Dios exige por parte nuestra que seamos santos y exentos de todo pecado.

Adán, antes de caer, sí tenía la posibilidad de vivir para la gloria de Dios santo y perfecto, por lo que el Señor lo que quiere decirle es: “Trata de vivir como Adán vivía en el Paraíso”

He aquí una contestación inesperada. ¿Vivir sin pecado? A lo mejor habrá comprendido la amonestación de Jesús, y que ante lo imposible no había más remedio que admitir su incapacidad. Las relaciones humanas nos llevan, muchas veces, a ofender a nuestro prójimo por hacer cosas contra él, o por no hacer aquéllas que deberíamos haber hecho. Así se lo hace ver el Señor Jesús, pero el doctor de la Ley quiere justificarse diciendo: “Y ¿quién es mi prójimo?”. Para darle contestación, Jesús propone la parábola siguiente:

Lucas 10: 30-35

El camino de Jerusalén a Jericó es muy escarpado, porque Jerusalén está situado en la montaña, mientras que Jericó esta en la llanura del Jordán.

Era un camino muy peligroso, porque había allí muchos ladrones y salteadores, quienes atacaban y saqueaban a los viajeros, y mataban a quien se atrevía a defenderse. Los ladrones podían esconderse fácilmente en las numerosas

cuevas de las montañas, de modo que nadie podía encontrarlos.

“¡Fíjate! -prosigue el Señor hablando- que pasa por el camino de Jerusalén a Jericó un viajero, que tiene que atravesar comarcas desérticas, y que de repente salen de su escondite unos ladrones que asaltan al viajero solitario. Ellos le abofetean, le hieren y le dejan tendido en el suelo con heridas sangrientas. Le roban todo lo que posee y le dejan atrás desatendido”

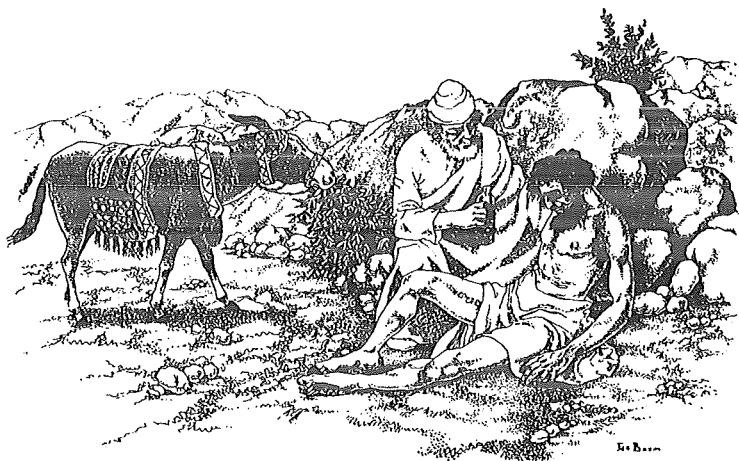
“No puede ir más lejos. Le duelen las heridas y se sabe perdido... a menos que venga alguien para socorrerle”

“El pobre desdichado cobra ánimo...” ¡Un sacerdote, afortunadamente...! El sacerdote le ayudará según su deber sacerdotal... ¿No debe mostrarse misericordioso para con los desdichados un siervo del Señor?.

“El sacerdote va acercándose y de un vistazo abarca al hombre, dándose cuenta de su necesidad. Pero se acobarda y pasa por el otro lado del camino. Su deber sacerdotal no parece incitarle a socorrer al miserable, por ello se apresura a desaparecer. Se hace el ciego y marcha deprisa...”

“Ahora el pobre, desilusionado, espera que otras personas se acerquen. Al cabo de algún tiempo vuelve a oír pasos de otro viajero. Por su traje no tiene dificultad de reconocer al levita; él, a lo mejor, le ayudará. Siendo hijo de Levi, observará escrupulosamente la Ley de Dios. El miserable cobra ánimo nuevamente. Pero tanto más cruel será su desilusión. El levita le ve tendido en el suelo, mira bien quién es... y muy deprisa se larga”

“Al final el pobre desvalido pierde toda esperanza de sobrevivencia, al darse cuenta de tan flagrante incumplimiento del deber sacerdotal por parte de los dos dignatarios religiosos. Si un sacerdote y un levita se acobardan, ¿quién le salvará? ¿Es eso el amor hacia el prójimo? Así anda el mundo: cada uno busca de su propia seguridad sin preocuparse más del mandamiento de Dios, que consiste en amar y socorrer a nuestro prójimo...”

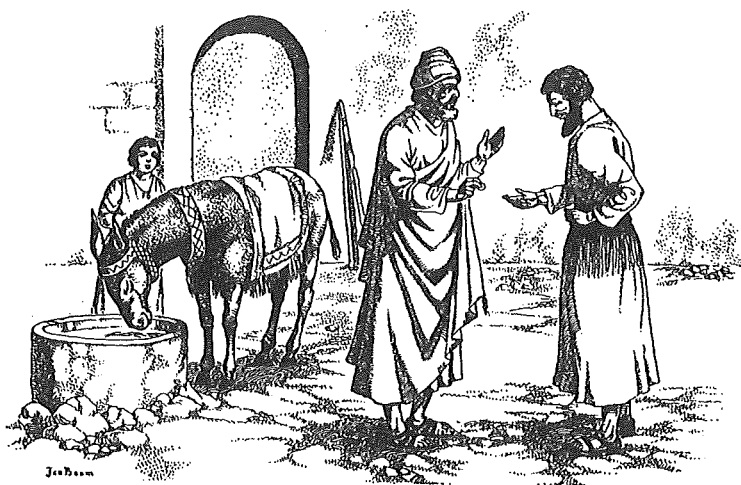


El buen samaritano

El pobre herido vuelve a oír pasos, y mira para saber quién es. Al ver acercarse al individuo, se lleva un buen susto... ¡Es un samaritano! El samaritano no le ayudará por ser enemigo tradicional de los judíos. "¡Ojalá no le vea el samaritano!" Quizás habrá tratado de esconderse.

Pero... ¡hay pobre hombre!, el samaritano le ve, detiene su cabalgadura y se apea. Se acerca al hombre herido y desvalijado y se postra de rodillas. En vez de ser maltratado por el enemigo de su pueblo, el samaritano se muestra misericordioso para con él. Allí está tendido en el suelo un ser humano que tiene necesidad de ayuda. Quizás el solo aspecto de las llagas y heridas habrá conmovido al samaritano. El samaritano se apresura en correr hasta donde le espera su cabalgadura, y no tarda en volver. El samaritano -que entre los judíos tenía la mala fama de ser un semisalvaje- lleva incluso material para curar. Con mucho cuidado vierte aceite y vino en las sangrantes heridas. El aceite sirve para aliviar un poco el dolor de las heridas. El vino sirve para lavar

y limpiar las llagas y heridas ensuciadas. A continuación le pone vendajes para sujetarle los miembros heridos. Además, con mucho cuidado, vierte unas gotas de vino en su boca seca y calenturienta. Para el pobre hombre el vino es un refrigerio.



El buen samaritano da dinero al mesonero

Y el samaritano, tras vendar y refrescar al herido, le toma en sus brazos y le lleva a su cabalgadura, para ponerle encima, y le sujeta para que no caiga, mientras él mismo va andando al lado del animal, hasta que al final ve un mesón, adonde lleva al judío herido para atenderlo.

A la mañana siguiente el samaritano tiene que proseguir su viaje. Sin embargo no abandona al herido a su suerte, sino que llama al mesonero, diciendo: "¡Cuídamelo; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese!"

A continuación sube en su cabalgadura y vuelve a su casa, allá en Samaria.

He aquí una muestra de amor hacia el prójimo; con esto el judío no habría contado de parte de un samaritano.

Lucas 10: 36-37

Pronunciada la parábola del buen samaritano el Señor vuelve a dirigirse al intérprete de la Ley, para preguntarle: "¿Qué te parece: quién de los tres, fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?"

"El que usó de misericordia con él". La contestación del interprete de la Ley es acertada, pero no basta contestar bien, sino que conviene aplicar a nuestra vida cotidiana las lecciones espirituales que aprendemos.

El intérprete de la Ley vaciló al contestar, porque la interpretación de Jesús no dejaba lugar a dudas. Hubiera podido decir: "¡El samaritano!". Pero como al igual que casi todos sus compatriotas, odiaba a los samaritanos, se negó a pronunciar tal gentilicio, máxime cuando tendría que decirlo en un sentido favorable. Por ello, para dar contestación a Jesús, el docto israelita se vale de rodeos, diciendo: "El que usó de misericordia con él."

Pero como Jesús, en sus conversaciones con los jefes del pueblo, no perdió nunca la oportunidad dio a aquel hombre la contestación que se merecía. "¡Ve, y haz tú lo mismo!"

¡Qué orden más difícil para él! No se atreve a contradecir a Jesús, porque sabía indudablemente que Jesús tenía toda la razón. ¿Reconocer a un samaritano como su prójimo? ¡Ni hablar! Los prójimos, para él, eran sus propios colegas, los sacerdotes y fariseos. El intérprete de la Ley menospreciaba incluso a los israelitas de humilde condición.

La parábola del buen samaritano contenía para el ilustre dignatario una lección extremadamente seria y penetrante.

Al principio, el docto israelita estaba muy satisfecho de si mismo al preguntar a Jesús lo que tenía que hacer para heredar

la vida eterna. Por lo visto había pensado meter a Jesús en un apuro. Pero no fue Jesús el que se quedó con la boca abierta, sino el intérprete de la Ley, a pesar de toda su inteligencia y astucia.

Para sacar provecho de la parábola del buen samaritano, y para aplicar a la vida cotidiana las enseñanzas de Jesús, hay que renunciar a sí mismo por completo. El que, en su vida, no ha conocido nunca el camino al Gólgota, no comprenderá nunca la doctrina de Jesús. Es cierto que el hombre religioso puede imponerse como deberes religiosos el de considerar como sus prójimos a individuos de muy baja condición, malvados, delincuentes, pero con todo no dejará de hacerlo únicamente para justificarse, en vez de hacerlo por amor hacia el Salvador. ¡He aquí, dos cosas totalmente distintas!

Es el Espíritu Santo que nos muestra nuestra completa imposibilidad de vivir para la gloria de Dios, teniendo nosotros el corazón pecaminoso. De esta manera el Espíritu nos hace sentir la absoluta necesidad de tener a Jesús como nuestro Salvador personal.

¿Quién es mi prójimo?

Esta pregunta va también dirigida a nosotros, Claro que nuestros hermanos y hermanas, nuestros vecinos y amigos son nuestros prójimos.

Pero y ¿esta persona que siempre nos pone una pega? ¿No preferimos cerrar nuestros ojos cuando una persona tal esté en peligro?

Pero es nuestro prójimo, sin duda alguna. Que Dios en su gracia, nos enseñe a poner en práctica: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os ultrajan."

Capítulo 52

“SÓLO UNA COSA ES NECESARIA”

Juan 10: 22.42

Cuando los israelitas tras salir de Egipto pasaron en el desierto cuarenta años, Dios instituyó tres grandes y solemnes fiestas: la Pascua, Pentecostés y la fiesta de los Tabernáculos,

Más tarde se añadieron unas fiestas más: Mardoqueo, por ejemplo, instituyó la fiesta de Purim (libro de Ester, cap. 10) en conmemoración de la maravillosa salvación de los judíos de la desesperada situación en la que se encontraron como consecuencia de los malos designios de Amán, siervo favorito del rey Asuero.

En el libro de Ester leemos que Amán odiaba mucho a los judíos, y que buscó oportunidades para hacer perecer a todos los judíos del reino. Pero cuando el rey se enteró de las maquinaciones de Amán, el perseguidor de los judíos, fue el mismo colgado en la horca que tenía erigida para ahorcar al judío Mardoqueo. La fiesta de Purim se celebraba pues durante el tiempo de la peregrinación de Jesús.

Más tarde se añadió otra fiesta más, que data de los días de los nacabeos, cuando los judíos fueron oprimidos y perseguidos por Antíoco Epifanes, rey de Siria. Aquel rey suma-

mente impío transformó el Templo del Señor en un templo de ídolos.

Pero cuando los nacabeos lograron deshacerse de los sirios, se dedicaron a limpiar el Templo de todas las imágenes y altares de dioses ajenos. Además en la época de los Macabeos, el Templo fue restaurado en su totalidad. La restauración del Templo fue causa de mucha alegría entre los israelitas, quienes instituyeron una fiesta en conmemoración de la liberación de su tierra del yugo de los sirios y de la restauración de la casa de Dios en Jerusalén. En el calendario litúrgico de los judíos la fiesta se llama: "Fiesta de la Dedicación del Templo". Los judíos la celebraban dos meses después de la Fiesta de los Tabernáculos. La fiesta se celebraba, pues, en pleno invierno, estación de abundantes lluvias, de modo que incluso en el Oriente Medio hacía frío.

En el tomo precedente de esta Historia Bíblica para la Juventud, capítulo 48; leímos que Jesús estuvo en Jerusalén con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos, cuando sanó al mendigo ciego de nacimiento.

Y ahora, en la fiesta de la Dedicación del Templo, Jesús está en el templo, y va andando por el pórtico de Salomón. Cuando la gente se entera de su presencia, no tarda en acudir a Él para escucharle. Esta vez, muy probablemente, varios fariseos y escribas van a escucharle también. Pero ¿qué quieren saber de Jesús?

Sin rodeos le preguntan "¿Hasta cuándo nos turbarás el alma...? Si Tú eres el Cristo, el Mesías, ¡dínoslo abiertamente!".

Tras presenciar tantas señales, tantos milagros, que podríamos calificarse de pruebas del mesiazgo de Jesús, es, quizás, lógico que los jefes del pueblo quieran saber de su propia boca si el profeta de Nazaret es en realidad el Mesías, el cristo. Si los fariseos y escribas hubieran sido personas de buena fe, habrían tenido el derecho de hacer aquella pregunta al Maestro.

El Señor no vacila en contestar: "Os lo he dicho, pero vosotros no lo creéis. Tantos milagros hice en vuestra presencia, y me he empeñado en predicar de continuo para haceros cono-

cer mi doctrina. ¿No os basta? ¿Qué más queréis saber? ¿No os he facilitado pruebas convincentes de mi identidad, para que vosotros sepáis quién soy?"

A continuación Jesús les dice claramente: "¿Sabéis por qué no creéis en Mí...? Es porque no sois de mis ovejas"

Ya comprendemos quienes son las ovejas del Señor, máxime cuando hemos leído bien la parábola del Buen Pastor; los hijos de Dios son las ovejas, porque el pueblo del Señor sí cree que Jesús es el Mesías y Salvador. A veces oyen en su alma la voz del Salvador. Entre mil voces, distinguirán la voz del Maestro.

"Yo he venido para que mis ovejas tengan vida, y para que la tengan en abundancia". Así lo dice el Salvador; el Salvador vino a salvar y no a perder. Por ello Jesús agrega: "Ninguna oveja perecerá; Yo les doy vida eterna y nadie las arrebatará de mi mano..."

Ningún filósofo, ningún profeta jamás pronunció palabras semejantes. Sólo Jesús vino, no sólo para predicar, sino para comunicar la vida, e incluso murió para dar la vida eterna a los suyos. El Buen Pastor dio su vida por las ovejas que el Padre celestial le dio.

Y al referirse al Padre celestial, Jesús declara solemnemente: "Yo y el Padre uno somos"

Al decirlo, el Señor quiso poner de relieve la eterna preexistencia de Dios Padre, y para atestiguar que, por ser Hijo de Dios, Jesús es coeterno.

En estas palabras los judíos tienen la contestación que querían: Sí. El Señor Jesús, el Profeta de Nazaret, es en realidad el Mesías. Es en realidad el gran Rey de Israel. Ahora lo dice abiertamente.

¿Satisfechos...? ¡Ni hablar!. Hay que ver una vez más los ojos de aquella gente; unas miradas abominables, labios apretados y puños crispados... Las palabras de Jesús les ofenden.

Ahora pasan a la oposición, y vuelven a tomar piedras para apedrear a Jesús. Ese hijo del carpintero de Nazaret se atreve a decir que El y su Padre celestial son uno.

¡Es blasfemia! ¡Matadlo!

He aquí pues, a Jesús, por un lado, y a los judíos, sobre todo los jefes, por el lado opuesto.

¿Tiene miedo el Señor Jesús...? ¿Se apresura a huir de ellos? ¡Ni mucho menos! Antes al contrario el Maestro permanece muy quieto en medio de una muchedumbre furibunda. La actitud de Jesús denota claramente su superioridad espiritual.

Y muy quieto Jesús prosigue hablando: "Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿Por cuál de ellas me apedreáis...? ¿Por qué señal o milagro queréis matarme."

"No te apedreamos por las obras que haces, sino que tienes que morir porque Tú, siendo hombre, te haces Dios, te apedreamos por esa blasfemia...". Así contestan los judíos en su celo religioso. Exigen que Jesús se retracte de sus palabras y que diga que no es verdad lo que acaba de decir...

Es precisamente lo que Jesús no puede hacer. Porque Él, de verdad, es el Hijo de Dios.

Por ello, ahora, Jesús aduce pruebas escriturarias en apoyo de su Divinidad, y para citar del Salmo 82 estas palabras: "Yo dije: dioses sois"

Y de las palabras del salmista Asaf, a quien corresponde la paternidad del referido salmo, Jesús saca la conclusión siguiente, y cabe decir que su exégesis es acertada:

"Si Dios llamó dioses a aquellos a quienes vino la Palabra de Dios, y que la Escritura no puede ser quebrantada, ¿al qué el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dijo: Hijo de Dios soy?"

He aquí todo el criterio del mesiazgo de Jesús. "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Más si las hago, aunque no me creáis a Mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en Mí y yo en el Padre..."

El Padre y el Hijo coinciden en hacer buenas obras por amor a los redimidos. Es inherente a la Naturaleza Divina el querer salvar, bendecir, restablecer y sanar al que se acerca a Él. Por ello el Mesías morirá y bajará hasta el Hades, y se estre-

mecerán las puertas del infierno y la muerte tendrá que dejar su presa.

Al acercarnos ahora más y más al relato de la muerte y de la Resurrección del Señor, conviene decir una vez más que Dios, por Jesucristo, invalidó la obra de Satanás, que ejerce sobre nuestra humanidad la potestad del pecado y de la muerte.

Presenciamos aquí, en el templo de Jerusalén, una lucha tremenda entre dos antagonistas; Jesús que vino a salvar y el diablo que vino a destruir. En efecto, el diablo es sumamente cruel, y toda su obra consiste en adulterar, seducir, cegar, mentir, robar, destruir y asesinar. En su depravación Satanás se deleita en la miseria humana.

Jesús, por cierto, morirá, como El mismo dijo: Pero no apedreado por unos judíos iracundos, sino que, según las Escrituras, será levantado en la cruz del Calvario, en donde verterá su sangre.

Por ello esta vez Jesús no se deja prender, sino que se escapa de sus manos. Muy tranquilo el Maestro sale del Templo, y nadie se atreve a detenerle ahora... porque aún no ha venido su hora. He aquí una prueba más de la divinidad de Jesús.

Lucas 10: 38-42

¡Qué privilegio el tener una casa en algún sitio de este mundo! Es una necesidad innata en la naturaleza humana, la de tener un hogar. La vida hogareña, ya para los niños, es de suma importancia para el desenvolvimiento futuro del ser humano. El niño, cuando experimenta dificultades, acude a la mamá, o al papá, donde obtiene el consuelo que precisa. Tengamos piedad de los que ya en su niñez o en su juventud carecen de la casa paterna. El adulto saca su fuerza espiritual y psíquica de la vida conyugal, en la que los cónyuges, en virtud de los vínculos de amor que los unen, se sustentan mutuamente. Cada ser humano precisa la amistad, y va en

busca de ella. Es una condición elemental del hombre para vivir.

Es por eso que Dios quiere bendecir cada hogar, porque Dios se deleita en estar donde reina el amor. Dios también bendice los lazos de amistad en este mundo, sobre todo, la amistad entre creyentes. Porque en nuestras iglesias no convivimos libres de compromisos, sino que somos eslabones de una misma cadena. Un eslabón aislado, no representa nada, pero dentro de la cadena representa fuerza.

El Señor Jesús también conocía un lugar a donde podía retirarse con toda tranquilidad, al abrigo del odio que los jefes del pueblo le profesaban. Y en aquel lugar apartado el Señor tenía casa y amigos. Era una aldea pequeña que se llamaba BETANIA, a media hora de marcha de Jerusalén.

En Betania vivían dos hermanas con su hermano. Conviene ahora citar sus nombres, porque volveremos a hablar de ellos varias veces: Marta, muy probablemente la hermana mayor, María, su hermana, y Lázaro, su hermano.

Mientras el pueblo volvía cada vez más la espalda a Jesús, y los fariseos y escribas le odiaban cada vez más, Marta recibió en su casa al despreciado Jesús de Nazaret.

Allí podría ir con sus discípulos, cuantas veces quisiera. En aquella casa siempre le daban la más cordial bienvenida. Allí le acogían con amor. Allí podía sentirse en casa.

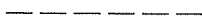
Unos pensarán quizás: ¿Por qué no volvía a ver a María su madre? María vivía en aquel entonces, por lo que era perfectamente posible el ir a visitarla.

El único inconveniente, para ello, era el hecho que María vivía en Nazaret, allá en Galilea. El único medio de locomoción, en aquel tiempo, era la cabalgadura, por eso los viajes eran todo, menos cómodos. Además Nazaret distaba bastante de Jerusalén, por lo cual Jesús no podía volver a Galilea en cualquier momento cuando estaba en la capital. Por ello era tan bueno tener casa y amigos en las cercanías de la capital.

En Betania Jesús no tenía que enfrentarse al odio de la gente. Allí no le miraban de reojo, y no tenía que ir con tanta

cautela. Allí podía descansar de todos sus trabajos y penas, de modo que podía sentirse enteramente a gusto.

Las tres personas ya citadas vivían en el temor de Dios, y creían que Jesús era el Mesías. No es nada extraño que Jesús se haya deleitado en comunión fraternal con los amigos de Betania.



Hele allí, en aquella casa tan hospitalaria, en compañía de sus discípulos. Lázaro habrá estado presente también, no cabe duda. El Señor se empeña en enseñar a sus discípulos sobre el Reino de los Cielos, materia inagotable.

Y María, hermana de Lázaro, se juntó al círculo también, para escuchar las palabras de Jesús. Porque anhelaba volver a escucharle.

¿Trabajar? Ahora, María no piensa en trabajar. Con tal de que pueda escuchar a Jesús, de momento se olvida de todo el resto.

En cambio Marta se preocupa con muchos quehaceres. ¡Hay tanto que hacer en una casa!, e incluso tiene que preparar la comida. Porque quiere presentar a sus huéspedes un regio banquete.

Ciertas personas cometen el error de pensar que María prefería arreglar la casa en vez de escuchar a Jesús. Muy al contrario, a Marta también le hubiera gustado escuchar, porque ella también amaba al Maestro de todo corazón. Y es precisamente el amor hacia el Maestro lo que le incita a trabajar tanto; no quiere que falte nada en su casa cuando está Jesús. Quizás habrá querido presentar algo muy especial al Señor, porque para el Rey de reyes sólo lo mejor es suficiente. Por ello Marta está muy ocupada.

Por mucho que se afane, Marta no ve manera de acabar el trabajo. Y allí, en compañía de los hombres, María está sentada muy quieta, como si no tuviera nada que hacer. Y mientras escucha, deja trabajar a Marta sola. Al final Marta se irrita al

ver a María, porque cree que su hermana está obligada a ayudarle.



Marta se dedica a las faenas de la casa

Marta, muy afanada, se enfada y no puede contenerse más; sin rodeos se dirige a Jesús, diciendo: "Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues que me ayude..."

Es probable que lo haya dicho en tono de reproche, y sin querer faltar al amor hacia el Maestro, reprende a Jesús... porque no ha dado orden a María de ir a ayudarle.

Entonces el Señor contesta a Marta de un modo algo insólito; en vez de darle la razón, la amonesta diciendo: "Marta,

Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero una cosa es necesaria...”

Como si el Señor quisiese decir que no esperaba por parte de Marta que se afanase tanto en arreglar la casa y en preparar comidas. “Porque no he venido para ser servido, sino para servir...”. Este ha sido siempre el criterio de nuestro Señor, el de servir hasta consumirse por los suyos. Hay que ser de máxima alteza real para aguantar una humillación hasta tal punto; en este aspecto Jesús nos da una prueba más de su divinidad.

“Marta, ¡ven a escuchar también y deja tu trabajo! Porque las palabras que digo valen más que el más regio banquete. Tú te esfuerzas por cosas terrenales, pero ahora me refiero a cosas celestiales. María lo ha comprendido, por ello ha escogido la buena parte. Porque ella prefiere profundizar en cosas eternas; y tiene razón”.

Es cierto que Marta tenía las mejores intenciones. Lo mismo ocurre con muchas personas que se afanan por hacer cosas terrenales. Las quieren hacer bien, pero tras tanto trabajar ya no les resta tiempo para escuchar la Palabra de Dios. En vez de trabajar tanto por una comida que perece, por ser terrenal, vale más dedicarse a profundizar las cosas celestiales.

María lo ha comprendido, Marta no lo ha comprendido todavía. Por ello le hacía falta la lección del Maestro.

— — — — —

¡Sólo una cosa es necesaria!

Estas palabras van dirigidas a todos nosotros. La gente de nuestro siglo está ocupadísima. Unos pasan todo su tiempo estudiando desde la mañana hasta horas avanzadas de la noche. Otros trabajan de día, para luego esforzarse por estudiar por la noche, en algún instituto o en casa.

¿Quién tiene un rato libre, en este mundo loco, para dedicarse al estudio de la Palabra de Dios?.

En el Sermón del Monte el Señor Jesús dice al respecto: "Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas"

Nosotros, por desgracia, estamos acostumbrados a hacer todo lo contrario. Buscamos primeramente lo que es de este mundo: el dinero, el progreso, el honor, la felicidad y muchas cosas más, y una vez logrado todo, más tarde, nos empeñaremos en trabajar para el Señor. La experiencia de muchas vidas, ha demostrado que aquel "más tarde" no llega nunca. En realidad las cosas del Señor no admiten dilación.

Si no somos salvos, en la eternidad lamentaremos el tiempo perdido, los cultos a los que no asistimos, los estudios bíblicos a los que faltamos.

¡No perdais más tiempo! Para que no lo lamentéis por toda la eternidad.

No podemos arrepentirnos por nuestras propias fuerzas. Es Dios quien debe obrarlo, pero Dios utiliza para este fin los medios de gracia tales como la predicación de su Palabra.

Siempre pensad en estas palabras solemnes del Salvador: ¡Sólo una cosa es necesaria!

Buscad al único Salvador, Jesucristo, quien en la cruz derramó su sangre para salvar a pecadores perdidos.

Acerca del autor: Johan Vreugdenhil fue toda su vida maestro de escuela de Enseñanza General Básica en la Escuela Protestante Libre de Kampen, al Este de Holanda. Deseoso de que los niños conocieran la Biblia y consciente de que algunas de sus partes pueden resultar poco interesantes para los lectores jóvenes, inició la costumbre de empezar cada día la clase con una historia bíblica y para ayudar a los maestros de las otras clases, empezó a escribir las historias para que pudieran leerlas a los alumnos.

El autor de esta obra falleció en la década de 1970 pero en todas las escuelas protestantes de Holanda, los maestros empiezan la jornada con una clase de Historia Bíblica, hasta el día de hoy.

Acerca de la obra: Estas Historias Bíblicas traducidas a diversos idiomas forman una colección de ocho volúmenes y es una obra de fácil lectura y muchos maestros de Escuela Dominical lo usan para sus clases.

Los volúmenes del 1 al 4 corresponden al Antiguo Testamento y con los del 5 al 8 se completa el Nuevo Testamento. Cada capítulo del libro viene precedido de la cita bíblica a la cual corresponde la narración.

Estas Historias Bíblicas, escritas originalmente en holandés han sido traducidas a diversos idiomas y usadas con gran provecho espiritual entre la juventud.



EDITORIAL  PEREGRINO

ISBN 84-86589-70-3



9 788486 589707